

Siempre fuiste tú



YGRITTE BERLANA



Siempre fuiste tú

Serie Siempre #1

Ygritte Berlana



© Ilia Berlana Martínez

1ª edición, marzo 2024

ISBN: 9798878888097

Sello: Independently published

Cubierta diseñada por: Ilia Berlana Martínez

Ilustraciones de: Canva

Corrección: Raquel Attard (@misscorrecciones)

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizados ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

A todas las personas que nos dejan sin aliento.

*«La vida no se mide por las veces que respiras,
sino por aquellos momentos que te dejan sin aliento».*
Hitch

Índice

[Agradecimientos](#)

[Recursos audiovisuales](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Ygritte Berlana](#)

Ygritte Berlana

Agradecimientos



Lo primero, a ti, por leerme. Si es la primera vez que me lees, gracias por la oportunidad. Si repites, mil gracias por acompañarme una vez más.

Espero que disfrutes de Adri y Lucía tanto como yo al escribir su historia.

A María, por no matarme por haber empezado una serie nueva sin haber acabado con la anterior, pese a la de veces que he dicho que no iba a hacerlo.

A Sara, por enamorarte de todos los personajes masculinos que escribo y sentirlos como una persona más de la familia.

A Bea, por estar en navidad leyendo para llegar a mis fechas. Siento la presión.

A Pilar, por beberte mis libros y saltar de alegría cada vez que te llega un *e-mail* que indica que puedes leer.

A Italy, por los escalofríos cada vez que te doy una pequeña píldora de lo que vendrá.

A Elena, por los mil audios y fotos llorando.

A mi marido, por tus exigencias para hacer que siempre dé lo mejor de mí en todo lo que hago.

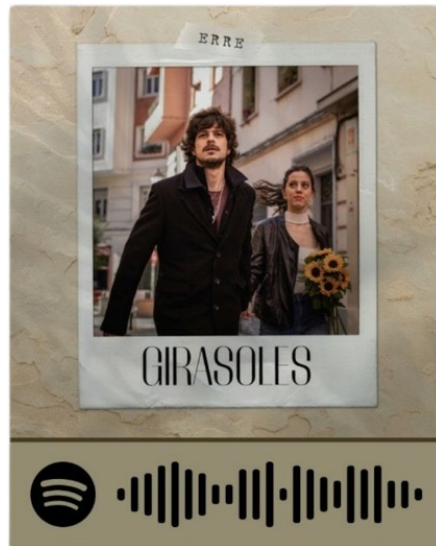
A Desi, Adriana, Jessica, Irene, María, Akara, Angels y Alba, por el pique de las palabras escritas.

¡Gracias de corazón!

Ygritte.

Recursos audiovisuales

En este libro se nombra la canción de Girasoles de Erre. Aunque no es imprescindible conocerla para disfrutar de la historia, te dejo el código QR por si quieres escucharla. Para ello, solo tienes que escanear esta imagen desde la aplicación de Spotify o directamente pulsando en la imagen.



¡DESCUBRE ESTA NUEVA SERIE DE SPORT ROMANCE!

Enamórate de Adri y Lucía, dos personas que desean estar juntas, pero que son incapaces de dar el paso.

¿Conseguirán dejar de lado sus miedos y vivir la historia de amor que tanto anhelan?

Lucía

¡Por fin he vuelto a casa! Después de diez años, he conseguido la plaza fija que tanto ansiaba. Con lo que no esperaba encontrarme nada más volver era con Adri, mi amor platónico de la adolescencia y el mejor amigo de mi hermano. Y mucho menos que decidiera que los viernes los íbamos a pasar juntos. Aunque supongo que es normal, al fin y al cabo, siempre me ha visto como su hermana pequeña.

Adri

¡Joder, Lucía ha vuelto! No esperaba que aún tuviera la capacidad de robarme el aliento con cada sonrisa, pero lo cierto es que nunca he dejado de pensar en ella. Sé que no es buena idea pasar todos los viernes a su lado, sobre todo porque lo único que consigo es hacerle daño a mi maltrecho corazón. Sin embargo, no quiero evitarlo. Si ser su amigo es lo máximo que voy a conseguir, tendré que conformarme con ello.

1

Lucía

¡Por fin estoy en casa! Después de diez años, he conseguido volver a mi hogar y, esta vez, para quedarme. Echo un vistazo a las cajas que me rodean y decido que lo mejor es empezar por las de la cocina. Abro una cerveza y me pongo manos a la obra para acabar lo antes posible. Cuando coloco la última taza observo el resto de cajas, pero estoy tan cansada que pospongo el desempaquetado para mañana y me siento en mi nuevo sofá, regalo de mi hermano Marcos. Suspiro al ver que el televisor aún no está conectado, pero la pereza me vence y decido elegir una serie para ver en el móvil cuando me llega un mensaje de mi cuñada:

Alba

Tu hermano juega su primer partido en un rato. No te ha dicho nada porque estás con la mudanza, pero sé que le haría ilusión que vinieras a verlo

Apoyo la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos, y lanzo el móvil al sofá. Ir a ver un partido de balonmano es lo último que me apetece esta tarde, pero la verdad es que hace mucho que no voy y siempre me ha apasionado este deporte. Me levanto de golpe antes de quedarme dormida, me doy una ducha rápida y en media hora estoy en la puerta del pabellón, donde está Alba esperándome.

—A tu hermano le va a encantar que hayas venido —dice a modo de saludo mientras me abraza—. Está muy contento con tu vuelta.

—Podría haber venido a hacerme compañía mientras desembalaba cajas —bromeo y mi cuñada suelta una carcajada.

—Creo que no está tan ilusionado.

Accedemos a las gradas por el lateral y me amonesto mentalmente por no acordarme del calor que suele hacer aquí dentro. Como si me hubiera leído el pensamiento, Alba me tiende un abanico azul celeste mientras ella ya se está dando aire con otro idéntico en la otra mano. Sonrío al ver el logo del equipo en ellos.

—Mucho mejor que aquellos calcetines tan feos que regalaron hace tres años —opina

mirando hacia la salida de los vestuarios por donde saldrá en breve mi hermano. Después de tantos años juntos cualquiera pensaría que estarían cansados el uno del otro. Nada más lejos de la realidad—. Desde que Adri es el presidente del club se han hecho muchos cambios. Todos a mejor.

—¿Hablamos del mismo Adri? —pregunto intentando disimular el vuelco que ha dado mi corazón al pensar en mi amor platónico de la adolescencia. Hace años que no lo veo, tenía entendido que se había ido a vivir a Sevilla.

—Sí, volvió hace dos años —me cuenta Alba, ajena a mi turbación—. Cuando consiguió abrir los ojos y dejar a la tóxica esa con la que se casó. —La miro sorprendida, mi cuñada no es precisamente de las que suelen ir criticando y siempre ve lo positivo en todas las personas—. Lo siento, pero esa mujer no tenía nada bueno, lo redujo a ser un mero títere. Fue muy duro para tu hermano verlo así.

—A Adri siempre le han perdido las faldas —menciono. Era un picaflor, no recuerdo que tuviera una relación de más de dos semanas con nadie. También me acuerdo de que siempre que alguna le exigía explicaciones, él la engatusaba con cuatro palabras bonitas y se iba tan contenta. Era un conquistador nato.

—Ha cambiado mucho desde el divorcio. —Alba suspira y sacude la cabeza—. Pero lo bueno es que ya está recuperado y que llevar el club le hace bien a él y a todos nosotros. Mira, ya salen.

Me fijo en el grupo vestido de azul y blanco que entra en la pista en esos momentos: compañeros de equipo de mi hermano desde siempre, excompañeros míos de clase y conocidos con los que no he hablado nunca. Cerrando el grupo está mi hermano, con su brazalete de capitán que lleva con tanto orgullo, y a su lado su inseparable amigo, Adri. Su semblante serio me sorprende, lo recuerdo con una sonrisa torcida en la cara y me parte el alma que haya perdido su esencia.

Marcos se acerca hacia donde estamos sentadas y su sonrisa se ensancha en cuanto repara en mí. Me sorprende que haya sido capaz de dejar de mirar a su mujer un segundo para verme, pero le sonrío de vuelta. Intercambian un par de frases y los ignoro mientras mis ojos vuelven al banquillo, desde donde Adri me mira como si estuviera contemplando al fantasma de las navidades pasadas. Alzo la mano de forma tímida para saludarlo e imita el gesto. Nos quedamos, lo que parece una eternidad, mirándonos con la mano alzada, hasta que un pitido nos saca del trance y el partido empieza.

Noto la mirada de Alba en mi cara mientras la ignoro de forma deliberada y acaba soltando una carcajada cuando me sonrojo hasta las orejas. ¡Maldición!

—No te hagas la tímida, siempre lo he sabido —comenta como si nada y la miro alzando una ceja—. ¡Venga! Te pasaste toda la adolescencia suspirando por sus huesos, ¿crees que no me di cuenta?

—Ya no tengo dieciséis años.

—Lo sé —dice sonriendo y se lo queda mirando—. No queremos que nadie más le haga daño. —La miro extrañada y suspira—. Lo ha pasado muy mal, se merece ser feliz. Ya no es el picaflor que era antes, me gustaría que encontrase a alguien con quien compartir su vida.

No contesto a Alba, no hay necesidad. Adri nunca ha querido nada conmigo y no creo que eso haya cambiado con los años. «Es como una hermana para mí», fueron las palabras exactas que usó hace tantos años y que rompieron mi corazón en mil pedazos, pese a que él ni siquiera se diera cuenta. No, no habrá nada con él. Es un capítulo cerrado de mi vida.

Adri

¡Joder, Lucía ha vuelto! Y está aún más preciosa de lo que recordaba. Sigue teniendo ese aire inocente que me volvió loco tantos años atrás, pero con un toque de madurez que le sienta genial. Reconozco que cuando Marcos me contó que por fin había conseguido la plaza de maestra en uno de los colegios no pensé en las consecuencias de verla de nuevo. O puede que mi cerebro estuviera más centrado en recordar todos los momentos en los que me robó el aliento que en lo que me estaba contando mi amigo. Algo que me pasa siempre que la menciona.

Sé que debería estar pendiente del partido, pero mis ojos no paran de desviarse hacia las gradas, donde está la que fue el objeto de mis deseos durante años. Me he sentido como un tonto cuando la he visto; ni siquiera la he saludado hasta que lo ha hecho ella, pero me he quedado prendado sin poder reaccionar.

Recuerdo la última vez que la vi. Acababa de volver de su primer año de universidad y nos chocamos por la calle sin querer. Se alegró tanto que me dio un abrazo, cosa que nunca había hecho, y yo no pude resistir la tentación de aprovecharme. Inhalé su olor como un drogadicto ante su dosis y deseé no tener que soltarla nunca más. Siempre había sido un canalla, pero con ella no quería serlo. Quería despertarla por las mañanas y prepararle el desayuno, que me contase cómo había ido su día al llegar a casa; lo quería todo con ella. Entonces, un carraspeo nos separó y me encontré con la mirada reprobatoria de Marcos, quien no paraba de advertirme que no me acercase a su hermana desde que cumplió los quince años. Lucía, ignorando el intercambio de miradas con su hermano, me dijo que se alegraba mucho de verme y que teníamos que quedar un día, así que contesté lo primero que se me ocurrió para que Marcos no me diera la charla de «A mi hermana no se la toca» y le dije que siempre que quisiera, que era como una hermana para mí. Me despedí nada más soltar esa patraña y me fui sin mirar atrás. Pensé que volveríamos a encontrarnos, pero no hubo más choques por la calle, y acabé conociendo a Jessica. Lo peor que me ha pasado en la vida, pero ese es otro tema.

Decido centrarme en el partido y en dar lo mejor de mí en el campo para alejar los malos pensamientos, y funciona hasta que el árbitro pita el final. Mis ojos vuelven a viajar a las gradas, hacia esa preciosidad que sigue robándome latidos solo con su sonrisa. Marcos sale disparado hacia allí para besar a su mujer y aprovecho para acercarme a saludar.

—Hola, Lucía. Me alegro de verte.

—Hola —contesta con una sonrisa y se acerca a darme dos besos, pero la freno.

—Estoy chorreando, no creo que quieras llenarte de sudor —bromeo, pese a que me muero

de ganas de abrazarla—. Me ha dicho tu hermano que has conseguido plaza en el colegio.

—Sí, estoy deseando empezar el lunes —dice con una sonrisa. Le debe encantar su trabajo, porque le brillan los ojos al pensarlo.

—Debes de ser de las pocas personas que tienen ganas de que se le acaben las vacaciones —bromeo.

—En dos semanas te diré que estoy deseando que llegue navidad —afirma riendo—. No sabía que tú también habías vuelto.

—Sí, bueno, la vida. —Me encojo de hombros, no tengo ganas de rememorar esa época—. Supongo que nos iremos viendo por aquí.

—Seguro —promete y se acerca para darme un beso en la mejilla. Esta vez no la aparto, pero cierro los puños para no rodearla con mis brazos—. Nos vemos, Adri.

Se aleja junto a Alba y me giro para ir hacia el vestuario, pero una mano en mi hombro me frena.

—Mi hermana sigue siendo intocable —me recuerda Marcos y ruedo los ojos, ¿en serio?—. Es muy inocente, que haya vuelto no te da derecho a nada.

—Tu hermana tiene veintiocho años, Marcos. Hace tiempo que dejó de ser inocente.

—Y el hecho de que sepas con exactitud su edad hace que piense que es necesario este recordatorio.

—La conozco desde siempre, ¿cómo no iba a saber su edad? —Niego con la cabeza—. Lucía es adulta, puede hacer lo que quiera con quien quiera. Además, ¿por qué me lo recuerdas a mí solo? —escupo con rabia. Ya no soy ese chaval que iba de flor en flor.

—Pienso decirlo nada más entrar en el vestuario.

Y lo hace, nada más abrir la puerta, suelta que su hermana es intocable. Varios de los antiguos compañeros de clase de Lucía se carcajean de Marcos y su comportamiento de hombre de las cavernas, recordándole la patada en los huevos que se llevó un día que intentó alejarla de un rollo que tenía. Decido no escucharlos y voy directo a la ducha para quitarme el cabreo que me invade cada vez que Marcos me pide que me aleje de ella, porque lo peor es que tiene razón: no la merezco. Al fin y al cabo, ¿qué puedo darle yo que no pueda darle cualquier otra persona?



Lucía

¡Viernes! Jamás pensé que volver a casa sería tan cansado. Entre la adaptación de mis niños y mía al nuevo colegio, y la cantidad de familia que se moría por verme y quedar, el mes de septiembre ha pasado como si no hubiera existido. Lo peor es que se me ha hecho eterno y, a la vez, hoy me he dado cuenta de que ya era octubre. Una locura.

Salgo del colegio por un lateral, más cargada de lo que me gustaría y más de lo que debería pues, nada más girar la esquina, me choco contra alguien y acaban varios libros en el suelo. Cuando se agacha a ayudarme a recogerlos, lo identifico.

—¡Adri! —Quizá ha salido más alto de lo que me hubiera gustado, pero es que no lo había vuelto a ver desde el primer partido de mi hermano. No me ha dado la vida para ir a más.

—¡Lucía! —me imita con una sonrisa—. No te había reconocido detrás de tantos libros, ¿vas a abrir una librería?

—¡Ojalá! Pero no. Es trabajo que me llevo a casa. Quiero ver cómo puedo aplicarlos en las actividades dentro del aula. —Empiezo a apilar de nuevo los libros en mis brazos, sin embargo, no me tiende más—. Me he dejado la bolsa en casa.

—Entonces, déjame ayudarte. Nos los repartimos y te acompaño a casa —dice cogiendo varios y aligerando mi carga. Asiento y bajo la vista para que no vea que me he sonrojado—. No sé dónde vives.

—He alquilado un piso enfrente del Dalí. No sabía que lo habían cerrado.

—Llevas mucho tiempo fuera —comenta emprendiendo la marcha—. Muchas cosas han cambiado. —Suspira y sacude la cabeza—. Estás lejos de la casa de tus padres.

—Lo sé, mi madre me lo recuerda cada día —le explico rodando los ojos y se ríe—. Como si Baza fuera una ciudad enorme, ¿sabes? Llevo años fuera de aquí, haciendo mi vida, no podía volver y meterme en casa de mis padres o...

—Habrías muerto —acaba por mí—. Te lo digo por experiencia, y eso que yo necesitaba volver a casa de mis padres y estar rodeado de gente.

—Alba me contó que te habías divorciado, lo siento.

—No lo sientas, es la mejor decisión que he tomado en mi vida —sentencia y le sonrío mientras asiento—. Y ¿qué hay de ti?, ¿has dejado algún pobre diablo con el corazón roto por Cádiz?

—¡Qué va! Estuve con un chico un par de años, pero no funcionó. No buscábamos lo mismo.

—¿Y eso?

—Bueno, yo buscaba a alguien con quien compartir mi vida y él meterse en la cama de la vecina.

—No suele ser muy compatible, no —dice aguantando la risa—. Lo siento.

—No pasa nada, me di cuenta de que estaba con él más por rutina que por gusto. Además, me vengué —recuerdo con una sonrisa torcida.

—¡Vaya! No conocía esa faceta tuya, ¿qué hiciste? ¿Se puede saber o es secreto de sumario?

—Eh... —titubeo, carraspeo, me sonrojo y acabo susurrando—: Me lié yo con la vecina.

Su carcajada resuena por toda la calle y le doy un golpe en el brazo con el hombro cuando dos personas se giran a mirarnos. Cierra la boca, pero su cuerpo se sigue sacudiendo de la risa y me acaba contagiando.

—Si lo sé, no te lo cuento —refunfuño intentando ponerme seria, aunque no lo consigo.

—Lo siento, pero de todas las hipótesis de posibles venganzas que me había imaginado, esa no era una de ellas. He de decir que me encanta, como venganza es perfecta.

—Gracias. La verdad es que, de vez en cuando, tengo buenas ideas.

—Siempre has tenido buenas ideas —afirma con una intensidad en los ojos imposible de ignorar. Carraspea y se frena—. ¿Es aquí?

Miro a mi alrededor para darme cuenta de que hemos llegado a mi edificio y ni siquiera me había fijado.

—Sí, gracias por acompañarme. Ya me apaño yo sola desde aquí, no quiero robarte más tiempo. Seguro que tenías cosas que hacer. —Las palabras salen a trompicones de mi boca, de repente me he puesto nerviosa. ¿Debería invitarlo a subir? Al imaginar a Adri en mi casa, los dos solos, me ha entrado un sofoco importante. Dios, ¿por qué hace tanto calor de golpe?

—Te acompaño arriba, no quiero que te rompas la crisma subiendo con tantos libros —dice ajeno a mi torbellino interior—. Por cierto, ¿tu hermano sabe de esa venganza?

—¡No! —contesto haciendo malabares para sacar las llaves y Adri me coge todos los libros—. No se lo cuentes, por favor.

—Igual deberías, tiene un concepto de ti que creo que no es real.

—Mi hermano cree que aún tengo doce años. Ninguna anécdota va a hacerle pensar lo contrario. Seguro que piensa que soy virgen.

—Tiene pinta, sí —contesta con un deje de resignación que no acabo de entender y me tiende los libros nada más abrir la puerta de casa—. Mi trabajo aquí ha terminado.

—¿Te apetece entrar? —suelto de repente y sin pensarlo mucho. Me arrepiento al ver su cara de sorpresa—. No pasa nada, entiendo que tienes cosas que hacer, no quiero molestarte más. ¡Gracias por acompañarme!

—No, sí, perdona. —Carraspea y sonrío—. Me encantaría ver tu casa.

—No tiene mucho que ver, porque no me ha dado tiempo a ponerla a mi gusto todavía, pero es funcional —le explico cuando entra al salón—. La cocina, el baño, mi habitación y el despacho —le enseño mientras señalo la puerta de cada estancia—, donde no deberías entrar o acabarás sepultado de purpurina, confeti y a saber qué más.

—Es bueno saberlo —dice metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Te apetece tomar algo? No tengo mucha cosa en la nevera porque no he ido a la compra, pero queda cerveza.

—No, gracias. No quiero liarte. Tendrás cosas que hacer.

—Es viernes, no pienso hacer nada —digo riendo—. Por no hacer, creo que no haré ni la cena. Bajaré a por algo o pediré...

—¿Te apetece que cenemos juntos? —suelta de golpe y lo miro sorprendida. ¿He muerto y

estoy en el cielo? ¿De verdad se están cumpliendo todas las fantasías de mi adolescencia? Malinterpreta mi silencio y rectifica—: Bueno, creo que debería irme...

—¡No! —grito y carraspeo ante su cara de duda—. Estaba pensando en dónde me apetecía cenar —miento con una sonrisa forzada—. Deja que me cambie de ropa, nos tomamos la cerveza fuera y luego decidimos dónde cenamos. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —afirma y me sonrojo, así que me giro y voy a mi habitación a cambiarme.

Después de respirar tres veces, porque me tiemblan tanto las manos que soy incapaz de desabrocharme los vaqueros, consigo desvestirme y me quedo en ropa interior rebuscando en el armario qué ponerme. Mi mente vaga sobre la posibilidad de que entre ahora y me encuentre en esta tesitura, pero no me aclara si sería bueno o malo. Al final me decanto por un vaquero corto y una camiseta verde de manga corta con unos tenis negros con margaritas que me regaló Alba las navidades pasadas. Me recojo el pelo en una coleta alta y salgo al salón, donde Adri está mirando por la ventana.

—¡Lista!

—Perfecto —contesta girándose y me pega un repaso de la cabeza a los pies. Sonríe al acabar—. ¿A que lo adivino? Esos tenis te los ha regalado Alba.

—¿Sabes que los pinta ella? —pregunto cogiendo el bolso para dirigirme a la puerta y salir de casa, ya que parece que ha encogido varios metros cuadrados.

—Sí, le regaló unos a mi ex —me explica, aunque se nota el dolor en su voz—. Nunca los estrenó. Supongo que acabaron en la basura. —Se encoge de hombros—. ¿Viste los que le hizo a tu prima de *La novia cadáver*? Eran tan chulos que hasta daba pena que los usase.

—Siempre puede pedirle otros —bromeo y me alegro del cambio de tema. Cuando estamos en la calle me giro para preguntarle—: ¿Cuál es el plan?

—¿Una cerveza y lo que surja? —propone con una sonrisa de medio lado que me roba un latido.

—Me parece un gran plan.

Si esto es un sueño, por favor, que nadie me despierte.

Adri

¡No me puedo creer que vaya a cenar con Lucía! Estoy tan nervioso que he tenido que ir al baño nada más llegar al bar para mojarme la cara. Después de respirar tres veces y conseguir controlar el temblor de las manos, he vuelto a la mesa. Parezco un adolescente con su primera novia. No paro de darme ánimos, pero mi propia mente me boicotea. Esto va a ser un desastre, debería pensar antes de hablar, pero cuando ha dicho lo de la cena no he podido evitar querer alargar el tiempo con ella.

El camarero nos deja las dos cervezas en la mesa y damos el primer trago sin decir nada. Absolutamente nada de nada. ¿He dicho *desastre*? Esto va a ser una hecatombe de dimensiones épicas. La miro de reojo y la pillo haciendo lo mismo; va a beber de su cerveza, pero se empieza a reír, me contagia su risa y brindamos.

—Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que estamos solos —comenta como si nada un dato del cual yo era muy consciente—. No debería ser tan raro, me conoces desde que era una chiquilla.

—Igual sería más fácil con ella —bromeo—, aunque entonces no deberías beber cerveza.

—Intenta quitármela —me amenaza señalándome con el botellín—. No sé por qué te sería más fácil, me ignorabas.

—No te ignoraba —protesto y alza una ceja—. Es solo que no me gustaba jugar con Barbies.

—O igual es que no te gustaba que te ganase al Jenga. —Sonríe antes de beber y le lanzo una mirada de odio que no engaña a nadie—. Siempre has tenido mal perder.

—Tu hermano es peor. —Cambio de tercio para no admitir que la dejaba ganar porque me encantaba su cara de felicidad cuando lo hacía.

—¡Y que lo digas! —Bufa y apura la cerveza. Miro la mía y aún queda más de la mitad. Sí que ha cambiado, sí—. ¿Sabes que en mi casa está prohibido jugar al Monopoly? ¡Al Monopoly! ¿Cómo se puede enfadar alguien jugando al Monopoly?

—Porque hay dinero de por medio.

—¡Dinero de mentira! —Hace un gesto para pedir dos cervezas más—. Y ¿sabes lo peor? Cuando empezó con Alba la dejaba ganar.

—Sigue haciéndolo —le explico y resopla cruzándose de brazos como cuando era una niña. Sonríe al verla, está preciosa—. A ti también te dejaba ganar, hasta que un día le dijiste a la chica que le gustaba que era malísimo jugando al cuatro en raya y decidió no hacerlo más.

—¿En serio? ¡Qué vengativo es!

—Mira quién fue a hablar —bromeo y se lanza a taparme la boca, la cual cubre con su mano mientras me pide silencio con su dedo en los labios.

—¡Calla! —murmura—. Que aquí conocen a mis tíos.

Poso mi mano sobre la suya, entrelazando nuestros dedos ante su mirada expectante, y beso su palma. Sin soltarla, me acerco a su oído.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo, V —susurro haciendo referencia a *V de Vendetta*, nuestra película favorita.

—Si yo soy V —comenta intentando aparentar normalidad, aunque tiene la voz tomada—, ¿tú eres Evey?

—Seguramente. ¿Crees que me quedaría bien si me rapase el pelo?

—Para mí seguirías siendo guapo, pero sería una pena, me gusta tu pelo. —Se me eriza la nuca ante sus palabras susurradas al oído y aprieto ligeramente su mano—. Te queda bien la barba.

—Aquí tenéis, chicos —interrumpe el camarero y nos separamos de forma abrupta. Lucía se suelta de mi agarre y le sonrío antes de que se vaya.

—A mí aún me queda —me quejo enseñándole mi botellín.

—Eres un lento —se burla.

—Nunca he tenido queja. —La miro mientras le regalo una sonrisa de medio lado que hace que se sonroje hasta las orejas. Es tan adorable—. ¿Me cuentas qué tal tu primer mes de trabajo? ¿Ya estás deseando que llegue navidad?

—¡Peor! Estoy deseando que llegue julio —bromea y empieza a explicarme cosas del colegio, sus niños y su trabajo. Me pasaría horas escuchándola.

El cambio en el tema de conversación ayuda a que no estemos incómodos y a que no vuelva a intentar tocarla, aunque no he podido evitar buscar su roce más de una vez de forma deliberada. Cuando nos damos cuenta es hora de buscar un sitio para cenar y la mesa está llena de botellines.

—¿Te sigue apeteciendo ir a cenar? —tanteo.

—¡Claro! —contesta, algo más alegre de lo que debería. Creo que no tendríamos que haber bebido tantas cervezas, tiene las mejillas sonrojadas desde hace una hora—. Me muero de hambre.

—¿Pizza?

—Me has leído el pensamiento —dice con una sonrisa, pero se levanta demasiado rápido y se tambalea tanto que casi se cae—. No podemos ir muy rápido.

—¡Vaya! ¡Y yo que quería hacer una carrera hasta el restaurante!

—No seas tonto.

—Anda, cógete a mí —le ofrezco al salir del local.

Entrelaza su brazo con el mío y apoya la cara en mi bíceps, cogiéndolo también con la otra mano. He muerto y estoy en el cielo. Beso su cabeza en un alarde de valentía que seguramente tiene que ver con toda la cerveza que llevo en el cuerpo y oigo cómo suspira y murmura:

—Mi príncipe.

Empiezo a andar con ella pegada a mí. Sin embargo, me obligo a serenarme, yo nunca he sido un príncipe, me pega más el papel de villano.



La cena ha transcurrido sin más incidentes. El camino nos ha despejado lo suficiente a los dos como para volver a ser los mismos de siempre al llegar. Además, nos hemos decantado por

acompañar la *pizza* con agua, cosa que ha ayudado. Hemos hablado de mi trabajo en el club y comentado anécdotas de Marcos jugando, ningún tema conflictivo. Tampoco he vuelto a acercarme, ni a besarle la mano, por mucho que lo desease. Cualquier persona que nos haya visto habrá deducido que somos dos amigos compartiendo una *pizza*. Fin. Así es como debe ser.

Bueno, hemos discutido sobre quién pagaba la cuenta, pero se ha quedado sin argumentos cuando el camarero ha preferido coger mi billete de cincuenta euros frente a su tarjeta de crédito. Me he llevado un manotazo en el brazo por mi sonrisa de suficiencia, pero ha merecido la pena.

—¡Ostras, qué frío! —exclama nada más salir y vuelve a cogerme del brazo sin necesidad de ofrecérselo—. Había olvidado que por las noches baja tanto la temperatura.

—Pareces nueva —bromeo y me saca la lengua—. Vamos rápido si quieres, así no te congelas.

—No, está bien, estás calentito, me apetece dar un paseo. —Trago saliva antes de que otras partes de mi cuerpo sí se calienten y empiezo a andar—. Puedo aguantar.

—Como quieras.

Damos varios rodeos hasta llegar a su casa mientras me cuenta historias de terror que se ha encontrado en otros colegios en los que ha trabajado. Espero que eso no le pase aquí o se volverá a ir. Cuando llegamos al portal, se sube al escalón y me encara. Meto las manos en los bolsillos para que no vayan directas a sus caderas y ella imita el gesto.

—Gracias por invitarme a cenar. Me lo he pasado muy bien.

—De invitarte nada, ahora me debes una cena —espeto intentando sonar serio, pero no lo consigo porque se ríe mientras asiente—. ¿Mañana? —bromeo... o no.

—Me encantaría, pero no puedo. He quedado con estas para cenar e ir a La Pérgola. ¿Nos veremos allí? —Me mira con un deje de esperanza en los ojos, o puede que sean imaginaciones mías.

—Hace mucho que no voy, pero podría pasarme un rato.

—Genial, ¿me avisas si vas? ¿Tienes mi número? Es el de siempre. —Asiento y se hace el silencio, voy a romperlo, pero ella se adelanta—: Me lo he pasado muy bien —repite y susurra—: ¿Qué más da?

Me rodea el cuello con sus brazos y me aprieta fuerte contra ella. Tardo un segundo en reaccionar y abrazarla de vuelta. Intensifica el agarre cuando nota que mis brazos la envuelven e inspiro su aroma, que no es el mismo que hace diez años, pero me embriaga igual. Demoramos el separarnos más tiempo del debido, pero a la mierda los buenos modales, ¡Lucía me está abrazando! Cuando me suelta, me da un beso en la mejilla y me sonrío.

—Buenas noches, Adri. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Lucía.

Me quedo en la puerta de entrada a su edificio más tiempo del que debería, esperando no sé el qué. Cuando empiezo a notar el frío, suspiro y voy a casa dando un paseo. No sé por qué mi mente tenía la falsa ilusión de que Lucía bajaría y me besaría. Eso no va a pasar nunca.



Lucía

¿Por qué está sonando la alarma? ¡Es sábado! Para un día que puedo dormir hasta tarde, la alarma del móvil no para de sonar y por más que le doy, no se apaga. ¿No la desactivé? Me levanto para ver por qué no cesa en su fin de despertarme cuando me doy cuenta de que no es el móvil lo que suena, sino el timbre de casa. Me tapo la cara con la almohada, a ver si la persona más insistente del planeta me deja en paz y puedo volver a mi sueño de nuevo, pero no lo consigo. Suspirando con resignación me arrastro hasta la puerta y la abro para dejar pasar a un torbellino que no para de hablar. Tenía que ser Maite, cómo no.

—¿Estás sorda o qué? ¡Llevo diez minutos tocando a la puerta! He estado a punto de llamar a los geos para derribarla —espeta de forma atropellada mientras la sigo en silencio hasta el sofá y me acurruco con un cojín—. ¿Estabas durmiendo? ¡Son las doce! Y estoy totalmente segura de que ayer te fuiste a dormir a las nueve, como si te conociera...

—No, anoche a las nueve estaba cenando con Adri, a solas —la interrumpo con la frase exacta que sé que hará que se calle, al menos unos minutos—. Como entenderás, después de eso me costó dormirme, así que sí, estaba durmiendo, ya puedes perdonarme la vida por no abrirte la puerta.

—¡A la mierda los diez minutos de mi vida perdidos! Si lo hubiera sabido, habría esperado horas. ¡Cuéntamelo todo! ¿Te costó dormir porque tenías compañía? —interroga subiendo y bajando las cejas y suelto una carcajada mientras niego—. Sosa...

—Sí, ese adjetivo es el que más me define —bromeo y Maite me lanza un cojín—. Nos encontramos por casualidad, fuimos a tomar algo y acabamos cenando. No hay mucho que contar más allá de que si vuelve a pasar debería beber menos cerveza, pero no creo que eso ocurra, así que...

—Sí deberías, sí. Eres incapaz de beber más de tres cervezas sin empezar a decir tonterías —se burla riendo—. ¿Cuántas cayeron?

—Siete cada uno.

—¡Dime que le confesaste que llevas desde niña enamorada de él y que ninguna otra persona le llega ni a las suelas de los zapatos!

—¡No! —grito tapándome la cara y mi amiga se empieza a reír. Es la única que lo sabe y la que se ha pasado toda la vida soportando mis suspiros por él—. Le conté la venganza con la vecina, aunque no había bebido cuando lo hice.

—Bueno, es Adri. —Se encoge de hombros—. Mi primo nunca ha tenido problemas con que

seas bi, al contrario, te ha defendido siempre de los que te llamaban viciosa.

—Y puede —confieso al fin—, porque no estoy segura de que me oyese, que le llamase «mi príncipe».

—¿Qué tienes, diez años? —pregunta indignada—. «Mi príncipe», mira que eres moñas.

—También tuve que cogerme a él porque me costaba andar recta. Y porque tenía frío.

—Y claro, eso te molestó mogollón, ¿verdad? —Suelta una carcajada que callo con un cojín en su cara—. El cojín no va a cambiar el hecho de que estés en una nube por la noche de ayer, ¿o me equivoco?

—No, pero es Adri. Es raro. No esperaba esto al volver. Lo que me recuerda: ¿por qué no me contaste que había vuelto a vivir aquí?

—¿No te lo dije? ¡Claro que te lo dije! —Niego con la cabeza y pone una mueca de «mierda»—. En mi cabeza te lo había contado, lo siento. De todas formas, al principio no dijimos nada porque pensábamos que sería algo temporal, que la zorra de su ex volvería y se iría con ella. Después..., yo no estaba como para preocuparme por nadie más.

—¿De verdad Adri estaba tan mal? —Omito hablar de su ruptura, ahora que parece que está mejor prefiero no remover el pasado.

—Era un cascarón vacío, sin vida. —Su semblante se torna serio, demasiado incluso para ella—. Un alma en pena. Mis tíos lo han pasado muy mal, toda la familia. —Suspira y sonríe—. Pero, por suerte, ya no está así y, aunque no sea el mismo de antes, está mejor. Y estoy segura de que ahora que estás tú aquí, se acabará de recuperar del todo.

—Sí, seguro que yo soy la cura para todos sus males —ironizo rodando los ojos—. Lucía Pérez, maestra de educación infantil y curandera.

—Solo digo que molaría.

—Olvídalo, tu primo nunca ha querido nada conmigo.

—Muy bien —contesta encogiéndose de hombros—. ¿Te vistes y vamos a comer? Me muero de hambre.

—Es lo más inteligente que has dicho desde que has llegado —digo levantándome y dirigiéndome al baño.

No, yo no seré la cura de Adri, aunque me muera de ganas por serlo.



La tarde ha transcurrido sin más interrupciones. Después de comer nos hemos ido cada una a su casa a echar la siesta para estar más despejadas por la noche. Hemos cenado entre risas todas las amigas del colegio como hacía años que no pasaba y ahora estamos atravesando las puertas de La Pérgola. El estómago me da un vuelco ante la expectativa de encontrarme a Adri de nuevo. Pido una copa e intento seguir la conversación de la mesa, pero mis ojos no paran de buscarlo entre la gente. Me centro en la charla banal de Isa, que está contando algo que le ha pasado esta semana en el trabajo y Maite se acerca para susurrarme:

—La persona que llevas buscando toda la noche acaba de entrar. —Señala con la barbilla al chico que me está sonriendo desde la distancia con Marcos y Alba pegados a su culo, cómo no—. ¿De verdad crees que no tienes ninguna posibilidad con él? Hacía años que no venía, le dices que tú estarás y aparece. Si eso no significa nada, que baje Dios y lo vea.

—No quiero crearme falsas esperanzas —confieso a mi amiga, que asiente—. Además, viene con mi hermano, seguro que es para controlarme.

—¿Tu hermano no cambiará nunca? Compadezco a Alba si algún día tienen hijas, pobres

niñas...

Dejo de escucharla cuando el grupo de amigos de mi hermano nos rodea para saludarnos. Noto unas manos firmes en mi cintura, se acerca a darme un beso en la mejilla y aprovecha para susurrarme al oído:

—Estás preciosa. —Antes de que pueda contestar, me suelta para ir a saludar a Maite, que lo abraza feliz.

Él sí que está guapo con esa camisa azul marino remangada por encima de los codos y los vaqueros estrechos que le hacen parecer aún más alto, si es que eso es posible. Ponen una canción que no había escuchado nunca y la locura se desata en la mesa, arrastrándome hasta la pista de baile. Miro a Adri, que nos sigue de cerca y sonrío. ¿Por fin hoy será el día que baile con él?



Marcos se ha pasado la noche entera pegado a mi culo, incluso ha ignorado a Alba, que estaba con las otras parejas de sus amigos, así que Adri no ha vuelto a acercarse. Creo que mi cuñada se ha dado cuenta de mi mosqueo, porque ha alegado que se encontraba mal para irse antes que nadie y al menos la última media hora he podido bailar en libertad, qué pena que Adri se haya ido con ellos. Cuando salgo del local, ni siquiera siento el frío de la frustración que tengo. ¿No puede entender que no necesito un guardaespaldas? Estoy tan cabreada que no noto el coche que se para junto a nosotras.

—¿Les gustaría a estas bellas damas que las acerque a casa? —suelta la voz adulatora de Adri. Cuando me giro para mirar, mis amigas ya están sentadas en la parte de atrás del coche. ¡Anda que han tardado!—. ¿Subes?

Asiento y entro. Una vez me pongo el cinturón, arranca y emprende el camino a casa de Isa, que es la que vive más cerca. Ellas van charlando alegres sin percatarse de mi tensión interna ni de las miradas de reojo que noto por parte de Adri, que va sonriendo con algunas burradas que sueltan. Cuando Maite se baja, me guiña un ojo y me doy cuenta de que nos hemos quedado solos en el coche. Una vez se asegura de que su prima está dentro de casa, mete primera y emprende la marcha. Si ahora mismo condujese a cualquier otro sitio, ni siquiera me quejaría, solo me acomodaría en el asiento y me dejaría llevar. Qué fácil sería..., pero la vida no es una novela romántica y Adri nunca ha sido para mí.

Adri

¡Odio a Marcos! Soy consciente de que quiere proteger a su hermana, pero pegándose como una lapa a su culo solo va a conseguir que corra hacia el otro lado. Además, cada vez que intentaba acercarme notaba su mirada reprobatoria y, a la tercera vez que me ha mirado así, he decidido desistir. Ahora, en cuanto he perdido su coche de vista, he dado media vuelta con la esperanza de encontrarla de camino a casa. Soy un cabrón con suerte, porque la tengo sentada justo a mi lado. ¡Chúpate esa, Marcos!

La canción de *Girasoles*, de ERRE, empieza a sonar por los altavoces y Lucía sube el volumen mientras tamborilea con los dedos en su pierna. La tensión que había hace un momento cuando mi prima se ha bajado se disipa y llegamos a la puerta de su casa entre los acordes de la canción. Aparco el coche, apago el motor y espero a que se acabe la canción para hablar.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —pregunto girándome para tenerla de frente.

—Sí, pero la próxima vez podrías venir sin mi hermano —demanda haciendo el mismo movimiento para encaramme—. No se ha separado de mí en toda la noche.

—Lo he notado.

—No tengo dieciséis años, Adri —suplica—. No necesito que os peguéis con nadie por mí. Tampoco lo necesitaba entonces.

—Dale unos días —le pido poniéndole un mechón rebelde detrás de la oreja—. Cuando le he dicho dónde estabas se ha asustado de verdad. No puede evitar querer protegerte, aunque hayan pasado los años.

—Ya no me afecta lo que opine o diga la gente sobre mí —promete—. Me acepto y me quiero como soy, y ningún insulto va a cambiarlo.

—Me encanta escuchar eso. —Una sonrisa tímida asoma en su boca y le respondo con otra—. Deberías ir a dormir ya.

—Lo sé, pero me da pereza salir. —Suspira y hace una mueca—. He vuelto a dejarme la chaqueta en casa.

—No pienso dormir en el coche, así que si no sales pronto te llevo a mi casa —amenazo, aunque mi maltrecho corazón da un vuelco ante esa idea.

—Estoy segura de que has hecho cosas peores en el coche —suelta y se tapa la cara llena de vergüenza—. ¡Perdón!

—No pidas perdón, tienes razón. ¿Quieres que te las enseñe? —le digo con una sonrisa de medio lado que provoca que se sonroje aún más, y eso que no creía que fuera posible—. Espera.

Paso medio cuerpo entre los asientos ante su mirada curiosa y cojo la mochila de deporte que me he preparado antes para el partido de mañana. Saco una sudadera y se la tiendo. Me sonrío y se la pone, metiendo las manos en el bolsillo delantero.

—Bonita forma de echarme del coche —bromea, aunque no hace ningún movimiento que me indique que vaya a bajarse.

—Me la puedes devolver si quieres.

—¡Ja! Que te lo has creído, esta sudadera ya tiene nueva dueña.

—Y ¿te acordarás de cogerla o te la seguirás dejando en casa? —me burlo y me saca la lengua—. Si vuelves a hacer eso te demostraré qué más cosas he hecho en el coche —sentencio y se sonroja, aunque percibo un pequeño movimiento en la comisura de sus labios que me indica que le ha gustado la idea. O igual lo que noto son mis ganas.

—¿Cuándo tenéis el siguiente partido? —pregunta cambiando totalmente de tema.

—Mañana, a las siete. ¿Te... —Carraspeo y reformulo la pregunta para disimular mi deseo de volver a verla mañana—. ¿Vas a venir o solo tuvimos el honor de verte en el primer partido?

—Me encantará volver a verte con pantalón corto —bromea—. No he vuelto a ir porque no me daba la vida. Por cierto, gran idea lo de hacer abanicos.

—Gracias —susurro ante su mirada de admiración—. Para este invierno he encargado unas mantas.

—Tu madre lo agradecerá —dice riendo—. Aún recuerdo su cara cuando Cristóbal le ofreció aquella sudadera tan fea el día que se quejó del frío.

—El pobre hacía lo que podía con lo que tenía —justifico.

—Tú también —espetea seria—, y mira todo lo que estás haciendo. Solo cuando sacas la cabeza del culo puedes ver otras realidades.

—Eso es bastante difícil de hacer y más cuando crees que todo funciona bien y no hay nada que cambiar.

—Lo sé —murmura bajando la vista y aprovecho que el gesto ha soltado el mechón de pelo rebelde para volvérselo a colocar rozando su mejilla. Un temblor por su parte me indica que la sudadera no le ha quitado el frío.

—Venga, a dormir. Mañana hay que madrugar.

—No juegas hasta las siete de la tarde, te da tiempo a dormir y descansar —se queja acomodándose en el asiento como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Me gusta ver que ella tiene tan pocas ganas de irse como yo de que lo haga.

—Soy el *presi*, tengo que estar a las diez de la mañana allí.

—¡Hala!

—Y tengo suerte de que no sea a las ocho.

—Entonces me voy —claudica incorporándose y se acerca a mí para darme un beso en la mejilla—. Buenas noches, Adri. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Lucía.

Sale del coche y va hacia su portal rebuscando en el bolso. Una vez abre la puerta, se gira para despedirse con la mano. Cuando la puerta se ha cerrado del todo arranco y me voy a casa. Me gustaba mucho más la idea de que viniera conmigo, pero es algo que solo podré imaginar, como todo lo relacionado con ella.



Estoy medio dormido en el sofá que tengo en el despacho cuando llaman a la puerta y la cabeza

de Marcos asoma. Suelta una carcajada nada más verme y se deja caer en uno de los sillones que tengo delante.

—No tenemos edad para salir —se justifica cogiendo una botella de agua de la mesa baja que hay frente a mí y bebiéndose la mitad.

—Habla por ti —me defiende incorporándome y cogiendo otra botella—. Yo llevo aquí desde las diez, tengo derecho a descansar un rato.

—Claro, porque tu cansancio no tiene nada que ver con nuestra salida de anoche. Y supongo que también quieres que crea que tu insistencia por ir a La Pérgola no tiene nada que ver con mi hermana, ¿no?

—¿Qué insistencia? Solo dije que iba a ir porque mi prima me había invitado, que había salido con tu hermana, y tú te acoplaste. Por cierto, como sigas jugando a ser su guardaespaldas te va a mandar a la mierda muy rápido. Aunque supongo que no te estoy diciendo nada nuevo.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. ¿Viste las miradas lascivas que le lanzaban algunos?

—Vi muchas más que tú, te lo aseguro —le explico—. Pero tu hermana está muy buena, es normal que levante pasiones allá donde va. No creo que sea por su condición de bisexual, no te preocupes. Y si lo es, ¿qué más da? Lucía ya puede librar sus propias batallas.

—No me gusta que hables así de ella.

—¿Así cómo? ¿Que sabe luchar sola?

—No, que está muy buena. —Ruedo los ojos—. No hagas eso, mi hermana es intocable.

—Marcos, mírame —le pido y, cuando lo hace, prosigo—: Tu hermana y yo nunca tendremos nada, solo somos amigos y te agradecería que dejases de mirarme como si fuera un ogro cada vez que me acerco. Sé lo que es volver aquí después de tanto tiempo fuera y, aunque aún no lo sepa, va a necesitar ayuda también con eso. Solo pretendo estar ahí para ella si quiere. Además, yo no tengo pareja ni hijos ni cargas y ella tampoco, por lo que nos es más fácil quedar y estar disponibles. —Por mucho que me duelan las palabras que acabo de decirle y por mucho que desearía que no fuera así, la realidad es que siempre he sido consciente de que Lucía solo sería mía en mis sueños. Ser su amigo y su apoyo es mucho más de lo que tenía hace dos meses, puedo conformarme con eso.

—Vale, perdona. Sé que solo la ves como a una hermana pequeña, pero no puedo evitar querer protegerla a toda costa.

—Pues te pones una goma en la muñeca y, cuando te pase, te das golpes con ella hasta que te calmes —le aconsejo y se ríe.

—Alba me ha dicho lo mismo hace un rato.

—Tu mujer siempre me ha caído mejor que tú —le recuerdo.

—Hablando de hacerla mi mujer, he pensado en pedírselo al acabar su partido con las niñas la semana que viene —me explica ilusionado y suspiro.

—¿De verdad crees que Alba va a pasarlo bien si se lo pides delante de todo el pabellón después de un partido?

—No..., pero quiero que sea especial y todo me parece una mierda. —Suspira—. Dame alguna idea —me pide.

—Yo la llevaría al Calar Alto. La sentaría entre mis piernas a ver el atardecer abrazados y, cuando estuviera relajada, sacaría el anillo y se lo pediría. Solos y sin nadie más que ella y yo, y con la luna dándonos la bienvenida al resto de nuestras vidas. Eso haría.

—Eso es muy bonito y específico. —Marcos corta mis pensamientos, que se han imaginado la cara de Lucía llorando de emoción entre mis brazos, diciendo que sí, y sacudo la cabeza para volver a la realidad—. ¿Tenías planeado pedírselo así a la tóxica?

—No —sentencio—. Ella era más de ser el centro de atención en mitad de un pabellón.

—Mi abuela decía que tenía que ser la novia en la boda y el muerto en el entierro.

—Tu abuela siempre fue una mujer muy sabia.

—En todo caso, pensaré otra cosa para pedírselo.

—Se acabará cansando y tomará ella la iniciativa —bromeo porque sé que Alba está deseando casarse y tener hijos—. En fin, debería ir al pabellón, a ver qué tal va el partido.

—Por supuesto —dice poniéndose de pie—, el *presi* no puede faltar.

Se escabulle rápido por el pasillo y me pierdo en mis pensamientos antes de llegar a la locura que me espera al salir de mi refugio. Me alegra haber hablado con Marcos y dejar las cosas claras con respecto a Lucía. Como mínimo, podré acercarme a ella sin necesidad de que me mate con la mirada. Ser su amigo no es todo lo que quiero, pero es a lo máximo a lo que puedo aspirar.



Lucía

No debería sorprenderme que todo el mundo quiera saludarme ahora que he vuelto a vivir aquí, pero me satura un poco no poder dar ni dos pasos dentro del pabellón sin explicarle a alguien que he conseguido una plaza en el colegio, una fija, por lo que he vuelto para quedarme. Cuando Alba, que está concentrada en el final del partido que se está disputando en este momento, se percató de que he llegado, me abraza y me tiende un cucurucho de pipas.

—¿Adri permite comer pipas en las gradas? —pregunto incrédula—. Aún recuerdo la bronca de Cristóbal el día que nos pilló haciéndolo. De hecho, creo que fue viendo un partido tuyo.

—¡Claro! Siempre que lo hagas con esto —contesta riendo, me tiende una papelerita pequeña con el logo del equipo y se coloca otra igual entre las piernas—. Pero ve con cuidado, porque hizo pocas y están cotizadas. Como te descuides, te la roban.

—¿Echas de menos jugar o con entrenar a las niñas tienes suficiente? —la interrogo después de que me ignore durante cinco minutos para observar el ir y venir del campo. Adri no está, pero imagino que se estará cambiando para su partido. Me hubiera gustado verlo con el traje de *presi*, o puede que sea de los que van en chándal. Cristóbal llevaba uno de cuando jugaba que estaba tan gastado que no servía ni para donarlo, pero nadie consiguió que lo cambiase, ni siquiera la amenaza de divorcio de su mujer.

—Sí, lo echo muchísimo de menos —suelta Alba de forma rotunda, sacándome de mis pensamientos—. No pasa nada, este año no podrá ser —sentencia de forma enigmática y alzo una ceja interrogante, pero me ignora. Cuando creo que no va a añadir nada más, susurra—: Estoy embarazada.

Controlo un grito de júbilo y los ojos se me llenan de lágrimas por la emoción, ¡voy a ser tita! La abrazo fuerte y acabamos las dos llorando en silencio y haciendo muecas de alegría sin emitir ni un solo sonido. Muevo las piernas, evitando dar golpes en el suelo para no llamar la atención del resto de espectadores, y vuelvo a abrazarla cuando me tranquilizo.

—Estoy muy feliz por vosotros —le aseguro cuando consigo controlarme.

—Tu hermano aún no lo sabe. —La miro extrañada, eso no es propio de ellos—. Tuve un falso positivo en julio, a los pocos días de hacerme el test me bajó la regla y nos llevamos un chasco importante. Llevamos desde el verano pasado intentándolo, esta vez quería asegurarme antes de decirle nada.

—Claro —admito con una sonrisa—. Y ¿cuándo piensas decírselo?

—He reservado una habitación en El Puerto de Santa María para el fin de semana que viene

y lo llevaré al restaurante donde nos conocimos. Allí se lo diré.

—¡Qué romántico! —exagero un poco el tono para que suene lo más cursi posible, como siempre que intento meterme con ellos por lo empalagosos que son, aunque solo sea un intento de camuflar la envidia que les tengo.

—Anda, calla, que ya salen —me interrumpe Alba y me centro en la salida de los vestuarios.

Adri sale junto a mi hermano, que le está explicando algo que no debe importarle mucho, pues tiene la vista clavada en mí. Alza su mano a modo de saludo y le devuelvo el gesto. Abro el bolso y le enseño su sudadera, lo que provoca que se ría y Marcos se dé cuenta de que lo está ignorando. Sigue la mirada de su amigo hasta nosotras y niega con la cabeza, pero no le dice nada, como normalmente haría. Esto es nuevo.

Marcos se acerca a Alba para tener una pequeña conversación llena de carantoñas y monerías que son la envidia de las mujeres de otros jugadores y de las que no tenemos pareja. Adri me mira y rueda los ojos señalándolos mientras finjo que mis dedos son una pistola y me vuelvo los sesos para acabar los dos riendo. Maite se deja caer a mi lado y la miro atónita, nunca jamás ha venido a ver ningún partido: ni mío, ni de sus hermanos, ni de su ex, por mucho que todos se lo pidiéramos en su momento. ¿Qué pinta aquí? Se encoge de hombros y se centra en el campo, lo que me dice que no piensa dar ninguna explicación.

El partido empieza y, con él, los ruidos típicos que me transportan a mi niñez: los tenis chirriando en el suelo, los gritos de los entrenadores y jugadores, los aplausos de ánimo, los pitidos del árbitro... Tan concentrada estaba que mis ojos han viajado solos al banquillo, donde el objeto de mis deseos desde niña está sentado, con la mirada fija en sus compañeros. Su pelo moreno, mal peinado hacia atrás con los dedos, su barba de una semana y sus ojos casi negros me atraen como la luz a las polillas, aunque si fuera hacia él estoy segura de que moriría quemada. Se humedece los labios con la lengua justo antes de silbar y me pierdo en esa boca que tantas veces ha recorrido mi cuerpo en sueños.

Sigo sus movimientos cuando entra a jugar y empieza a correr y fintar, consiguiendo un pase de gol. La grada celebra el punto a favor y Adri me mira, por lo que me pilla en mi peculiar obsesión por él. En lugar de molestarse, me guiña el ojo y me sonríe justo antes de concentrarse en el partido de nuevo. Me encanta observarlo moverse, se nota que está en buena forma, pero es en el momento en que levanta su camiseta para limpiarse el sudor cuando me quedo sin aliento. Tiene un cuerpo fibrado, sin exceso, pero en el que se marca una tableta bien definida que recorrería con mi lengua trazando cada hendidura.

Lo tumbaría en mi cama, quizá hasta lo ataría al cabecero para que se estuviera quieto, sin camiseta y con esos pantalones de deporte que me vuelven loca. Lo besaría lentamente, hundiendo mis manos en ese pelo que no para de intentar alejar de su frente, para bajar despacio por su cuello, donde le daría ligeros mordiscos que le provocarían pequeños jadeos. Seguiría recorriendo su cuerpo con mi lengua, por sus pectorales y abdominales hasta llegar a la cinturilla del pantalón para volver a subir, y suspiraría frustrado sin poder moverse por las ataduras. Volvería a besarlo con pasión y desataría sus manos para sentir las en mi nuca y en mi culo, atrayéndome hacia él para salvar la poca distancia que habría entre nosotros. Metería la mano por dentro del pantalón y los calzoncillos para alcanzar...

—¡Piii!

—¡Se acabó! —celebra Maite sacándome totalmente de mis pensamientos y empiezo a abanicarme como si no hubiera un mañana.

—La primera parte —le recuerda Alba riendo y mi amiga hace un puchero—. ¿Os apetece tomar algo?

—Me apunto —contesta mi amiga levantándose y las sigo cuando emprenden el camino hacia el bar.

Echo un último vistazo al campo, que me regala una visión del culo de Adri entrando a la zona de los vestuarios. Como siga viniendo a verlos jugar, voy a morir de una combustión espontánea. Lástima que mi imaginación sea a lo máximo que puedo aspirar con él.

Adri

¡Joder, qué susto me ha dado Aitana! Mi hermana me observa desde la puerta de mi despacho, aguantando la risa mientras intento no fulminarla con la mirada. Alzo la ceja ante su silencio, pero eso solo provoca que se rompa su contención y acabe riéndose a carcajadas mientras se tumba en el sofá del despacho. Decido ignorarla mientras acabo de cuadrar, por enésima vez este mes, los horarios de los entrenamientos y partidos. Cuando termino, me siento al lado de mi hermana mayor, que suelta el móvil al instante.

—¡Hermanito! —Me abraza como si hiciera un mes que no nos vemos y beso su cabeza. Siempre hace lo mismo, incluso aunque nos hayamos visto hace tan solo dos días. Admito que me encanta—. ¿Me invitas a cenar?

—¿Otra vez con la nevera vacía? —me burlo mientras cojo la chaqueta y la insto a seguirme fuera—. Sabes que no se llena sola, ¿verdad?

—Tenía comida, solo quería pasar un rato con mi hermano favorito —comenta con una sonrisa que no engaña a nadie.

—Me sentiría halagado si no fuera porque soy tu único hermano.

—Seguirías siendo mi favorito —susurra como si fuera una confidencia y se cuelga de mi brazo. Se me escapa una sonrisa cuando recuerdo a Lucía cogida de la misma forma—. Esa sonrisa de gilipollas enamorado que tienes, ¿se debe a cierta maestra que ha vuelto después de diez años?

—Puede —admito, porque es peor no hacerlo. Además, nunca he tenido secretos con ella—. El viernes cenamos juntos, el sábado la acompañé a casa y ayer vino a vernos jugar.

—Como todo un caballero, así me gusta, hermanito. —Nos dirigimos a un bar que hay frente al pabellón y que le encanta a Aitana. Mi hermana espera a que pidamos para seguir con la conversación—. Y ¿piensas quedar más con ella o ha sido algo casual?

—Nos chocamos por la calle cuando ella salía del trabajo y una cosa llevó a la otra.

—¿Qué hacías por allí? Está lejos de tu casa —pregunta extrañada. Cuando ve que no contesto, pone una sonrisa pícar—. ¡No fue casual que os encontraseis! ¡Serás bribón!

—¡No fue exactamente así! —exclamo y bajo la voz cuando varios clientes del bar nos observan curiosos—. Y no grites, que no le importa a nadie.

—Pues a mí sí. Y mucho. Desembucha.

—Tenía que llevar un equipamiento a uno de los chavales del alevín para el partido de mañana en Caniles. Una vez se lo di, rodeé el colegio un par de veces, a ver si me encontraba

con ella. Cuando iba a volver a casa, nos chocamos.

—¡Qué bonito!

—Deja de montar castillos de arena.

—Aguafiestas. —Me saca la lengua mientras se ríe y coge una croqueta. En cuanto la muerde, se quema y es mi turno de reír. En el momento en que parece que vuelve a sentir la lengua, sigue hablando—: Voy a obviar que no me has explicado cómo acabaste llevándola a casa el sábado y si hubo o no un beso de despedida. ¿Vais a volver a quedar? ¿Vas a lanzarte a por ella o vas a seguir suspirando sin hacer nada mientras otro u otra sí tiene agallas?

—No hubo beso de despedida, en la boca al menos. —Aitana sube y baja sus cejas. Decido ignorarla—. Somos amigos y vamos a salir como amigos. Fin.

—Lucía y tú nunca habéis sido amigos, Adri. Deja de decir gilipolleces. Lo que te pasa es que te da miedo que te rechace, porque mientras no te lances, la posibilidad seguirá ahí.

—Marcos ya me ha dejado claro que es intocable.

—Otro idiota a la ecuación. Me preguntaba cuándo aparecería... —Rueda los ojos y niega con la cabeza—. Lo que opine él debería darte igual. A no ser que lo uses como excusa.

—No es eso.

—Sí lo es, pero, por favor, continúa. A ver si así te convences a ti mismo.

—Tana... —El apodo, que solo uso cuando me cabrea, hace que se calle y me preste atención—. Lucía acaba de volver, solo quiero estar a su lado si me necesita.

—Está bien, pero entonces, si eso es verdad, deberías estar. No puedes dejar que fluya con encuentros casuales por la calle. Hazle saber que te tiene disponible, que puede contar contigo si tiene un mal día o si le apetece tomarse una cerveza.

—Eso me gustaría.

—Pues hazlo —dice con una sonrisa—. Si es lo que quieres, si realmente quieres ser su amigo, sé su amigo. Uno de verdad. Estoy segura de que después de eso llegaréis a ser algo más.

—Ese no es el objetivo.

—No será el tuyo, pero sí el mío —admite sin despeinarse, pinchando una patata frita. Ruedo los ojos, no tiene remedio—. ¿Tan malo sería?

—No —le concedo apurando la cerveza para infundirme valor. Estoy seguro de que Aitana va a contradecir cada palabra que diga—: Pero no va a suceder. Lucía nunca ha querido nada conmigo y nunca lo querrá. Para ella solo soy el amigo de su hermano.

—Entonces, has fijado bien tu primer objetivo: ser su amigo. Más adelante hablaremos de los siguientes. —Sigue comiendo como si nada y alzo una ceja mirándola, no me creo que se rinda tan pronto—. ¿Cuándo vas a volver a quedar con ella?

—No lo sé. Supongo que nos encontraremos...

—¡Mec! ¡Mal! Con los amigos se queda, con los conocidos nos encontramos por casualidad y, si nos caen bien, igual nos tomamos algo. Las cosas no se dejan al azar. Tracemos un plan.

—No me gustan tus planes.

—Pues empieza a pensar opciones o las pienso yo —sentencia y trago con dificultad.

Dejar en manos de mi hermana algo tan importante no es una opción, nunca le sale bien ningún plan y lo sabe, pero la sonrisa que tiene en la boca ahora mismo me indica que ha conseguido su objetivo: que yo mueva ficha. No, no puedo dejar que Aitana se meta o será un completo desastre.

Adri

¡Joder, qué lentos pasan los días cuando estás deseando que llegue el viernes! He decidido, impulsado en parte por mi hermana, que si Lucía no quiere cocinar, podemos instaurar la rutina de cenar juntos y así puedo enseñarle los nuevos locales que han abierto en estos diez años que lleva fuera. Espero que le guste la idea, porque no me he atrevido a escribirle para preguntárselo. Puede que tenga su número, sin embargo, nuestra conversación de WhatsApp está vacía. Ni siquiera aparecen esos mensajes cutres de «Feliz cumpleaños» dos veces al año que tengo con otras personas.

Fingir una pose casual cuando te mueres de nervios por dentro no es fácil, y menos si cada vez que se abre la puerta tu corazón da un vuelco, pero lo tengo controlado. O eso creía, hasta que la melena castaña de Lucía ha hecho su aparición y mis manos han empezado a sudar. Estoy apoyado en el coche, con los brazos cruzados en el pecho y un intento de sonrisa, que espero que no dé mucho miedo, cuando repara en mí. Su sorpresa inicial da paso a una enorme sonrisa y se despidе de su compañera sin apenas mirarla para acercarse a mí.

—¿Esperas a alguien? —pregunta con una carpeta pegada al pecho.

—Sí, a ti —contesto con una sonrisa de medio lado—. Me debes una cena.

—Oh —Finge desilusión—, ¿solo me quieres para eso?

—Puede —digo de forma enigmática—. O puede que no quisiera cocinar y supiera de alguien que tampoco.

—Tengo una *pizza* congelada de cinco quesos esperando en casa. Ideal para estas ocasiones.

—¿Puedo proponer un plan alternativo? —cuestiono, porque la idea de cenar solos en su casa, por mucho que me encante, puede ser peligrosa.

—¡Claro! La *pizza* no se va a mover —bromea con una sonrisa y se acerca tanto a mí que nuestros tenis se rozan—. ¿Me lo explicas en mi casa?

—Sí, claro, faltaría más —contesto de forma atropellada mientras me aparto de la puerta del copiloto para que suba al coche y me dirijo a mi puerta. Respiro hondo antes de entrar y que su perfume me golpee fuerte. Arranco para concentrarme en conducir y no en la persona que tengo sentada al lado—. He pensado que podríamos ir a Serón, el restaurante de La Estación. Es diferente a lo que suelen tener por aquí, pero creo que te gustará. Por hacer algo distinto, pero si quieres te dejo sola con tu *pizza*.

—¡No! —grita y carraspea al darse cuenta—. Me parece un gran plan. Maite me ha hablado de él y tenía ganas de probarlo, así que por mí, perfecto.

—¡Genial! —digo aparcando en la puerta de su edificio. Quizá ha sido un poco absurdo coger el coche por dos calles—. ¿Tomamos algo antes o prefieres que te pase a buscar en un par de horas?

—Si ya estás listo, sube si quieres y así no tienes que esperarme. O vete y vuelve en un rato, lo que prefieras. —Empieza a decidir sobre la marcha, como si no tuviera claro qué quiere—. Me cambio y estoy lista. Lo que tú quieras. O podemos comer ahora la *pizza* para merendar.

—Si vas a tardar poco, prefiero subir —comento con una sonrisa para tranquilizarla. Apago el motor y bajamos del coche—. Pero no te pongas a preparar la *pizza* ahora o luego no tendremos hambre y realmente creo que te va a encantar el sitio. Además, no me gustaría perder la reserva.

—¿Has reservado sin saber si iba a decir que sí? —pregunta riendo, abriendo la puerta de la portería—. Muy osado por tu parte, ¿no?

—Prefería reservar y luego cancelar que proponerte un plan y no poder llevarlo a cabo por no prever con tiempo.

—Tiene sentido —dice entrando en su casa y dejando la puerta abierta para que la siga—. Ya sabes dónde está todo, ponte cómodo.

Desaparece por la puerta de su habitación, cerrándola con ímpetu. Como si pensase que, si no lo hace, la fuera a atravesar. Ojalá tuviera el valor de hacerlo, ni mil pestillos me impedirían entrar. Es tan tentador saber que se está quitando la ropa en la habitación de al lado y, a la vez, está tan lejos de ser un objetivo alcanzable... Decido darle intimidad y me acerco a la cocina. Veo un plato y un vaso en el fregadero, así que me pongo a lavarlos para paliar los nervios y las ansias por estar en su casa. Igual luego me cae la del pulpo, pero fregar los platos me relaja cuando estoy inquieto. Lo sé, soy así de raro.

Cuando estoy acabando aparece por la puerta y se apoya en el quicio para mirarme curiosa. No dice nada hasta que todo está en el escurridor y me he secado las manos.

—Estás invitado a venir a fregar siempre que quieras.

—¿Solo me quieres para eso? —pregunto acercándome, usando sus mismas palabras, y se sonroja, pero no aparta la vista—. ¿Estás lista?

—No —murmura y frunzo el ceño—. Quiero decir, sí, ya me he cambiado y podemos irnos —contesta rápido y se aparta, bajando la vista a sus pies—. ¿Dónde quieres ir antes?

—Había pensado aparcar donde La Estación e ir andando al Cruce, a tomar algo hasta que sea la hora de cenar. A no ser que prefieras hacer otra cosa.

—¿Sabes qué me apetece y que no he podido hacer desde que he llegado? —dice ilusionada y luego cambia su expresión, como si se estuviera arrepintiendo de lo que había pensado.

—Dime, si está en mi mano, lo haremos —la animo con una sonrisa.

—Me apetecía, pero igual a ti no, ir al Calar Alto, a ver anochecer —susurra sin mirarme y menos mal, porque mi cara de sorpresa e ilusión no creo que hubiera podido disimularla. Me encanta subir al observatorio.

—¡Pues vamos! —propongo acercándome a la puerta—. Pero deberías llevar una chaqueta —le recuerdo y se ríe mientras coge un bolso grande desde el que sobresale mi sudadera—. Menos mal que te la regalé, si no, no tendrías nada que te abrigase —bromeo y me saca la lengua mientras cierra la puerta de casa y empieza a bajar las escaleras.

—Me gusta, es calentita y mi ropa de invierno está dentro de una caja que no me apetece desempaquetar —se queja.

—¿Eso quiere decir que vas a robarme más sudaderas? Lo digo por echar un par o tres en el maletero.

—Yo lo haría, solo por si acaso —comenta acercándose a la puerta del copiloto. Una vez dentro, cambia de tema—: ¿Cuánto hace que no subes?

—Desde abril, creo. Me gusta ir a despejar la mente, me ayuda a pensar.

—A mí también me ha gustado siempre —me cuenta, aunque es algo que ya sabía—. En Cádiz iba a la playa, pero no es lo mismo.

—Bueno, pero seguro que ayudaba también. Por cierto, la chica con la que has salido del colegio, ¿la conozco? Me ha sonado mucho su cara.

—Sí, hubo un tiempo que salía con nosotras. Es de Caniles.

—Será eso —comento y cambio de tema—. ¿Cómo vas con tus peques?

Cuando llegamos al Calar Alto, una hora después, sigue relatándome anécdotas como si el tiempo no importase cuando se trata de su trabajo. Me encanta la pasión que pone cuando habla de ello, me pasaría días escuchándola. Bajamos del coche y nos envuelve un silencio cómodo mientras respiramos hondo y empezamos a pasear. Meto las manos en los bolsillos de los vaqueros para no tener la tentación de coger las suyas y damos vueltas hasta que se sienta en una roca para observar como el sol se va, bañando todo de colores anaranjados. Me siento a su lado y pasamos los minutos así, solos los dos, mirando cómo se acaba el día y empieza la noche. En ese momento me doy cuenta de lo diferente que fue la única vez que subí con Jessica, que no paraba de hacerse selfis y no me dejó disfrutar del momento comentando absolutamente todo, aunque una de esas fotos acabó en nuestro dormitorio, de las pocas cosas que pude elegir. De repente, las palabras salen de mi boca sin poder evitarlo:

—Deberíamos hacernos una foto.

Me mira sorprendida, pero asiente, sacando el móvil del bolso. Aprovecha el movimiento para dejar la sudadera a un lado. Alza el móvil con la cámara enfocándonos y sonreímos, pero solo sale la mitad de nuestras caras. Lucía se ríe y se acerca a mí, hasta que nuestras cabezas están casi pegadas y su hombro está apoyado en el mío. El segundo selfi es un desastre porque los dos salimos tan serios que parece que nos hayan obligado a hacernos la foto. Sin pensar mucho en mis movimientos, la cojo de la cintura y la siento en mis piernas, para apoyar mi barbilla en su hombro. Cuando vuelve a alzar el móvil, le hago cosquillas en la cintura y suelta una risa junto a un gemido de sorpresa. La piel bajo mis dedos se eriza y le recoloco la camiseta para que no coja frío, poniendo mi mano en su barriga. Conseguimos hacer la foto con los dos sonriendo y cojo la sudadera para ponérsela, colocando la capucha tapándole la cara y robándole el móvil para hacer un selfi justo en ese momento. Voy dándole al botón mientras intenta recuperarlo y así, entre risas, nos olvidamos del anochecer que hemos venido a ver.



Lucía

¡Por fin he subido al Calar Alto! Claro que no imaginaba que iba a hacerlo con Adri, ni que me iba a importar un pimiento perderme el precioso anochecer porque sus manos me estaban rodeando la cintura mientras me tenía sentada en su regazo. Si me preguntas, la mejor puesta de sol de mi vida. Aunque creo que la guinda perfecta del momento ha sido cuando hemos parado, hemos mirado el horizonte y, con su cara pegada a la mía, ha susurrado que habría que volver otro día. Me hubiera quedado ahí mismo a esperar otro anochecer si me lo hubiera propuesto.

En el momento en que las curvas se acaban, la misma canción del otro día empieza a sonar y Adri sube el volumen antes de que lo haga yo. Justo acaba cuando hemos aparcado en el restaurante.

—Me gusta esta canción —admito una vez bajamos del coche.

—Es una de mis favoritas —confiesa en voz baja y pone su mano en mi espalda para instarme a andar—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí. —Sonrío, pero freno en seco cuando una idea me viene a la mente y necesito preguntar—: ¿Has montado todo esto porque te lo ha pedido Marcos? Como él no está, ¿vienes a vigilarme?

—He montado todo esto precisamente porque él no está. —Bufa enfadado—. Así no tengo que aguantar reproches porque vaya a cenar contigo.

—Vale, perdona, yo...

—No te disculpes, tu hermano es idiota. Ya le he dicho que te deje en paz, y Alba también. Algún día entenderá que has crecido.

—Creo que mis padres también lo han obligado a vigilarme —suelto con un suspiro de resignación cuando nos sentamos.

—Que estén preocupados es normal, Lucía —dice con un deje de comprensión que a mí me cuesta encontrar a veces—. Tu adolescencia fue dura para todos, por mucho que ellos te aceptasen y te quisieran como eres, el resto fue cruel contigo. Y, al final, solo queremos proteger a los que más queremos.

—Asfixiar a alguien hasta que no puede respirar no es proteger, Adri.

—Marcos lo pasó muy mal porque él estaba en la universidad y tú aquí sola, creo que intenta compensar ese tiempo. Habla con él, seguro que lo entenderá. —Asiento y, cuando nos sirven las bebidas, cambia de tema—: Por cierto, ¿tú sabes por qué han ido a El Puerto de Santa María?

—Yo sé que deberíamos tener los móviles encima de la mesa por si vienen noticias —admito

de forma enigmática y se sorprende de que sepa algo, lo que hace que yo también sospeche—. ¿Qué sabes?

—Lo que me ha contado tu hermano. ¿Qué sabes tú?

—Lo que me ha contado Alba. —Suelta una carcajada que resuena por todo el local y le doy una patada por debajo de la mesa para que se tranquilice, pero solo hace que se ría más fuerte.

—Tanto tiempo con el anillo comprado y, al final, Alba se lo va a pedir antes —se burla y abro los ojos de par en par. No pensé que mi hermano fuera a pedírselo, siempre dice que pasa de casarse—. ¿Alba no le va a pedir matrimonio?

—No —confieso y se acerca para que siga contándole, así que pego mi boca a su oído y suelto la bomba que llevo días aguantando—. Está embarazada.

—¿Vamos a ser titos? —pregunta ilusionado, con los ojos brillantes. Asiento—. Marcos va a ser el hombre más feliz del mundo. Ahora, como Alba se lo diga antes que él, es capaz de olvidarse de pedirle que se casen.

—Lo sé —sigo con la broma y doy palmas silenciosas de emoción—. Estoy muy contenta por ellos.

—Yo también —admite y los dos nos perdemos en nuestros pensamientos.

Soy muy feliz por mi hermano y mi cuñada, llevan toda la vida juntos y este es el siguiente paso que los dos querían dar, aun así, me muero de envidia cada vez que los veo. He tenido parejas, pero ninguna me ha complementado como veo que ellos sí lo hacen, simplemente han sido acompañantes de los que me he cansado con el tiempo. Miro a Adri, que también está abstraído, y pienso en qué hubiera pasado si me hubiera atrevido a lanzarme en algún momento. Supongo que nada, me hubiera rechazado y ahora sería incapaz de estar cerca de él por la vergüenza. Prefiero que sea así, al menos ahora somos amigos y podemos ir a cenar por ahí, incluso a hacernos selfis, en lugar de ver el anochecer. Noto su mano sobre la mía y un pequeño apretón me trae de vuelta. Justo en ese momento los platos empiezan a llegar y empezamos a cenar con una conversación animada sobre su trabajo. En el postre nos llegan mensajes con las noticias —las dos, por suerte— y felicitamos a la pareja mientras comentamos lo contentos que están en la foto que han enviado desde la playa.

Me deja en casa y se despide rápido, alegando que tiene que madrugar mañana para ejercer de *presi*. Cuando me meto en la cama, reviso las fotos del móvil y una sonrisa tonta se instaura en mi cara mientras las miro una y otra vez. Decido que si esta va a ser nuestra dinámica, hablar por WhatsApp debería ser algo habitual entre nosotros y abro, por enésima vez esta semana, su chat; esta vez tengo la excusa perfecta para hablarle. Le envío todas las fotos, incluida la que parece que nuestra madre nos haya obligado a hacer en contra de nuestra voluntad, y un minuto después recibo su respuesta:

Adri

Gracias ♥

Lucía

Un placer

Adri

Por cierto, puesto que he pagado yo la cena y ahora me debes dos: ¿a dónde te apetece ir el viernes que viene?

Lucía

¡Eso es trampa! Has pagado cuando estaba en el baño, lo has hecho a traición

Adri

Entonces, hazme un bizum del importe y no volvemos a quedar

Lucía

Pensaré un sitio para el viernes

Adri

Estoy deseando que llegue... para que pagues, claro

O me arruinaré y tendré que sacar dinero del club

Lucía

¿Vendrás a buscarme al salir del trabajo?

Adri

Solo si quieres

Lucía

Me gusta que vengas

Adri

Entonces, allí estaré

Lucía

Hasta el viernes

Adri

Hasta el viernes

Que descanses

Lucía

Igualmente

Buenas noches

Adri

Buenas noches

Sueña bonito

«Entonces, soñaré contigo», me abstengo de contestar. Me muero de ganas de que así sea.



Lucía

¡Tengo hambre! Mi madre tiene muchas cosas buenas, pero hacernos esperar para comer si falta alguien por venir, aunque solo sea una patata frita, no es una de ellas. Ni siquiera estamos celebrando un cumpleaños, es solo otro domingo más comiendo en familia. Bueno, quizá para ella sí es un día de celebración: va a ser abuela y su hijo del alma se va a casar, pero yo no tengo la culpa, mi estómago va a seguir quejándose igual. En cuanto llaman a la puerta, mi madre sale disparada hacia allí, por lo que mi padre y yo aprovechamos para lanzarnos hacia el plato de patatas y hacer buena cuenta de ellas. Nos sonreímos y limpiamos las pruebas antes de que lleguen.

—¡Felicidades, hijo! —Lo abraza mi padre nada más cruzar el umbral del salón y atrapa a Alba con uno de sus brazos—. Me habéis hecho muy feliz y viejo.

—Viejo ya eras, papá —le recuerda Marcos y mi padre aprieta con más fuerza—. ¡Papá!

—¡A ver a quién llamas tú viejo!

—¡Luis, suelta al niño! —exclama mi madre, como si le estuviera haciendo daño de verdad.

—Entre el viejo y el niño, solo quedamos tú y yo de adultas —bromeo con Alba, que se ríe por lo bajo y le da un beso a Marcos, que ya estaba haciendo un puchero. Lo dicho, un niño—. ¿Comemos?

—¿Tienes hambre, hermanita? —pregunta Marcos sentándose a la mesa y cogiendo una patata frita.

—¡Oye! No puedes comer, nosotros lo hemos respetado hasta que habéis llegado.

—Deja a tu hermano que coma, estará cansado del partido —dice mi madre con una bandeja en la mano y sirviéndole a él primero. Mi padre, Alba y yo rodamos los ojos y nos sentamos—. Alba, cariño, coge jamón, que a ti te gusta.

—No puedo comer —contesta cabizbaja, observando la mesa, y hace una mueca de disgusto—. De hecho, no puedo comer la mitad de las cosas que hay en la mesa.

—Cariño, ¿te preparo algo en un momento?

—No, no te preocupes. El cordero lo puedo comer y las patatas también. —Mi madre se conforma con esa respuesta y vuelve a sentarse después de salir casi disparada hacia la cocina en busca de alimento para Alba. Cuando lo único que se oye es el sonido de los platos pasando, mi cuñada vuelve a hablar—: Hemos pensado casarnos a principios de abril.

—¡Pero para eso queda muy poco! —exclama mi madre.

Se enzarza en una discusión con Marcos y Alba sobre todo lo que necesitan para casarse, de

la cual nos abstenemos de participar mi padre y yo, mientras nos vamos mirando y aguantando la risa ante la frustración de mi hermano con alguna de las exigencias absurdas de mi madre.



Tapo con una manta a Alba, que se ha quedado dormida en uno de los sillones del salón, y Marcos levanta la suya para que me siente a su lado. Cuando lo hago, besa mi cabeza y me abraza por los hombros.

—¿No vas a felicitarme, pequeñaja?

—¿Por echar un polvo? No, gracias. En todo caso, felicitaré a tu mujer, que es la que va a llevarlo dentro nueve meses.

—Va a ser una madraza, ¿verdad? Estoy deseando que nazca y tenerlo en brazos.

—¿Das por hecho que va a ser un niño? —pregunto para pincharlo.

—No, aunque admito que me gustaría.

—Será una niña, por eso de que los hijos son el karma que nos merecemos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo dijo una vez una madre y, la verdad, creo que tenía razón.

—Yo creo que mi karma negativo fuiste tú —bromea—. Mi hijo será un santo.

—¡Claro! Porque vuestros genes dan angelitos, ¿verdad?

—Por supuesto, si no es así, es porque se parecerá a su tita.

—Entonces, será genial —admito con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Tendré que secuestrarla para que salga de fiesta o te comportarás como un padre normal?

—¡Lo siento!

—¿Qué has dicho? ¡No me lo puedo creer! ¡Repítelo!

—No, lo has oído perfectamente. Cuando Adri me dijo dónde estabas, volvió a mí la imagen de los dos chavales que se metieron contigo y no pude evitarlo.

—Eran unos gilipollas —le aclaro—. Además, si mal no recuerdo, acabaron con el labio partido y algunos moratones. No creo que se hubieran atrevido a volver a acercarse a mí.

—No volverá a pasar. Lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena —dice con una sonrisa mientras me abraza más fuerte—. Me gusta tenerte por aquí.

—A mí me encanta haber vuelto.



Odio los martes. Además, el día está nublado, por lo que los niños están más alterados de lo normal. Me apoyo en la pared mientras los observo jugar y mis compañeras se unen al momento.

—Son tan bonitos cuando están así —dice Feli, la maestra de educación especial de la otra clase, con dulzura.

—¡Calla! —la insta Sabrina, la tutora de esa clase—. Lo vas a gafar.

—Cuando están así —le explico—, tienes que moverte muy lento y sin hacer ruido. Cualquier movimiento puede alterarlos y crear el caos en un segundo. Disfruta del momento, pero en silencio.

—Exacto —reafirma Sabrina—. Por cierto, este fin de semana los niños están con su padre.

¿Alguna se apunta a una cerveza el viernes al salir de trabajar?

—¡Yo! —contestan las dos maestras de educación especial al unísono.

—Yo he quedado, otro día —comento mientras intento averiguar si uno de mis niños está intentando morder o abrazar a otro.

—¿Una cita? —pregunta Sabrina con voz sugerente y me sonrojo. Da igual lo que conteste después de esa reacción de mi cuerpo, no me van a creer—. Y ¿dónde vais a ir? ¿Te has comprado ropa interior sexy? Yo conozco una web que...

—Es un amigo —interrumpo, incluso más sonrojada—. No necesito ropa interior sexy.

—Pero te gustaría que fuera algo más —bromea Mar, mi maestra de educación especial, y la fulmino con la mirada—. ¿Es el chico que te vino a buscar el viernes pasado? Si no lo quieres para ti, me lo quedo yo.

—¡No! —exclamo sin pensar y las tres se ríen. Pillada—. Puede que estuviera un poco colada por él en la adolescencia, pero ahora somos adultos y amigos. Solo eso.

—Pues yo le hincaba el diente y luego ya vería en lo que se queda —dice Sabrina y sale corriendo a interrumpir un posible conflicto por una pala en el arenero.

—Entonces, ¿es una cita o no? —insiste Mar, pero no contesto, básicamente porque no lo sé—. Voy a reformular la pregunta: ¿te gustaría que fuera una cita?

—Puede, pero para él no creo que lo sea. Siempre he sido como su hermana pequeña. Es el mejor amigo de mi hermano.

—Pues plantéale una cita romántica y observa cómo reacciona —propone Feli—. Puedes llevarlo a la pizzería de Las Cuevas. Es un sitio donde tener una cita, pero también una cena con un amigo. Si ves que está siendo muy desastroso, miente y di que simplemente te apetecía cenar allí.

—Eso lo tienes fácil —interviene Sabrina, ahora que los niños vuelven a jugar como si nada—. Al haber vuelto, habrá muchos sitios donde quieras ir de nuevo. Es la excusa perfecta.

—No sé yo si...

—¿Te gustaría que fuera una cita de ir con ropa sexy o no? —insiste Mar y acabo asintiendo, porque la realidad es esa: me encantaría tener una cita con Adri—. Pues hazlo.

—Eso —la respalda Sabrina con una sonrisa pícar—. Y el lunes nos cuentas todos los detalles.

Va a ser un desastre. Y eso me repito mientras llamo para reservar y le indico a Adri por mensaje que ya sé dónde iremos y que se ponga guapo. No estoy preparada para tener una cita con él, y mucho menos sin que lo sepa. Va a huir despavorido. Al menos, el jueves Alba me da la coartada perfecta para justificar que vayamos allí sin tener que desvelar que lo que realmente quería era una cita romántica con él. Es una pena tener que buscar excusas para hacer lo que realmente quiero, pero es mejor esto que nada, supongo.

Adri

¡Joder, al final llegaré tarde! Lucía me escribió el martes para decirme que había reservado y que me pusiera guapo, que era una sorpresa. Llevo más de una hora intentando decidir qué me pongo y no estoy seguro de haber acertado. Al final me he decantado por unos pantalones de pinza negros y una camisa del mismo color.

La veo salir con su particular sonrisa, como si la vida fuera maravillosa, que se ensancha al reparar en mí, y provoca que mi corazón dé un vuelco. No puedo evitar una mueca de satisfacción cuando noto cómo me recorre con la mirada de arriba abajo y se sonroja ligeramente. Se acerca después de despedirse de sus compañeras, que me observan sin disimulo, y me da un beso en la mejilla antes de hablar:

—Estás muy guapo.

—¿He aprobado, maestra? —bromeo empezando a andar hacia su casa mientras me sigue.

—¡Y con nota! —Se ríe y se agarra a mi brazo para caminar—. ¿Hoy no has venido en coche?

—He aparcado en la puerta de tu casa directamente. Me ha parecido absurdo subir dos calles para volverlas a bajar.

—¡Vaya! Con lo que me gusta a mí que vengas a buscarme con el coche, como si fueras un caballero yendo a por su dama.

—Si quieres, te cojo en brazos y te llevo. —Hago un amago de cogerla y se agarra de mi brazo a la vez que da un salto para huir de mí.

—¡Ni se te ocurra! —me amenaza con el dedo y vuelvo a hacer el movimiento, provocando otro bote por su parte—. ¡Adri!

—Sería más creíble si me hubieras soltado del brazo —la pico retomando la marcha.

—Tonto... —murmura con una sonrisa y seguimos en silencio la calle que nos queda hasta su casa.

Una vez arriba, me indica que va a darse una ducha rápida y a cambiarse, así que me siento en el sofá y aprovecho para revisar los *e-mails* pendientes con el móvil. Estoy tan absorto en la tarea, que no me percató cuando Lucía se acerca y me toca el hombro. Doy un respingo que la sorprende y pierde el equilibrio, impulsándose hacia atrás. La cojo de la muñeca para frenar la caída, pero lo hago con tanto ímpetu que la lanzo encima de mí. Suelto mi agarre y la sostengo por las caderas para evitar que su cuerpo esté pegado al mío mientras ella pone las manos en mis hombros con el mismo fin. La miro a los ojos, preocupado por si le he hecho daño, pero me

encuentro una cara llena de diversión.

—No quería asustarte —comenta aguantando la risa a duras penas.

—Has tardado tanto que has conseguido que me evada —bromeo y empezamos a reírnos de lo absurdo de la situación—. ¿Estás lista?

—Sí —contesta con una sonrisa. Da un paso hacia atrás y gira sobre sí misma.

—Estás preciosa —murmuro. Se ha puesto un vestido de manga larga verde oscuro que se ajusta a su cuerpo de una manera deliciosa. Mis manos hormiguean por volver a esas caderas y quitárselo lentamente ante su atenta mirada...

—¡Adri! —Vuelvo a la realidad cuando chasquea los dedos en mi cara y me doy cuenta de que me estaba hablando. Sacudo la cabeza y asiento—. Madre mía, voy a prohibirte sentarte en el sofá. Te evade de una manera asombrosa.

—Perdona.

—No pasa nada. Te preguntaba qué te apetece hacer antes de ir a cenar. Tenemos la reserva a las nueve y son las seis.

—¿Vas a decirme dónde vamos a cenar?

—Aún no. Quiero mantener la magia de la sorpresa un poco más.

—Querrás decir la agonía de la incertidumbre, ¿no? —Suelta una carcajada y niega con la cabeza—. Pues entonces tendrás que confiar en mí para el plan de antes.

—Creo que puedo hacer una excepción por un rato y dejarme llevar —bromea yendo hacia la puerta, donde coge un bolso y una chaqueta de cuero. Me la quedo mirando con una sonrisa y me saca la lengua antes de bajar corriendo las escaleras.

—He echado un par de sudaderas en el maletero por si las necesitas —digo al llegar al coche y suelta una carcajada.

Subimos y emprendemos la marcha hacia uno de los lugares más románticos que conozco. Quizá no debería llevarla, no sé si es buena idea usar esta carta o si va a salir corriendo despavorida, pero ha sido verla con ese vestido y no he podido evitar pensar en los dos viendo el atardecer desde allí, con su cabeza apoyada en mi pecho mientras la abrazo desde atrás. No, desde luego, no es buena idea.

Mi plan ha hecho aguas en el momento que he sabido que estaba cerrado. De hecho, Lucía lo ha comentado cuando quedaban un par de minutos para coger el desvío como si tal cosa.

—Es una pena que hayan cerrado El Candil, ¿no crees?

—No jodas.

—¿No lo sabías?

—No.

—¿Pensabas ir allí?

—Sí —he contestado mientras buscaba un plan alternativo, pero con tan poco tiempo solo he seguido conduciendo hasta llegar a Las Menas.



Cuando llegamos, casi una hora después, queda media hora para el atardecer, así que nos quedamos apoyados en el capó del coche, observando el horizonte y cómo se va perdiendo el día. Cuando el sol desaparece, Lucía rompe el silencio que se había instaurado desde que hemos salido del coche.

—El atardecer desde aquí también es precioso.

—Lo sé, pero no era el plan.

—A veces los planes improvisados son los mejores, señor Planificador.

—Ya, pero...

—Pero nada —interrumpe mientras me rodea el cuello con sus brazos antes de darme un beso en la mejilla y susurrar—: Es perfecto.

Me giro para encararla y su cercanía me abruma. Está tan cerca y a la vez tan lejos... Suelto un suspiro casi sin pensar y apoyo mi frente en la suya mientras cierro los ojos. Sus dedos me hacen cosquillas en la nuca y me imagino un mundo alternativo en el que me ama tanto como yo a ella y nos fundimos en un beso eterno mientras la noche nos encuentra.

El sonido del móvil hace que se separe de forma abrupta y me doy cuenta de que mi cabeza está ladeada, como si hubiera buscado ese beso pese a mi reticencia. Solo espero que ella no se haya dado cuenta.

—Era el restaurante, para confirmar que iremos. ¿Vamos tirando? —pregunta mirando el horizonte—. He reservado en Las Cuevas. Tenemos otra hora de vuelta.

—Perfecto. Me encanta ese sitio —contesto entrando en el coche de nuevo. El silencio nos vuelve a acompañar durante todo el trayecto.



Llegamos a la puerta del restaurante algo antes de la hora reservada. La verdad es que es un sitio con un aire más romántico de lo que esperaba, quizá lo de ir al Candil no era tan descabellado. O puede que simplemente Lucía lo haya escogido porque le encanta la *pizza*. Debe ser eso.

Nos acompañan hasta la mesa y, una vez hemos pedido, espero paciente a que Lucía suelte lo que quiere decirme desde hace un rato, ya que ha intentado iniciar la conversación varias veces en el coche sin emitir ni una sola palabra.

—Alba me ha pedido que sea su segunda entrenadora con las niñas —dice después de dar un trago a la copa de vino.

—Lo sé —admito y me mira sorprendida—. Me lo preguntó a mí antes que a ti. Soy el *presi*, ¿recuerdas?

—Y... —titubea—, ¿te parece bien?

—¿Por qué tendría que parecerme mal? Eres tú la que va a entrenar, no yo; la decisión la tienes que tomar tú.

—Entonces le diré que sí —contesta con una sonrisa y toda la preocupación que tenía antes se esfuma de su cara.

—¿Creías que no me iba a parecer bien o que te iba a decir que dijese que no? —cuestiono estupefacto.

—Bueno, como últimamente quedamos tanto... —explica. Sin embargo, con cada palabra va perdiendo fuerza y acaba en un murmullo de frases inconexas—: No sabía si querrías verme allí también. No sé si todo esto lo haces por Marcos o por mis padres. Igual estás cansado de verme. Tampoco sé por qué estamos quedando tanto. No quiero que sea algo incómodo para ti. Seguro que estás cansado de aguantarme...

—Eh, Lucía, frena —le pido y asiente, pero no me mira—. Mírame, por favor. —Cuando lo hace, prosigo—: Nunca, jamás, me ha molestado verte. Al contrario, me encanta pasar tiempo contigo, pensaba que a ti también conmigo y que por eso quedábamos...

—¡Claro que me gusta! Pero nunca habíamos quedado antes...

—Bueno, te fuiste con dieciocho años —le recuerdo con una sonrisa—. Mucho margen no hemos tenido. Siempre nos hemos llevado bien y somos amigos, ¿no?

—Sí, claro. Amigos —contesta con una sonrisa que parece forzada, pero cuando voy a preguntarle, nos interrumpen.

—Oh, mira, Antonio, qué pareja más bonita. Me recuerda a nosotros de jóvenes.

—De eso hace mucho, Encarna. Ya no me acuerdo —refunfuña un señor mayor a la señora que se ha parado en nuestra mesa y cuyas palabras han hecho sonrojarse a Lucía—. Venga, vamos, que querrán cenar tranquilos.

—Que seáis muy felices —nos desea la señora con una sonrisa—. Aunque parezca un cascarrabias, es un trozo de pan. Hoy es nuestro aniversario, ¿sabes?

—Felicidades —la felicita Lucía, puesto que solo la mira a ella.

—Disfrutad mucho —comenta el señor, llevándose a su mujer hacia la salida mientras esta se queja e intenta pararse en otra mesa.

—Es bonito —dice Lucía mirándolos y la observo esperando más explicaciones—. Lo de envejecer junto a tu pareja. No siempre se consigue.

—Sí que es bonito, y no, no siempre se consigue —admito y pienso lo fácil que sería hacerlo junto a ella. Debe malinterpretar mi expresión, porque al momento pone cara de espanto.

—¡Lo siento! No quería decir que siempre deba ser así, hay veces que es mejor dejar a la pareja. Lo que digo es que es bonito cuando realmente quieres estar con esa persona —se disculpa de forma atropellada y me río.

—No pasa nada, Lucía. Sé que no lo has dicho con esa intención, ni siquiera lo he pensado.

—¡Ah! ¡Qué susto! No suelo acordarme de que estuviste casado.

—Yo también intento no acordarme —bromeo para bajar la tensión del momento.

—Entonces, ¿tengo que negociar mi sueldo contigo? —pregunta de forma coqueta, cambiando radicalmente de tema, cosa que agradezco. Suelto una carcajada.

—¿Me has traído aquí para convencerme?

—Puede —contesta con una sonrisa de medio lado y empieza a reírse—. Tranquilo, Alba ya me ha dicho que me dará para una merienda.

—Sí, lo siento. Intento ser justo, pero...

—Es broma, Adri. Lo hago por ayudar a Alba, como si fuera gratis.

—¡Eso sí puedo hacerlo! —bromeo y me saca la lengua, lo que provoca que hable sin pensar—. Mañana después del partido iremos a cenar, podrías venirte.

—¿Yo?

—Sí, varios son entrenadores, así te familiarizas y podéis hablar —improviso una respuesta, porque decirle que quiero que sea mi acompañante igual hace que salga corriendo.

—¡Vale! Entonces, el plan de mañana será partido y cena —dice con una sonrisa preciosa en la boca y yo solo quiero estampar mis labios en ella. Igual hubiera sido más fácil decirle que me había cansado de verla, pero nunca se me ha dado bien mentir y jamás me cansaré de contemplarla sonreír.



Lucía

«Somos amigos, solo amigos».
 «Somos amigos, solo amigos».
 «Somos amigos, solo amigos».

Igual, si me lo repito muchas veces, dejo de sentirme decepcionada con ello. El plan de la cita hacía aguas por todos lados, lo admito. Y mi forma de abordar el porqué de tanta cena fue, cuanto menos, desastrosa, pero un puñal directo al pecho me hubiera dolido menos. Supongo que por eso he decidido no arreglarme, después de más de una hora delante del armario intentando ver qué me ponía, y me he decantado por unos vaqueros rotos y una sudadera con capucha. Así puedo esconderme dentro de ella. Lo peor es que encima tendré que verlo en el pabellón y actuar como siempre cuando lo que realmente quiero es que me empotre en el despacho y... El sonido del timbre me trae de vuelta y bajo las escaleras corriendo para reunirme con Maite.

—¡Qué guapa! —dice a modo de saludo y hago un gesto de desagrado. Yo quería pasar desapercibida, no estar guapa—. ¿Qué ha pasado con mi primo?

—¿Por qué crees que tiene que ver con él? —pregunto asqueada, entrando en el bar de debajo de mi casa.

—Porque te conozco y porque sé que vas a la cena del equipo esta noche.

—¿Cómo sabes eso?

—César —contesta desviando la vista y pide dos cervezas.

—Creo que no soy la única que tiene cosas que contar.

—Tú primero, yo después.

—No es lo que piensas —añado rápido, antes de que me interrumpa—. Ayer me dejó claro que solo somos amigos.

—¿Me lo explicas o tengo que sacártelo? —me insta cuando me quedo callada. Le relato mi plan inicial y lo desastroso que fue todo y, para mi sorpresa, me escucha sin interrumpirme. Una vez acabo, vuelve a hablar—: Lucía, cariño, eres tonta. No puedes montar una cita y esperar que, por arte de magia, la otra persona lo sepa. Son hombres, necesitan letreros luminosos para enterarse de las cosas.

—Da igual, lo prefiero así. Al menos ya sé que solo somos amigos y será más fácil actuar en consecuencia. Aunque no sé cómo mirarlo a la cara y fingir que todo está bien.

—Como llevas haciendo todos estos años. Que él no sienta lo mismo que tú, cosa que dudo,

no significa que tengas que actuar diferente. Recuerda lo que odiabas cuando alguien se acercaba a ti y cuando veía que no estabas interesada desaparecía. Si te puedes conformar con ser su amiga antes que nada, sé su amiga; si te va a doler verlo, pues intenta quedar menos o con más gente para poder escabullirte.

—No es mala idea. Me gusta cenar con él los viernes, pero igual me hace más mal que bien.

—Yo creo que eso os acercará más y quién sabe cómo puede acabar. Una noche de peli y palomitas puede acabar en una porno.

—También en una de terror —bromeo porque necesito bajar el sonrojo que me han causado sus palabras—. Quizá le estoy dando demasiadas vueltas a algo tan simple como ser amigos.

—Bueno, es normal. No es cualquier persona con la que te reencuentras diez años después. Es tu amor platónico.

—Y que está siendo un soplo de aire fresco en la vuelta a casa. Me está costando más de lo que pensaba —admito.

—¿Y eso?

—Demasiada familia. Marcos y Alba van todos los domingos a comer a casa de mis padres y parece que estoy obligada a hacer lo mismo, pero a mí no me apetece ir siempre. Me gustaría que fuera algo más espontáneo y no tan cuadrulado, pero mi madre no para de invitar que si a una tía o a una prima para que no pueda poner ninguna excusa.

—Este domingo, antes de irte, le dices a tu madre que el siguiente no puedes ir y que es inamovible. Ve saltando domingos aleatorios y dejará de obligarte a ir. A mis hermanos y a mí nos funcionó con mi madre.

—No es mala idea. —El sonido de una notificación me despista y presto atención al móvil. Maite aprovecha para pedir otra cerveza y, al fijarme en la mía, veo que la tengo por la mitad. Mal, Maite nunca me ha ganado a beber.

—¿Algo importante? —se interesa.

—Alba recordándome que hemos quedado para ir a ver el partido. —Pongo una mueca de hastío—. No tengo ningunas ganas de ir ni al partido ni a la cena de hoy.

—Pues ya somos dos —admite con la misma expresión que yo.

—¿Tú también vas? ¿Por qué?

—César me ha pedido que lo intentemos de nuevo. Nos estamos dando otra oportunidad. —Me quedo muda ante su afirmación. No sé cómo reaccionar o qué necesita ahora mi amiga. Lo pasó muy mal cuando lo dejaron poco antes de casarse—. Estoy bien. Siempre me dijo que volvería a conquistarme de nuevo cuando estuviera preparado, aunque admito que empezaba a pensar que no lo haría.

—Me alegro mucho. Puedes contar conmigo cuando lo necesites y, ahora que estoy aquí, será más fácil.

—Lo sé y te lo agradezco. Mis hermanos aún no lo saben, así que estoy quedando contigo una barbaridad —me explica riendo. Cuando va a pedir la tercera cerveza la freno; los nervios y el alcohol no son una buena combinación—. Gracias. ¿Estarás conmigo esta noche? Todos saben lo que pasó y no quiero miradas de pena. Es la primera vez que saldremos con más gente. Hemos intentado que nadie nos viera, pero empieza a ser agobiante lo de esconderse y tarde o temprano se acabarán enterando.

—Por supuesto, seremos Zipi y Zape.

—Como en los viejos tiempos —dice y suspira—. En realidad estoy muerta de miedo —admite con una sonrisa triste—. Cuando estamos juntos es genial, como si el tiempo no hubiera pasado. El problema viene en el momento en que nos separamos. No paro de pensar qué estará

haciendo o con quién. Que se lo está currando mil y no para de escribirme para enseñarme qué hace o deja de hacer, pero aun así, sé que debo confiar en él sin necesitar que me diga qué está haciendo en todo momento...

—Es normal que estés así, Maite. No te presiones o será peor. Deja que fluya y a ver hacia dónde vais, no fuerces el rumbo o te arrepentirás. Si al final no funciona, que no sea por no haberlo intentado. Os merecéis al menos eso.

—Gracias. También se lo tengo que contar a mis hermanos o se acabarán enterando por otro lado. —Suspira—. Quiero que funcione, pero es difícil.

—Nadie dijo que fuera fácil o ¿te recuerdo lo que os costó empezar a salir?

—Éramos jóvenes e idiotas. —Se ríe y parte de la preocupación se esfuma de su cara—. Y luego estábamos los dos deseando estar juntos.

—Era más que evidente —le recuerdo.

—Como tú con mi primo, ¿dices?

—No es el mismo caso.

—Lo que tú digas, corazón. ¿Te acuerdas de la encerrona que nos hicisteis?

Empezamos a recordar cómo empezó su historia y otras locuras que hicimos en el instituto. Cuando es hora de ir al partido, nos dirigimos hacia allí, donde nos juntamos con Alba y otras parejas. Todas saludan a Maite como si no hubiera pasado el tiempo y noto como poco a poco se relaja, lo que me ayuda a hacerlo yo. Al menos hasta que Adri me dedica una sonrisa ladeada al salir del vestuario. Amigo, es mi amigo. Solo mi amigo.



Lucía

¡Se acabó el partido! Maite me ha estado preguntando las normas casi todo el rato. Es extraordinario cómo puede no saberlas cuando sus hermanos y César llevan años jugando al balonmano. Lo bueno es que me ha mantenido distraída y he conseguido no desviar la vista hacia cierto jugador en concreto. Al menos no mucho, pero es difícil no mirar cada vez que se levanta la camiseta para limpiarse el sudor y me deja ver ese abdomen que... Maite levantándose para ir al bar me trae de vuelta y lo agradezco. Me agarra del brazo para que no me separe de ella y nos dirigimos hacia el bar, donde tomaremos algo con las otras chicas mientras llegan las parejas que faltan. Varias de ellas son del equipo femenino y están intentando reclutarme sin éxito.

César es el primero en salir. Nada más acercarse, abraza a Maite desde atrás y le da un beso en la mejilla. Ella gira la cabeza y se olvidan de que el resto existimos mientras se funden en un beso tierno. Observo al resto de la mesa, sin embargo, solo encuentro caras de amor, felicidad y diversión a lo que están viendo. Maite puede estar tranquila esta noche. Se separan cuando varios del equipo los vitorean y sus parejas los reprenden por ello. Nos dirigimos juntos al restaurante, muy cerca del pabellón, con Adri a la cabeza. Mi hermano me mira extrañado, pero decido ignorarlo, he venido a pasarlo bien, no a escuchar sus quejas.

Una mesa larga nos espera y me doy cuenta de que todos saben dónde sentarse. Maite coge la mano de César, que se dirige hacia allí como si su nombre estuviera escrito en la silla, así que me engancha a su brazo para no quedar descolgada. Nos acomodamos donde dice la pareja de mi amiga, que me guiña un ojo señalando el asiento de mi lado izquierdo. Al girarme, Adri está justo ahí, con los codos apoyados en la mesa, hablando con Alba que, ahora que me fijo, está justo enfrente de mí.

—Es menú cerrado —nos explica Adri a Maite y a mí cuando los camareros empiezan a disponer platos por toda la mesa—. Es una ración cada cuatro, son bastantes, pero si os quedáis con hambre podéis pedir más.

—Gracias —respondemos al unísono y nos reímos.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Alba de forma exagerada—. ¡Zipi y Zape han vuelto!

—Alba, cariño, ¿te encuentras bien? Igual deberíamos irnos —dice Marcos fingiendo preocupación y haciendo que el resto se ría—. Lo digo en serio.

—Cámbiate de sitio si no quieres estar aquí —comento comiendo una patata frita y mirándolo de forma desafiante—. Nosotras no nos vamos a ir.

—¡Que Dios nos coja confesados! —Exagera un suspiro y se pierde en la conversación que

tienen en otra parte de la mesa.

—Lucía, ¿estás preparada para empezar el martes? —pregunta Adri.

—¿Qué tienes el martes? —se extraña Maite.

—Alba me ha pedido que sea segunda entrenadora de sus niñas.

—¿Vas a volver a jugar? —consulta César.

—No, solo entrenar —comento decidida.

—De momento —suelta la chica que está sentada al lado de Alba y que creo recordar que se llamaba Carmen—. Estamos intentando convencerla de que se anime.

—Apúntate, mujer —me insta Alba.

—¿Cuánto hace que no juegas? —pregunta César.

—Diez años. No estoy en forma.

—Eso es fácil de arreglar —propone Adri y lo fulmino con la mirada—. Solo era una sugerencia.

—¿Tú qué le sugieres a mi hermana? —interrumpe Marcos y varios rodamos los ojos.

—La estamos convenciendo para que vuelva a jugar —contesta César riendo.

—Mi hermana ya no puede jugar, le pesa el culo.

—¡Eh! —me quejo—. Si quiero jugar, puedo hacerlo, y te recuerdo que lo hacía mejor que tú.

—¿Veis? Es más fácil conseguirlo si la picas que si la animas. ¿Cuándo dices que me vas a ganar, pequeña?

—El martes a las ocho te esperamos, Lucía —sentencia Carmen con una palmada y me es imposible replicar.

Acepto la derrota y le saco la lengua a mi hermano, que me mira con aires de superioridad mientras el resto se ríe y otra charla pasa a ser la prioridad del momento.

—Puedo librarte del entrenamiento, si quieres —me comenta Adri al oído cuando nadie nos mira y la piel del cuello se me eriza—. Tienes que firmar el contrato, ayudarme con el papeleo y mil excusas más que se me van a ocurrir hasta entonces.

—Gracias, lo pensaré. —Mi voz sale más ronca de lo que me gustaría y carraspeo—. De todas formas, no creo que sea tan malo, ¿no?

—El miércoles te vas a acordar de esta conversación y de los ancestros de toda la mesa.

—Gracias por los ánimos —ironizo y me regala una sonrisa burlona.

Vamos saltando de conversación en conversación y, cuando me quiero dar cuenta, estamos con los postres. Ese es el momento exacto que escogen Marcos y Alba para anunciar que la boda es en abril y todo el mundo se levanta para felicitarlos menos Adri y yo.

—¿Sabes que nos va a tocar organizar una despedida? —le pregunto.

—¡Mierda! ¿Crees que puedo discutir con él y reconciliarme antes de la boda para no tener que hacerlo?

—No creo, no, pero puedes intentarlo. ¿Él te organizó la tuya? Puedes vengarte.

—No, mi ex se encargó de todo. —Lo miro extrañada—. Era muy controladora y yo un borrego que decía a todo que sí.

—¿Y si yo organizo la de mi hermano para vengarme y tú la de Alba?

—No me van las pollas en la cabeza, pero buen intento.

—Me gustabas más de borrego diciendo a todo que sí —bromeo, pero su semblante se torna serio—. Lo siento.

—Tranquila —contesta volviendo a ser él y sonriendo—, pensaba lo diferente que hubiera sido mi despedida si la hubiera organizado tu hermano. O si hubiera venido a la boda.

—Me dijo que había sido una cosa íntima.

—Nos casamos en Las Bahamas.

—¡Joder! —Adri se ríe ante mi reacción y la conversación se corta porque algunos vienen a despedirse y nos recolocamos para que no haya huecos.

Vamos saltando de una charla a otra entre risas y vamos perdiendo gente a medida que pasa el tiempo. Cuando me quiero dar cuenta, Maite se despide y tan solo quedamos los cuatro solteros: un chavalín que no para de teclear en el móvil, Cristo, Adri y yo.

—¿Qué opinas de que Maite y César se den otra oportunidad? —me pregunta Cristo cuando nos quedamos solos.

—Parecen felices y, al final, es cosa de ellos.

—César la va a volver a cagar —opina con un resoplido—. Tú no estabas cuando pasó, pero Maite estaba destrozada. No se la merece.

—César ha trabajado mucho para estar bien antes de volverlo a intentar con mi prima —explica Adri, serio—. Los dos merecen ser felices y se quieren. Lo que opinemos el resto debería dar igual. Y si eres su amigo, lo que tienes que hacer es apoyarla en su decisión, no esperar el golpe que es posible que no llegue. Lucía, ¿nos vamos ya?

Asiento y me levanto a la vez que él. Parece que el tema le ha puesto de mal humor, así que no digo nada hasta entrar en el coche.

—Podría ir andando —le recuerdo riendo y parece que la tensión se disipa.

—Perdona, es que Cristo parece que se la tenga jurada a César y me jode. Sé que mi prima es su amiga y la quiere proteger, pero también debería respetar su decisión de volverlo a intentar.

—Cuando solo somos amigos de un bando, es difícil ser objetivo. Yo era amiga de César y, aun así, lo odié mucho en su momento. Luego hablé con él y lo entendí.

—Cristo y él estuvieron a punto de llegar a las manos en un entrenamiento un par de semanas después. A mí me tocó hablar con César y a tu hermano con Cristo. Cuando llegué al vestuario dispuesto a pegarle yo también, me lo encontré llorando y a punto de dejar el equipo. No fue fácil para ninguno de los dos.

—Nadie te hubiera culpado si te hubieras quedado en el bando de tu prima.

—Ni a ti tampoco, pero llamaste a César para ver cómo estaba, incluso odiándolo. Eres una gran persona, Lucía.

—Tú también, Adri.

—Eso lo dices para que te regale más sudaderas —bromea aparcando en la puerta de mi casa—. Ya hemos llegado.

—No tengo sueño —digo acomodándome de lado en el asiento para mirarlo de frente.

—¿Te canto una nana? —se burla girándose para mirarme, pero no se acomoda como otras veces.

—¿Te apetece una última copa? —suelto sin pensar, porque no quiero que se vaya. Además, eso es algo que hacen los amigos, ¿no?

—No, mañana tengo que madrugar —contesta con una mueca de pesar, que cambia al segundo a una sonrisa—. Otro día. ¿Has estado bien en la cena?

—Sí, gracias por invitarme. Me lo he pasado genial.

—Me alegro. Y con respecto a lo de volver a entrenar, no lo hagas si no quieres. Lo entenderán.

—Lo sé, en realidad me apetece volver a jugar. —Suspiro—. Es la pereza de pensarlo lo que me frena.

—Es difícil, a mí también me costó, pero me ayudó a volver a ser yo mismo.

—Yo estoy muy feliz por quién soy sin tener que sudar y correr —bromeo y se ríe—. Quiero intentarlo, y si veo que no, pues lo digo y punto.

—O le dices a tu madre que venga a hablar conmigo.

—Ella estaría encantada, ya sabes que está enamorada de ti.

—¿Sabes la bronca que me cayó por no invitarla a mi boda? —Rueda los ojos—. Daba igual lo que le justificase.

—Lo sé, la llamaba para saber cómo iba todo por casa y solo te ponía a caer de un burro. —Vuelve a reírse, pero no contesta—. Así que... Las Bahamas.

—Sí —dice cortante e intenta esbozar una sonrisa que se queda en una mueca extraña—. Estoy cansado, ¿hablamos mañana?

—Perdona, solo me ha llamado la atención. No quería incomodarte.

—No, no es eso —contesta suavizando su expresión—. De verdad que estoy cansado y mañana tengo que estar en el pabellón a las ocho.

—Descansa entonces. —Me acerco para darle un beso y me agarra por la cintura, por lo que acabamos dándonos un abrazo—. Buenas noches, Adri.

—Buenas noches, Lucía.

Pensaba que sería más difícil estar con Adri como amigo, pero con él todo es fácil. Hasta ser solo su amiga.

Adri

¡Joder, había olvidado que tenía que ir a casa de mis padres a comer! Menos mal que mi querida hermana ha tenido la deferencia de avisarme. Su sonrisa es lo primero que veo al llegar a la puerta, con su larga melena, morena como la mía, recogida en una trenza que apoya sobre su hombro y su bufanda de colorines que ella misma tejió años atrás, hace que me sienta en casa aún sin haber entrado. En otro momento me habría metido con ella y le habría hecho alguna broma con que hay dos puntos al revés justo en el centro de la bufanda, pero hoy estoy de buen humor después de pasar la noche de ayer con Lucía. Incluso aunque el recuerdo de Jessica lo ensombreciera al final.

—Buenas, hermanito, te veo de buen humor.

—Lo estoy —contesto con una sonrisa y la abrazo para besarla en la cabeza antes de que ella lo haga.

—Y ¿tiene algo que ver ese estado de ánimo con cierto plan para acercarte a cierta persona?

—Puede. Llevamos dos viernes cenando juntos y ayer también.

—¡Así me gusta, hermanito! Reconquistando a tu amor de toda la vida.

—No es eso. —Le dedico una mirada reprobatoria y me saca la lengua—. Solo estoy siendo su amigo, tal y como hablamos.

—Eso ya lo sé. Como también sé que te gustaría que fuerais algo más.

—Pero no va a pasar. —Suspiro y Aitana se separa de mí lo suficiente para mirarme a los ojos. Cuando esquivo su mirada, me coge la cara con las dos manos y me encara. Qué fuerza tiene para lo pequeña que es.

—Escúchame bien, Adri. Tienes todo lo necesario para hacer a Lucía la mujer más feliz del mundo, si ella no lo ve, es problema suyo. Tú eres perfecto tal y como eres. No dejes que el recuerdo de esa gilipollas te haga creer algo que no es.

—Solo digo que...

—No quiero escuchar cómo te echas mierda encima, Adri. Eres un tío genial y una gran persona. Solo una idiota te dejaría escapar.

—Gracias —digo besando su frente. No creo que Lucía sea idiota, pero que a mí me guste alguien y quiera estar con ella no hace que esa persona quiera estar conmigo. Eso es una realidad. Y Lucía tiene mil personas entre las que elegir mejores que yo—. Deberíamos entrar, ¿no crees?

—¿Realmente es necesario? —pregunta encaminándose hasta la puerta y llamando al timbre

con un resoplido—. Con lo bien que estaba yo en mi casa.

—Llegas tarde —le reprocha mi madre a Aitana nada más cruzar el umbral de la puerta—. ¡Adrián, qué pronto has venido!

Mi padre, mi hermana y yo rodamos los ojos y mi madre arrastra a Aitana a la cocina mientras yo me dirijo al salón con mi padre. No es que no queramos ir a preparar cosas, es que no nos lo permite. Después de años discutiendo, hemos desistido y asumido que no va a cambiar nunca. Aunque me consta que mi padre está haciendo cosas a escondidas.

—¿Qué tal van las lavadoras? —le pregunto y resopla mientras niega. Le da un sorbo a la copa de vino antes de contestar.

—El otro día encontré un calcetín rojo entre la ropa blanca. Imagino que esperaba que no lo viera, destiñera toda la ropa y usarlo para justificar que no soy capaz de hacerlo.

—Como plan tienes que admitir que es bueno —comento riendo. Mi padre está aprovechando que a mi madre le gusta dormir para despertarse antes y poner la ropa a lavar para intentar repartirse las tareas de casa, pero veo que sigue sin aceptarlo—. Se acabará acostumbrando.

—No le queda otra, cada día se cansa más. Le he propuesto bajar nuestra habitación a esta planta para que no tenga que subir las escaleras, pero no quiere ni contemplarlo.

—¿Por qué no vendéis esta casa y miráis algo más pequeño, de una planta? Es demasiado grande para vosotros dos.

—No quiere ni oír hablar de ello. —Resopla y me ofrece un trozo de tocino—. Dice que entonces qué pasará con vuestras habitaciones o si necesitáis un sitio donde vivir.

—Yo puedo acoger a Aitana en mi casa, hay un sofá precioso en el despacho. Además, yo no pienso volver, con una vez creo que es suficiente.

—¿Qué es suficiente? —pregunta mi madre, entrando al salón con varios platos, seguida de Aitana. Mi padre le enseña un trozo de tocino y esta se acerca con la boca abierta para comer—. Aitana, eso va directo al culo.

—Así tienen más donde agarrar —contesta mi hermana guiñando un ojo a mi padre, que le corta otro trozo y se lo da de la misma forma—. Quien no me quiera como soy, no es la persona correcta.

—Te vas a quedar para vestir santos —le reprocha mi madre.

—Y los gatos, mamá, no te olvides de ellos —se mofa mi hermana camino de la cocina.

—No va a cambiar nunca —se queja mi madre haciendo sitio entre los platos.

—Deja a la niña tranquila —la amonesta mi padre—. Es feliz tal y como es. Eso debería bastar.

—Debería volver con Felipe, eso es lo que debería hacer. —Mi padre y yo hacemos una mueca de fastidio—. A los ojos de Dios, siguen casados.

—¡Ya no! —celebra Aitana entrando de nuevo con varios platos y los deja en los huecos que había hecho mi madre, que la mira estupefacta. Mi hermana acerca la copa a mi padre para que se la llene y la alza para brindar—. ¡Por la anulación matrimonial!

—¡Viva! —exclamo, y mi padre y yo chocamos la copa con la de ella—. Me alegro mucho, hermanita.

—¿Qué vamos a hacer con los dos niños separados, Alfonso? —pregunta mi madre apenada. Mi padre le rellena la copa, se la ofrece y la insta a brindar.

—Pues celebrar que son más felices que nunca, Abelina —sentencia mi padre chocando su copa con la de mi madre y bebiéndose todo el vino de golpe.

Mi padre decide llevar el peso de la conversación durante la comida a temas más banales y

fluye sin más dramas ni reproches. Al acabar, me excuso para irme al pabellón y Aitana decide acompañarme dando un paseo. No hemos dado ni dos pasos cuando empiezan las preguntas.

—¿Qué tal eso de cenar solos? ¿Ya os mandáis mensajitos de «buenos días» y «buenas noches»? ¿Eres de esos? ¿Dónde la vas a llevar este viernes?

—Frena, anda. Te lo cuento si estás callada. —Hace el gesto de cerrarse la boca con cremallera y me mira haciendo ojitos. La pico y le contesto lo mismo que cuando nos hemos encontrado—: Te hice caso y estoy siendo su amigo.

—Yo no dije eso. —La miro con reproche por interrumpirme y cierra la boca de golpe. Me muerdo el carrillo para no reírme, qué fácil es hacer que salte.

—El viernes pasado me presenté por sorpresa a buscarla e invitarla a cenar. Como no teníamos planes hasta la cena, subimos a ver el atardecer al Calar Alto. —Aitana alza una ceja, pero continúa callada, se nota que está haciendo un esfuerzo titánico para conseguirlo. Saco el móvil y le enseño las fotos de ese día—. Aproveché que me las mandó para decirle que me debía una cena y quedamos para el viernes siguiente. No, no le estoy escribiendo todos los días porque no quiero parecer un acosador, aunque me gustaría.

—Cualquier excusa es buena para escribirle: «Mira, he visto esto y he pensado que te gustaría» o «Mira, he visto esta flor tan bonita, pero tú lo eres más».

—¿Quién dice esas cosas?

—Te sorprenderías.

—Deberías desinstalarte Tinder. —Aitana suelta una carcajada, pero no contesta, por lo que prosigo—: El viernes me llevó a cenar a la pizzería de Las Cuevas.

—¿Ahí no era donde llevabas a tus ligues?

—Sí.

—Así que te llevó a un sitio romántico a cenar, pero solos sois amigos. Ajá, sigue, sigue.

—Lo hizo porque Alba le ha propuesto ser segunda entrenadora y quería preguntarme si me parecía bien. —Aitana pone cara de póker, pero no dice nada—. Así que la invité a que viniera a cenar con los del equipo ayer.

—¿Como tu pareja? —pregunta con una sonrisa pícara.

—Como una nueva incorporación.

—A la cena de tu equipo, no a la de los entrenadores.

—Muchos de ellos son entrenadores —digo encogiéndome de hombros.

—Sigue siendo una cena de equipo.

—No he dicho que fuera lógico.

—No, solo has dicho que sois amigos. Mis amigos no me invitan a cenas donde no pinto nada.

—Era para que se familiarizara con... —Aitana me mira con cara de hastío y cambio mi respuesta—: Era porque quería estar con ella.

—Bien, el primer paso es admitirlo. Y ¿lo conseguiste?

—Sí —admito con una sonrisa—, y, aunque estuvimos rodeados de gente hasta que llegamos al coche, fue una noche genial. —Omito que Lucía me preguntó cosas sobre Jessica, porque no quiero otro sermón de Aitana—. Aunque Marcos volvió a recordarme que su hermana es intocable unas cien veces.

—Ignóralo, es lo mejor —dice rodando los ojos y da una palmada al aire—. ¡Muy bien! Y ¿cuál es el siguiente paso?

—Ninguno, seguir como estamos: cenando los viernes y quedando con más gente los sábados, como hacen los amigos.

—Si ahora te dijera que Lucía está loca por tus huesos y que está deseando ser algo más que amigos, ¿qué harías?

—Me lanzaría a por ella como un sediento a un oasis en un desierto —contesto sin dudar.

—Pues ahí tienes la respuesta del porqué no podéis ser solo amigos —suelta.

Me da un beso y se despide con la mano tomando la calle que lleva a su casa. ¡Joder, la odio, tiene razón! Pero ser su amigo es lo único que puedo hacer. Este sediento se va a morir de sed.

Adri

Pensé que Lucía no podía gustarme más, hasta que la he visto enfundada en esas mallas de deporte turquesas que le hacen un culo que me encantaría cubrir con mis manos y estrujarlo. No he podido resistirme a bajar a verla entrenar con las niñas, a los cinco minutos ya se las había ganado, es impresionante. Me he tenido que ir para no babear como un idiota por todo el pabellón, pero ahora que solo está entrenando el equipo femenino, tengo una visión perfecta de ella, su precioso culo y esos estiramientos que me indican que no ha dejado de ejercitarse por mucho que diga.

Empiezan con un ejercicio de tiro a la portería sin portero, pero cuando le toca lanzar a Lucía, la pelota ni siquiera llega a la línea y se me escapa una carcajada. Me fulmina con la mirada y me saca la lengua, sin embargo, al segundo se está riendo también. Cada vez que veo su lengua solo quiero meterla en mi boca y morderla ligeramente mientras la estrecho contra mí, apretando su culo con una mano y la nuca con la otra. Alzarla para que me rodee con esas piernas tan flexibles y llevarla entre besos a mi despacho. Tumbarla en el sofá o sentarla en la mesa, o puede que las dos cosas, con ella nunca tendría suficiente. Apartaría los papeles y me acomodaría entre sus piernas, que no pararían de instarme para que me acercara más. Le quitaría la camiseta, llevándome con ella ese sujetador deportivo que se intuye debajo, liberando esos pechos que me muero por chupar y morder. Se tumbaría apoyada en los codos para darme todo el acceso que necesito mientras sus jadeos llenarían mis oídos. Trazaría un reguero de besos hasta la cintura del pantalón, que sería lo siguiente en quitarle. Entretanto, ella me arrancaría la ropa con ansias hasta dejarme en calzoncillos. La miraría a los ojos cuando mis dedos se introdujeran entre sus muslos y me comería un jadeo al besarla justo en ese momento. La acariciaría lento y rápido, torturándola con el ritmo cambiante hasta que me suplicase que entrase en ella quitándome la ropa interior. Posicionaría mi miembro en su entrada y juntaría nuestras frentes antes de introducirme lentamente mientras noto como su interior me absorbe y siento que no hay un lugar mejor en el mundo donde estar. Empezaría a moverme de forma...

—¡Adri! —Los gritos de varias mujeres me sacan de mis pensamientos y veo como Lucía me observa divertida desde la pista, rodeada por varias jugadoras más—. Llevo un rato llamándote. ¿Me ducho y firmamos el contrato o prefieres hacerlo ahora?

—Dúchate tranquila. —La voz me sale más aguda de lo que debería y solo rezo para que no sea evidente mi excitación desde donde está—. Te espero allí.

—Perfecto. —Se despide con la mano y se va hacia los vestuarios.

Igual una ducha fría no me vendría mal, sobre todo porque acabo de imaginarme a Lucía desnuda sobre mi escritorio y la tendré en mi despacho en menos de media hora.



Para cuando la cabeza de Lucía asoma por la puerta, he conseguido relajarme y actuar normal. Al menos hasta que se apoya en la mesa en lugar de sentarse en una de las sillas que hay frente a mi escritorio. El recuerdo de mi ensoñación donde Lucía gemía bajo mis manos hace que me levante de golpe y se ría de mi reacción.

—He pensado que estaremos más cómodos en el sofá, así puedes leerlo tranquila —improvisado dirigiéndome hacia allí e indicándole que se siente en el sofá que hay delante de mí.

—Como quieras. —Se sienta y coge los papeles que le ofrezco. Los lee detenidamente y, cuando acaba, los firma—. ¿Ya estaría?

—Sí, mañana se lo enviaré a la administradora.

—¡Genial! Me gusta tu despacho —dice levantándose y colgándose la mochila—. Es muy tú.

—¿Qué significa eso? —pregunto mientras me dirijo al escritorio y empiezo a recoger.

—No sé. Quiero decir que se nota que es tuyo. Yo entro aquí y sé que es tu despacho. No sé cómo explicarlo.

—Ah. Entonces, me alegro de que mi despacho parezca mío. —Salimos juntos y nos dirigimos al *parking*—. ¿Te acerco a casa?

—Iba a volver andando, solo son quince minutos.

—No me molesta llevarte, así no coges frío —bromeo, aunque la realidad es que quiero llevarla—. Iba a comprarme un bocadillo, si no te importa esperar, vamos juntos.

—Me muero de ganas de llegar a casa, pero lo del bocadillo me apetece más. Sobre todo lo de no cocinar.

Nos dirigimos al bar y pedimos un par de bocadillos para llevar. Pago yo, alegando que se lo ha ganado, y subimos al coche. A los pocos minutos, aparco en la puerta de su casa.

—Gracias, no me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que me he sentado.

—Bonita forma de decir que el sofá de mi despacho es incómodo.

—¡No! Pero estaba tensa leyendo, aquí me he relajado.

—Te recuerdo que no puedes dormir en el coche.

—Aguafiestas... —Le aparto un mechón de pelo que se le ha escapado al reírse y acaricio su mejilla en el proceso—. Debería irme. Me muero de hambre.

—Descansa. Mañana vas a odiar a mucha gente.

—Ya lo estoy haciendo, pero la verdad es que me lo he pasado muy bien. No recordaba lo que echaba de menos jugar hasta que he cogido el balón de nuevo.

—Suele pasar —admito.

—¿Te costó mucho volver a jugar?

—Tu hermano me obligó al mes de estar aquí —recuerdo—. Llevaba un mal día y me arrastró al pabellón. Los cabrones se cebaron conmigo, pero me ayudó a reaccionar y a centrarme en lo que estaba haciendo. Dejé de pensar y acabé riendo por marcarle un gol a Cristo. Fue genial.

—Me alegro mucho —contesta cogiendo mi mano y apretándola. La aparta rápido, como si lo hubiera hecho por autoreflejo—. ¿Estarás el jueves en el pabellón?

—Seguramente, intento ir todas las tardes, aunque no siempre salgo del despacho.

—Entonces nos vemos el jueves. —Me da un beso en la mejilla antes de abrir la puerta—.

Buenas noches, Adri.

—Buenas noches, Lucía.

Cuando estoy en la cama después de cenar, le envío a Lucía un artículo de cómo combatir las agujetas y contesta riendo. Bromeo un rato con ella sobre el tema y nos despedimos al poco. Tengo excusa para volver a escribirle mañana y preguntarle cómo está. Aitana tenía razón, es más fácil de lo que parece, aunque no pienso admitirlo jamás delante de ella.



Lucía

Necesito sentarme, me duelen hasta las pestañas. Mar ha tenido que asumir casi todo el trabajo, suerte que la tengo a ella o hubiera muerto. Al menos hoy parece que será un día tranquilo, los niños están de buen humor y tenemos sol, pese a que se nota la bajada de temperaturas.

—¿Nos vas a decir qué o quién ha hecho que estés así o hay demasiados niños cerca para explicarlo? —pregunta Sabrina con voz insinuante.

—Ayer fui a entrenar —contesto mientras veo como Feli lidia con dos niñas de mi clase que se pelean por una hoja de un árbol.

—¿Para follar también se entrena? —Sabrina se atraganta con el bocadillo ante la duda de Mar, que nos mira extrañada, como si realmente lo hubiera preguntado en serio.

—Entrenar a balonmano —específico y pone cara de decepción.

—Me gustaba más mi versión del entrenamiento, la verdad.

—A mí también —dice Sabrina—. Y ¿el entrenador es el chico guapo de los viernes o tendremos otro chico esperándote en la puerta los martes?

—No. Además es una mujer.

—No veo el problema. —Mar se encoge de hombros.

—Podría ser mi madre.

—¿Ese es tu límite? —pregunta Sabrina—. El mío es quince años arriba o abajo, más no. Ya tengo suficientes niños en el trabajo y un padre tocapelotas.

—Yo creo que el problema no es que sea una mujer ni la edad —interviene Feli por primera vez—. Si no que no es el chico de los viernes.

—Solo es un amigo. Ya os conté lo desastrosa que fue la cita que me obligasteis a montar. Ya no más.

—¿Va a dejar de alegrarnos la vista los viernes? —pregunta Mar decepcionada.

—No lo sé —admito—. Puede que empiece a quedar con él y con más gente los sábados, y los viernes me los tome libres.

—¿Por qué? —cuestiona Sabrina—. Mirar es gratis, mujer. Tú deja volar la imaginación y disfruta de su compañía.

—Lo que le pasa a Lucía —explica Mar—, es que se había hecho ilusiones, le habían quedado preciosas y se ha hostiado contra el muro de la amistad. Y claro, el golpe duele y hasta que deje de sangrar, pues no quiere seguir dándose contra él.

—Sí, sería un buen resumen —confieso—. Creo que le voy a decir que estoy ocupada este

viernes mientras valoro qué hacer.

—Yo no sé si sería capaz —reconoce Feli—. Estuve enamorada de mi compañero de piso durante años, viendo cómo se follaba a la mitad de la facultad, y seguí ahí como una gilipollas. Menos mal que me gradué y me mandaron a un pueblo de Sevilla.

—Yo iría a por él hasta que cambiase de opinión en lo de ser solo amigos —bromea Sabrina con una sonrisa pícaro.

—Lucía, haz lo que te nazca —me aconseja Mar—, pero intenta no hacerte daño en el proceso. Si necesitas dar un paso atrás o al lado, hazlo.

—Gracias, chicas —respondo con una sonrisa y suspiro—. Mañana le diré a Adri que el viernes no puedo quedar.



Soy una cobarde, lo admito. Ayer vi a Adri en las gradas durante el entrenamiento y lo saludé de lejos. Al acabar, pensando que igual se ofrecía a llevarme a casa, me escabullí sin ducharme para no toparme con él. Aproveché que me envió un mensaje para preguntarme por el entrenamiento y mis agujetas para decirle que hoy no podría quedar para cenar porque tenía cosas que hacer. Bromeé con el hecho de que seguía debiéndole una cena y se la acabaría cobrando, y nos deseamos buenas noches. Fue más fácil de lo que imaginé, pero ahora que tengo que salir, y que sé que no estará fuera, me invade un sentimiento de decepción que no esperaba.

—Así que al final has decidido seguir dándote contra el muro —me dice Mar al oído y la miro sin saber de qué habla—. Cuídate y no entres en un estado de autodestrucción solo por unas migajas de amor. Te mereces todo el plato. Créeme, sé de lo que hablo.

Sigo la mirada de mi compañera sin entender nada y mi corazón da un vuelco al encontrarme con la sonrisa tímida de Adri justo enfrente de la puerta. Me acerco a él, tras despedirme de Mar, y su sonrisa se ensancha.

—No quiero que pienses que solo paso tiempo contigo cuando no tienes nada que hacer, así que he comprado una *pizza* precocinada —dice mientras alza la bolsa del súper que lleva en la mano y señala la mochila que lleva en la espalda—, y tengo un buzón lleno de correos pendientes que puedo leer mientras tú haces tus tareas.

Sus palabras me paralizan. No sé qué decir ni qué hacer. Por un lado, me encanta pasar tiempo con Adri y saber que él también quiere estar conmigo me genera unos sentimientos demasiado buenos como para obviarlos. En contra, esos sentimientos son justo lo que quería evitar para no volver a pegarme contra el muro con letras luminosas que pone «Solo amigos». No sé si soy suficiente fuerte como para renunciar a él ni si voy a ser capaz de recuperarme del golpe cuando algo de nuestra dinámica cambie.

Debo de haberme quedado un buen rato pensando, porque Adri empieza a hablar de forma atropellada:

—Lo siento. Tendría que haberte preguntado antes de venir. He dado por hecho que tenías cosas del colegio por hacer, pero igual has quedado con otra persona y te estoy retrasando. He estado acaparando tus viernes sin pensar que tienes una vida y más gente con la que quedar. Lo siento. —Se gira para irse y eso me hace reaccionar. Cojo su mano para frenarlo y entrelazo nuestros brazos.

—No te esperaba, y me ha impactado verte, pero me encanta la sorpresa. —Me gusta ver cómo vuelve su sonrisa, que se había esfumado al pensar que no quería quedar con él—. Además, estoy segura de que vas a ser un ayudante genial para montar los murciélagos de mis

peques.

—Tengo muchos correos por contestar.

—Entonces, haberte quedado en casa.

Puede que me esté metiendo en la boca del lobo y acabe con un mordisco o que me esté acercando tanto al borde del precipicio que acabe ahogada en el fondo del mar, pero no quiero renunciar a él. Si solo podemos ser amigos, seremos los mejores amigos que se pueda ser.



Lucía

¡Por fin hemos cuadrado los horarios del campeonato de navidad! Adri llevaba días quejándose de que algo no cuadraba, pero estaba tan ofuscado que no encontraba el qué, así que me ha pedido que le eche una mano en cuanto he aparecido en el pabellón. Se suponía que venía a ver a mis compañeras jugar, pero me he encerrado en el despacho delante del ordenador. Después de dos horas revisando todo, nos hemos dado cuenta de que había un equipo duplicado y todo ha encajado solo.

Lo observo mientras teclea el correo electrónico con toda la información. Tiene el semblante serio, si entrase ahora alguien al despacho, pensaría que está enfadado cuando en realidad solo está concentrado. Me he percatado de ello estas semanas desde que empecé a entrenar. Cuando está hablando con algún patrocinador, jugador o familiar pasa al modo *presi*, como me gusta llamarlo para meterme con él, y se muestra mucho más serio. En cambio, cuando está jugando o con sus compañeros, es el chico alegre y bromista que recordaba y que tanto me gustaba. La misma versión que me regala los viernes cuando cenamos juntos después de venir a buscarme o cuando me acerca a casa después de los entrenamientos. Eso me ha ayudado a que no vuelva a huir de él. Desde que decidí que seríamos amigos, todo ha fluido y mi vida se ha vuelto una bonita rutina en la que Adri está muy presente. Además de los viernes, los sábados solemos salir a cenar o a tomar algo con nuestros amigos.

Marcos y Alba se han tenido que quedar en casa la mayoría de días, pues mi cuñada tiene náuseas por las noches y se pone en modo aspensor, como le encanta explicar a mi hermano. Lo bueno es que esto ha permitido que nos libremos de ir a casa de mis padres a comer un par de domingos y he podido estar un día sin hacer nada de nada, que siempre viene bien. Lo malo es que, pese a quejarme, lo cierto es que durante esos días me ha faltado algo. Espero quitarme esa sensación pronto.

—¡Acabé! —Adri me sobresalta al dar una palmada y se ríe—. Venga, te invito a cenar.

—¡Pero hoy es sábado! ¿Vamos a romper nuestra querida rutina? —bromeo mientras me levanto y cojo el bolso para dirigirme a la puerta.

—Es un evento especial, por ayudarme a cuadrar los horarios. Esto no te dejará en deuda conmigo.

—¡Menos mal! —Exagero un suspiro—. Empiezo a tener números rojos en mis cuentas con tanta cena.

—Lo sé —sigue con la broma—. Yo he tenido que robar dinero del club. ¿Dónde te apetece

cenar? He pensado que podríamos ir a la pizzería, pero para eso tendríamos que ir en coche.

—Siempre me apetece ir allí, pero si no quieres coger el coche, podemos quedarnos por aquí.

—Han abierto un restaurante nuevo a dos calles, ¿probamos?

—Suenan bien —digo entrelazando nuestros brazos y empezamos a andar.

—Luego venimos a por el coche y te acerco a casa.

—Sabes que puedo andar, ¿verdad?

—Me lo dices cada vez que me ofrezco a llevarte, pero siempre acabas entrando en el coche en lugar de irte andando.

—Es por no dejarte solo. —Suelta una carcajada y apoyo la cabeza en su brazo—. Me gusta pasar tiempo contigo.

—A mí también. —Noto un beso en el pelo y sonrío—. Me han dicho que este sitio...

—Hola, Adri. —Una voz femenina lo interrumpe y se para en seco, petrificado, como si hubiera oído a un fantasma. Suelta nuestro agarre y se gira para encarar a la persona que tenemos detrás. Al hacer lo mismo, me encuentro con un bellezón rubio, enfundado en un vestido rojo que no deja nada a la imaginación—. ¿Podemos hablar?

—Hola, Jessica —saluda Adri con tono serio y mis ojos se agrandan al conocer la identidad de la mujer. ¡Es su ex! Marcos había comentado que era atractiva en alguna ocasión, pero no esperaba que pareciera sacada de una revista de moda—. Lucía, ¿te importa si lo dejamos para otro día?

—No, claro que no. ¿Hablamos mañana? —Adri asiente a mi pregunta sin mirarme, puesto que tiene la vista fija en Jessica.

Me despido con la mano y me encamino hacia mi casa. Al pasar al lado de ella, noto su mirada recorriéndome con desprecio, pero intento fingir que no me afecta.

—Recordaba que tenías mejor gusto.

—Déjala en paz —escupe Adri y es lo último que escucho, pues acelero el paso para alejarme de ellos. Cuando los pierdo de vista, saco el móvil y creo un grupo nuevo con Marcos y Maite.

Lucía

Jessica ha vuelto

Maite

Mierda, ¿qué coño quiere esa gilipollas ahora?

Marcos

Mierda

¿Cómo lo sabes? ¿Seguro que era ella?

Lucía

Adri la ha llamado así y parecía que había visto un fantasma, digo yo que era ella

Maite

¿Le ha dicho qué quería? Voy a pedirle el bate de béisbol a Óscar

Marcos

Lucía, ¿sabes qué quería?

Contesta!!!

Lucía

Le ha preguntado si podían hablar y Adri me ha dicho que me fuera

Marcos

¿Qué hacías con Adri?

Maite

Marcos, no es el momento de ponerte en modo guardaespaldas con Lucía, mi primo tiene problemas reales

Voy a meter a Aitana

Maite añadió a +34678543

~Aitana 🍌

¿Y este grupo? Maite, ¿por qué tengo cinco llamadas perdidas tuyas?

Maite

Jessica ha vuelto

~Aitana 🍌

Mierda

Marcos

Sí, esa es la respuesta general

~Aitana 🍌

¿Sabemos dónde están?

Lucía

Los he dejado en la calle de atrás del pabellón

~Aitana 🍌

Voy para allí, ¿viene alguien?

Marcos

Alba no se encuentra bien, pero me quedo pendiente por si me necesitáis

Maite

Óscar dice que viene

Fer también

Fer dice que Juanma también

Los voy a meter

Maite añadió a Óscar Rubio

Maite añadió a +34669354

Maite añadió a Juanma Rubio

Marcos

Maite, controla a tus hermanos o dormís en el cuartelillo

~Aitana 🍈

Maite, ¿estás en casa? ¿Paso a buscarte?

Maite

No, nos vemos allí

Óscar Rubio

Maite, ¿dónde estás? Paso a por ti

~Fer 🗑️

Juanma, coge la pistola de clavos

Óscar Rubio

Maite, ¿por qué no contestas al teléfono? Voy a buscarte

Maite

Ya estoy en el pabellón, aquí no hay nadie

~Aitana 🍈

Llego en dos minutos

~Fer 🗑️

Maite, ¿cómo has llegado tan pronto?

Marcos

¿Dónde está Adri?

Juanma Rubio

¿Y este grupo? ¿A quién hay que matar?

~Aitana 🍈

No encuentro a Adri, su coche no está

Lucía, ¿sabes dónde lo tenía aparcado?

Lucía

Donde siempre lo deja, en la plaza reservada de la izquierda

Maite

Aquí no está. Se han ido en coche

~Fer 🗑️

¿Vamos a su casa? Juanma, mueve el culo ya

Juanma Rubio

Estaba en una cita, me habéis jodido un polvo seguro. ¿Paso por casa a por la pistola de clavos y quedamos en casa de Adri?

~Fer 🗨️

Sí

~Aitana 🗨️

Acabo de hablar con mi hermano. Dice que está bien y que mañana hablamos

Creo que seguía con ella

Óscar Rubio

Prima, ¿vamos igualmente? Tú decides

Maite

Yo le daría un voto de confianza, pero lo que tú digas Aitana

~Fer 🗨️

Pues yo le reventaba la puerta de casa y la sacaba de los pelos, y no de la cabeza precisamente

Juanma Rubio

Si te cargas la puerta, la arreglas tú

~Aitana 🗨️

Creo que Adri necesita pasar por esto y solo podemos esperar que tome una buena decisión

Si mañana tenemos que retenerlo contra su voluntad, os aviso

Juanma Rubio

Perfecto, vuelvo con mi cita. Con un poco de suerte, no se ha ido

Por cierto, Lucía, pásate un día a vernos

~Fer 🗨️

No tengas miedo, tenemos las pistolas de clavos a buen recaudo

Óscar Rubio

Maite, ¿voy a buscarte?

Lucía, tenemos ganas de verte

Maite

Estoy volviendo con Aitana

Marcos

Os dejo, Alba me reclama. Mañana hablamos. Buenas noches

Lucía

El miércoles paso por la oficina y tomamos una cerveza :)

Buenas noches

Los siguientes mensajes son de buenas noches, después de la ansiedad y nerviosismo que hemos vivido en un momento. Estaba tan concentrada en el móvil que ni me he quitado la chaqueta al llegar a casa; he cerrado la puerta y me he sentado en el sofá a esperar las noticias.

Me he asustado cuando Fer le ha pedido a Juanma la pistola de clavos. Los hermanos de Maite son más buenos que el pan, pero son muy protectores con las personas que quieren. Si no, que le pregunten al exmarido de Aitana. Decido ponerme el pijama y prepararme un sándwich de queso fundido que me como delante de la televisión, con una película navideña romántica de fondo. Cuando quiero darme cuenta, el sonido de una notificación me despierta y la película ha terminado.

Adri

¿Estás despierta?

Lucía

Sí

El timbre de la calle suena justo en el momento en que sale el aviso de mensaje recibido y dos minutos después aparece Adri en la puerta de casa con una sonrisa triste.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela. No contesta, se acerca a mí y me abraza fuerte. Lo envuelvo con mis brazos y le acaricio el pelo de la nuca hasta que decide soltarme.

—¿Puedo pasar? —Me aparto para dejarlo entrar y se va directo al sofá—. ¿Qué hacías?

—Ver una película navideña. ¿Has cenado? ¿Quieres que te prepare algo?

—No, solo quiero no pensar. ¿Te importa si me quedo aquí un rato?

—Claro que no —contesto con una sonrisa, sentándome con él en el sofá—. ¿Le das?

Asiente y pone la película, que vuelve a empezar. Aprovecho para enviarle un mensaje a Maite, para decirle que su primo está conmigo, y ella manda un mensaje al grupo diciendo que ha visto irse a Jessica y que ha hablado con Adri, y que lo único que quiere es estar solo. Todos lo agradecen y dejo el móvil para centrarme en la televisión. Miro a Adri de reojo, que tiene una cara que le llega a los pies, y me muerdo la lengua para no preguntarle qué ha pasado. Cojo su mano y se la aprieto; eso parece traerlo de vuelta y me sonrío. Pasa su brazo por mis hombros y me atrae hacia él, por lo que me quedo apoyada en su pecho mientras me acaricia el pelo. Desde aquí no le veo la cara, aunque imagino que debe haber vuelto a su semblante serio. El único consuelo es que si está aquí y no con la ex, debe de ser buena señal. Y ese es mi último pensamiento antes de quedarme dormida.



Lucía

¡Qué bien, huele a café! ¿Qué? Me despierto de golpe y miro a mi alrededor para ubicarme. Estoy en mi habitación, en mi cama y con el pijama puesto, pero huele a café. Adri, triste en el sofá, viendo una película mientras me acariciaba el pelo, es lo último que recuerdo. Entonces, ¿cómo he acabado en mi cama? ¿Hemos dormido juntos? Espero que no, no me gustaría no tener ningún recuerdo de ello. Salgo de la habitación y me encuentro a Adri sentado a la mesa con una taza de café, mirando el móvil.

—Buenos días, Adri.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa y levanta la taza—. Me he hecho un café, espero que no te importe.

—No, claro que no. —Noto cómo me observa con una sonrisa ladeada y me doy cuenta de que estoy con las pintas de recién levantada delante de Adri. Salgo corriendo mientras me disculpo y evito mirarlo para que no vea mi sonrojo—. Voy al baño, ahora vuelvo.

Aprovecho para adecentarme un poco, recogíendome el pelo y lavándome la cara; con el pijama de pingüinos poco puedo hacer, no es como si no lo hubiera visto anoche. Cuando salgo, Adri ha desaparecido y escucho ruido en la cocina, por lo que me dirijo hacia allí.

—Te he hecho un café —dice ofreciéndome una taza con un manchado—. O más bien, leche con un toque de café.

—Gracias. Hay galletas con chocolate en aquel armario. —Adri las saca y coge una antes de ofrecérmelas. Me como una para infundirme valor antes de sacar el tema—. ¿Has dormido?

—No mucho. Me quedé algo traspuesto después de llevarte a la cama, pero me he despertado un millón de veces. Tu sofá no está pensado para dormir en él, aunque no creo que sea el motivo principal de mi falta de sueño.

—En realidad, es un sofá cama —le explico con una mueca de disculpa—. No pensé que te quedarías, si no te lo hubiera dicho. O podrías haberte acostado en la cama conmigo. —Justo después de decir las palabras, me sonrojo hasta las orejas.

—Lo pensé, pero no sabía cómo te tomarías despertarte y encontrarme en tu cama. Me gusta empezar el día tranquilo, no matando del susto a nadie.

—Para la próxima, ya sabes que el sofá se hace cama. —«O puedes dormir conmigo, que no creo que haya mejor forma de despertarse», me abstengo de añadir.

—Espero que no haya una próxima, al menos no en las mismas circunstancias.

—Lo siento —me disculpo y me sonrío quitándome la taza vacía de la mano y llevándola al

fregadero para empezar a lavar lo que hemos usado para desayunar.

—No te preocupes, no va a volver —sentencia con contundencia—. Y si lo hace, no pienso dejarte tirada para irme con ella.

—No me dejaste tirada.

—Sí lo hice. Íbamos a cenar juntos y te pedí que te fueras. No tendría que haberlo hecho.

—Lo entendí perfectamente, Adri.

—No he dicho que no lo hicieras, digo que yo no debí hacerlo. Jessica no es una prioridad en mi vida, ya no. No puede aparecer y pretender que lo deje todo por ella.

—No pasa nada —vuelvo a repetir, no quiero que se sienta mal por eso.

—Te agradezco que lo entiendas y que no te enfades, pero a mí sí me cabrea no haberme dado cuenta en ese momento. Estaba demasiado impactado por verla.

—¿Cuánto hacía que no la veías?

—Desde que me fui de casa. Lo gestioné todo con abogados para no volver a cruzármela. —Me quedo callada, porque quiero preguntarle qué le dijo, pero no sé si le apetece explicármelo. Como si me hubiera leído el pensamiento, vuelve a hablar—. Quería volver, después de dos años. Supongo que el ricachón al que se follaba le ha dado puerta. Debe creer que soy idiota o algo; aunque supongo que esa es la visión que tiene de mí después de todo.

—No eres idiota, Adri. Solo diste todo en una relación que no lo merecía. —Me sonrío, secándose las manos, y se acerca para abrazarme por el cuello, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Gracias por estar ahí y por no coserme a preguntas cuando aparecí en tu casa anoche.

—No he hecho nada.

—Has hecho más de lo que crees. —La vibración de su móvil en el bolsillo nos separa—. Tengo que irme. Aitana me ha llamado veinte veces esta mañana, no quiero que derribe la puerta de tu casa.

—¿Le has dicho que estabas aquí?

—Ha ido a mi casa, no me ha encontrado y ha entrado en pánico. Se lo he tenido que decir.

—Pues vete y no la hagas esperar. Yo en breve me iré a casa de mis padres también.

—Si no tardas mucho, te acerco si quieres.

—Pues si no te importa, en diez minutos estoy lista. —Asiente y voy a mi habitación corriendo.

Miro la cama, donde podríamos haber dormido los dos, pero sacudo la cabeza para no perderme en mis pensamientos. Cojo unos vaqueros y un jersey, y me visto rápido para no hacerle esperar. Cuando voy a coger el móvil de la mesita, me fijo en que está enchufado al cargador y con la batería llena. Una sonrisa aparece en mi cara, me encanta que Adri, pese a todo lo que pasó anoche, tuviera el cuidado de traerme a la cama y poner mi móvil a cargar. Salgo de la habitación y me recibe su sonrisa mientras habla por teléfono, aunque no llego a escuchar con quién, porque cuelga al momento.

—Era tu hermano, para saber cómo estaba —me explica cuando nos dirigimos a la puerta—. Gracias por avisarlos.

—No sabía qué hacer, pero me pareció que debían saberlo. Aunque había olvidado lo psicópatas que pueden llegar a ser Fer y Juanma juntos.

—¿Sacaron la pistola de clavos? —pregunta riendo y poniéndose las gafas de sol justo al salir a la calle.

—Sí, Fer le pidió a Juanma que la cogiera. Al cual, por cierto, le fastidiamos una cita.

—Una de tantas, no es un drama. —Se encoge de hombros y entramos en el coche—. Te dejo en mi casa, quiero pasar a comprar unos pastelitos a Aitana para compensarle el mal trago, ¿te va

bien?

—Sí, ya sabes que no me importa andar, aunque tú te empeñes en llevarme en coche a todos los sitios.

—Tu hermano me explicó que te siniestraron el Ibiza. ¿Has pensado en comprarte otro?

—Mi padre quiere que vaya a hablar con Joaquín para ver si tiene alguno de segunda mano que esté bien, pero es que si voy, acabaré subiendo a la tienda y ahí está el Ibiza nuevo llamándome. Además, después de un año me he acostumbrado a no tener coche, cuando lo necesite se lo puedo robar a mi padre o a mi hermano.

—Y ¿vale la pena el paseo hasta su casa? Puedes pedirme el coche a mí también —se ofrece.

—De momento no lo he necesitado. Me has llevado a todos los sitios, pero lo tendré en cuenta.

—¿Qué le pasó a tu querido Ibiza?

—Un conductor borracho decidió hacer *rallies* por las calles de Cádiz, con la mala suerte que fue a estamparse contra mi coche. Nos despertó a la calle entera del golpe, aún me alucina que solo se rompiera un brazo y un par de costillas. Mi coche se convirtió en un acordeón, no se salvaron ni los peluches.

—¿Perdimos a Coco? —pregunta con una mueca de pena fingida, refiriéndose al peluche de un pato tumbado que tenía en el coche y que me regalaron Marcos y Alba cuando me saqué el carnet.

—Sí, el pobre quedó destrozado. —La verdad es que me fastidió lo del coche, pero le tenía mucho cariño a ese peluche y me puso muy triste ver que no quedó de él ni el pico. Adri debe notar que aún me afecta, porque posa su mano en mi muslo y lo aprieta—. Gracias.

—Te dejo aquí, ¿vale? —dice aparcando a una calle de su casa, donde hay un parque infantil y la pastelería favorita de Aitana.

—Sin problema. —Bajo del coche y me quedo embobada mirando a los peques, que juegan y gritan. Como si algo me uniera a ellos, me acerco aun cuando ni siquiera es la dirección que debo tomar. Un grito me trae de vuelta.

—¡Lucía! —Unos brazos pequeñitos me envuelven las piernas y bajo la vista para encontrarme con unos rizos castaños que conozco muy bien.

—Hola, Julieta, ¿cómo estás?

—¡Ven al parque! Estoy con mi papi.

Miro alrededor para buscarlo y recuerdo que no conozco al señor, pues nunca ha venido a recogerla. Me pide que la suba al columpio y la empuje. Cuando toca que se baje para que se suba otro niño, aparece un hombre.

—Ya me ocupo yo —dice de malos modos, bajándola del columpio y cogiéndola en brazos mientras la niña intenta evitarlo.

—¡Papi, es Lucía! —le indica Julieta y el hombre la mira sin saber de qué habla—. Mi profe del cole.

—¿Tú eres la profesora de mi hija? —pregunta con desprecio.

—Así es. Encantada. —Extiendo mi mano para estrecharla, pero la mira con asco, así que la guardo.

—Sé quién eres. —Lo miro extrañada, a mí no me suena de nada—. Eres la hermana de Marcos, la viciosa.

—¿Qué es una viciosa, papi? —pregunta Julieta y la miro con pena, no merece tener un padre con tantos prejuicios. La deja en el suelo y la insta a irse a jugar. La niña se va feliz al tobogán y el hombre me mira esperando una respuesta.

—Sí, supongo que soy esa Lucía que dice, pero se equivoca en la terminología, se dice bisexual, no viciosa. Parecen iguales, pero hay muchas diferencias, se llaman prejuicios la mayoría de ellas —respondo alzando la cabeza. Ni él ni nadie va a hacerme sentir mal por lo que soy.

—No voy a permitir que mi hija tenga una profesora como tú, mañana mismo pondré una queja en el centro.

—Estoy totalmente segura de que la directora estará encantada de conocerle. Sobre todo teniendo en cuenta que está en la puerta de infantil todos los días, estamos a finales de noviembre y usted no ha venido ni un solo día a llevar o recoger a su hija.

Me giro y lo dejo con la palabra en la boca. Me acerco a Julieta para despedirme e irme a casa de mis padres. Cuando salgo del parque, me encuentro a Adri con una sonrisa orgullosa.

—Quién necesita una pistola de clavos teniendo las palabras exactas —comenta gozoso cuando empezamos a andar.

—Manda a la abuela a buscar a la niña los viernes que le toca a él. La pobre mujer no puede con la intensidad de Julieta, el lunes cuando la trae tiene una cara de agotada que da pena verla. Eso me demuestra que es la que la ha tenido todo el fin de semana. La madre siempre pregunta quién ha venido a buscarla, al menos tiene la custodia completa, porque viendo el panorama...

—¿No te preocupa que se queje de ti a la directora?

—Primero, yo tengo mi plaza y no pueden echarme, a no ser que la líe mucho. Mi condición sexual no es una opción, en todo caso, si pasase algo sería discriminación por parte del centro. Y segundo, ¿recuerdas a la chica con la que salí un día y me dijiste que te sonaba? —Adri asiente extrañado—. Es Rocío, mi directora y el motivo por el que te sonaba es porque fue la primera chica con la que me lié. Estuvimos un verano entero tonteando y descubriendo que nos gustaban las chicas. A mí también me gustan los chicos, a ella no. Así que pienso esperar esa conversación con palomitas.

—Igual al hombre le da un parraque y saca a la niña del colegio.

—Dudo que haga ni siquiera el esfuerzo de ir a quejarse. He estado varios minutos empujando a la niña en el columpio y ni se ha dado cuenta. Hoy juega el Madrid, seguro que cuando se vaya al bar se ha olvidado de la niña y de mí.

—Para desgracia de la niña, seguramente sea así. En fin, aquí se separan nuestros caminos —dice señalando la calle en la que tenemos que girar en direcciones opuestas—. Gracias por dejarme pasar la noche en tu casa.

—Gracias por el desayuno.

—Técnicamente lo has pagado tú.

—Sí, pero no suele prepararse solo. —Se ríe y me abraza antes de darme un beso en el pelo—. Que vaya bien el día y la conversación con Aitana.

—Igualmente. Nos vemos el martes.

Se aleja, despidiéndose con la mano, y me alegra ver que vuelve a ser el Adri de siempre, aunque una sombra oscura lo acompañe. Solo espero que sea algo pasajero y que en unos días esté recuperado del fantasma del pasado que ha aparecido de golpe.

Adri

¡Joder, Aitana no sabe mentir! Está intentando parecer enfadada, pero que lleve su chaqueta roja favorita, que solo se pone cuando está feliz, la delata. Alzo la caja con el logo de la pastelería y una sonrisa, que intenta disimular, se asoma en su boca. La fachada va perdiendo fuerza hasta que llego a su altura y paso mi brazo por sus hombros para atraerla hacia mí. Beso su pelo cuando sus brazos me envuelven.

—Me has decepcionado, hermanito. Te tenía por un Dios en la cama, pero si ya has despachado a Lucía, creo que la fama no te hace justicia.

—Idiota —murmuro mientras noto su cuerpo reírse pegado al mío y me contagia—. ¿Entramos?

—Sí, creo que tienes muchas cosas que contarme.

—Volveré a decepcionarte —bromeo y me saca la lengua.

Entramos en mi casa y Aitana coge la caja para ir directa a la mesa del salón mientras voy a la cocina a preparar un par de cafés bien cargados. Cuando llego, tiene la boca llena de nata y una sonrisa de felicidad en la cara. Le acerco las servilletas y me siento a su lado en la mesa. Respiro hondo antes de hablar.

—Me pidió que volviéramos —suelto y Aitana me mira alzando la ceja incrédula—. Pensé lo mismo que estás pensando tú: «¿A qué viene ahora esto?». Me soltó una retahíla de tópicos que dejé de escuchar cuando dijo el tercero. Que si me echaba de menos, que si nunca había dejado de pensar en mí, que si era el amor de su vida... Mentira tras mentira.

—Lo bueno es que te diste cuenta al momento —dice con una sonrisa, bebiendo de su café.

—Han pasado dos años, me jode pensar en lo idiota que fui a su lado, pero tenía claro que no iba a volver a caer.

—Yo no lo tenía tan claro —confiesa y la miro extrañado—. No digo que tú no te hayas currado la recuperación para volver a ser tú, pero admite que Lucía tiene mucho que ver en que ahora mismo no esté en un coche con tus primos y tú en el maletero.

—Supongo que tienes razón. Quiero pensar que si hubiera vuelto hace seis meses, hubiera reaccionado de la misma manera, pero lo cierto es que mi cerebro hizo clic en el momento en que se metió con Lucía.

—¿Que hizo qué? —pregunta indignada y sonrío.

—Me encontró con ella, cosa que supongo que ya sabes. —Asiente—. Y cuando Lucía pasó por su lado, me dijo con desprecio que me recordaba con mejor gusto. Lo hizo para que la oyese

y hacerla sentir mal, pero solo consiguió cabrearme. Ahí la cogí del brazo y la metí en el coche para salir de allí, no quería que nadie del equipo nos viera discutir. Conduje hasta que vi un parque en el que no había nadie, aparqué y salí del coche para apoyarme en él y que dijese lo que tuviera que decir. Cuando vio que ni me inmutaba con su amor incondicional, cambió la pose y dejó de quererme tanto.

—Nunca te quiso.

—Quería mi dinero y mi incapacidad de negarle algo.

—Siempre pensé que la tenía que chupar muy bien.

—Tampoco te creas —confieso incómodo—. Me enganchó como si fuera una droga y, cuando ya me tenía a su merced, solo tenía que dejar de darme mi dosis para que yo hiciera todo lo que me pedía con el fin de obtener un chute más.

—Joder, Adri. —Entrelaza nuestras manos y besa la mía—. Nunca lo había visto así. Me dolía tanto ver cómo te apagabas y que cada vez estuvieras más lejos..., ya no sabía qué hacer. Sé que estabas fatal el día que llegaste a casa de papá y mamá, pero me alegré tanto.

—Nunca te lo he dicho, pero fuiste tú quien me abrió los ojos. —Me mira sorprendida—. Me pediste que condujese el coche de tu boda y me hizo mucha ilusión. Cuando se lo conté, me soltó que eso no podía ser porque entonces ella con quién iba a ir, que se había comprado unos tacones nuevos y que tenía que llevarla de puerta a puerta porque era mi mujer. Traté de razonar con ella y ofrecerle alternativas y me soltó una frase que decía mucho, pero que hasta ese día no detecté como un problema: «Así no, Adri. Tu mujer soy yo». Ella era mi mujer, pero tú eres mi hermana y tengo derecho a poder llevarte el día de tu boda si quiero. Ahí me repetí esas palabras, pero con otro final: «Así no, Adri. Tú puedes decidir». Cuando se fue a dormir, cogí todas mis cosas y me fui sin mirar atrás. Ese fue otro detector de lo poco que decidía en mi casa, todas mis cosas cabían en la mitad del maletero del coche.

—Y pensar que estuve a punto de no pedírtelo —suelta con una sonrisa—. El tito se ofreció a dejarme el coche, pero me costó convencerlo de que no fuera él quien lo llevase. Solo cedió porque eras tú.

—Me supo mal estar tan apagado ese día.

—Total, para lo que duró el matrimonio, casi parecía que vieras el futuro —bromea—. ¿Qué te dijo cuando vio que no iba a sacar nada de ti?

—Me llamó egoísta. —Niego con la cabeza—. Ella a mí.

—¡Viva la hipocresía!

—Le dije que había tenido suerte de que me había pillado en un buen día y le había permitido hablarme, pero que no volviera, que aquí no era bien recibida. Que si quería algo, tenía el número de mi abogado. Y que si volvía la denunciaría por acoso. Creo que captó el mensaje.

—Me alegro. Y ahora lo importante: ¿cómo acabaste en casa de Lucía?

—Cuando se fue, me puse a dar vueltas con el coche y a pensar en estos dos últimos años. En lo diferente que es mi vida ahora y lo feliz que soy. En ese momento me vino el rostro de Lucía y, sin darme cuenta, estaba a una calle de su casa. Estaba bastante cabreado, pero sabía que con ella se me pasaría antes, así que le pregunté si estaba despierta. Al decirme que sí, subí a su casa y nos pusimos a ver un pastelón de película romántica navideña que la durmió en cinco minutos.

—Así que Lucía es tu lugar seguro.

—Sí —admito con una sonrisa—. Creo que sí, Lucía es mi lugar seguro.

—Eso es bonito, ahora solo falta que se dé cuenta.

—Para. Somos amigos, muy buenos amigos, casi podría decir que es mi mejor amiga, así que es normal que haya ido a su casa. En otro momento habría ido a casa de Marcos.

—Está bien, no insistiré más sobre el tema, pero porque estoy muy contenta de que hayas mandado a la mierda a esa víbora y de verte tan bien. —Me da un sonoro beso en la mejilla y se pone a recoger los papeles de los pastelitos que nos hemos ido comiendo mientras hablábamos—. Venga, ahora ve a ducharte. Hemos quedado con Maite, Óscar, Fer y Juanma para comer. Lo hemos llamado «comida de primos» para que nadie se acople, pero si invitas a Lucía a nadie le va a molestar. —Me guiña un ojo antes de salir del salón para ir a la cocina.

Conociendo a mis primos, habrán quedado para ir haciendo hambre dos horas antes de la reserva, así que me ducho y me arreglo mientras oigo a Aitana trastear por la cocina y el salón. Cuando estoy listo me la encuentro en mi sofá viendo una serie. Me echa una mirada de arriba abajo con cara de aprobación.

—¿Le has dicho algo a Lucía?

—No.

—Soso.

—¿Nos vamos?

—¡Claro!

Salimos y nos dirigimos a mi coche para ir con nuestros primos. Será la primera vez que mi hermana llegue puntual a algún sitio. La miro de reojo, sentada en el asiento del copiloto, con una sonrisa de felicidad en la boca. Me encanta verla así y sé que gran parte de esa alegría es por ver que he sido capaz de echar de mi vida a Jessica para siempre. Y puede que no lo haya admitido en voz alta, pero estoy totalmente seguro de que si no fuera por Lucía, no lo habría conseguido. Ella me aporta toda la felicidad que necesito sin pedir nada a cambio.

Adri

Todo el mundo nos está mirando por culpa de Fer y Juanma. Mira que son ruidosos. Y eso que el segundo está más callado de lo habitual y solo se ríe. El problema es que cuando lo hace, se entera el restaurante entero. Mi primo Fer está explicando que anoche, cuando todo se calmó y volvió a casa, se dio cuenta de que había salido con las pantuflas, el pijama y la chaqueta de cuero, además de un martillo en cada mano. Justo en ese momento salió la vecina a tirar la basura y a la pobre mujer casi le da un ataque.

—Esta mañana he ido a disculparme otra vez y no me ha abierto la puerta —se queja Fer con una mueca. Puede que sea un bruto y un poco inconsciente, pero es un trozo de pan—. Le he pedido a mi madre que le haga un bizcocho de calabaza, a ver si con eso se le quita el susto.

—Le podrías haber dicho que venías de una fiesta de Halloween tardía —se burla Óscar.

—Tardó un rato en saber que era yo y reaccionar. No creo que explicarle el porqué hubiera servido de nada.

—Siempre puedes mudarte —propone Maite, y Fer la fulmina con la mirada.

—No me mudo más hasta que tenga, por lo menos, ochenta años y no me aguante los peos.

—¡Se abre la veda, apuestas a cinco euros! —exclama Maite, ilusionada como una niña—. ¿Cuánto creéis que tardará Fer en mudarse?

—¡Que no pienso mudarme!

—Dos meses —dice Óscar poniendo un billete sobre la mesa—. Y más teniendo en cuenta que la pobre mujer a la que asustó ayer es su casera.

—Yo digo seis meses —aporta Juanma abriendo la cartera y dejando caer varias monedas a la mesa—. El tiempo que tardará la buena mujer en quitarse el susto y atreverse a echarlo.

—Nueve meses. —Maite saca un monedero del tamaño de una tarjeta y empieza a guardar el dinero, como si fuera algo habitual entre ellos—. Es un zalamero y se camelará a la mujer, pero se aburrirá de los muebles.

—O del grifo del baño —dice Óscar.

—O de las vistas a la nada desde la ventana —añade Juanma—. Recordemos que la última vez se mudó porque los buzones estaban torcidos.

—Ojalá supieras arreglarlo —comenta Aitana riendo—. ¿Cuántas veces te has mudado ya?

—Van siete en seis años —responde Maite—. El de la inmobiliaria tiembla cuando lo ve entrar.

—Vosotros no lo entendéis —se queja Fer—. Juanma, explicáselo.

—A mí no me metas. Te he dicho mil veces que te compres una casa y la reformes a tu gusto cuando lo necesites. Si no lo haces es porque no quieres.

—Claro, porque tú vas al banco a pedir una hipoteca, solo y siendo autónomo, y te abren todas las puertas —ironiza Fer con un resoplido—. Por cierto, ¿se puede saber qué te pasa? Llevas toda la comida muy callado y de mal humor.

—Estoy cansado, he dormido poco —contesta Juanma de forma enigmática y eso llama la atención de sus hermanos.

—Entonces, la cita de ayer fue bien —afirma Óscar con una sonrisa ladeada.

—Nuestro hermanito suele ser muy eficiente, si ha dormido poco es que fue más que bien —comenta Maite con la misma sonrisa que su hermano.

—O más que mal y, por su humor, creo que es lo que pasó —añade Fer para picarle.

—Vete a la mierda —escupe Juanma enfadado y los tres hermanos cambian la expresión a una más seria.

—¿Qué pasó?

—¿Estás bien?

—¿A quién hay que matar?

—La noche fue bien, más que bien —contesta Juanma con cara de resignación—. Lo que pasó es que soy gilipollas, ¿vale? No quiero hablar del tema.

Maite agarra la mano de su hermano y la aprieta mientras le regala una sonrisa, a la vez que Fer le da una palmada en la espalda. Óscar le guiña el ojo y, así, sin más, los hermanos dejan de hacerle preguntas o presionar. Siempre me ha encantado el nivel de compenetración que tienen los cuatro, pese a que la mayoría del tiempo estén discutiendo o picándose entre ellos.

—Bueno, solo nos queda por saber una cosa de la noche de ayer —dice Maite llamando la atención de todos—. Bueno, quizá dos, pero ahora mismo hay una que me interesa más que otra: ¿qué tal la noche con Lucía, Adri?

—¿Has pasado la noche con Lucía? —pregunta Óscar.

—¿Te la estás tirando, primo? Marcos te va a matar. —La cara de pánico de Juanma sería graciosa si no estuvieran todos pendientes de mí y mi respuesta.

—No es nuestra hermana, pero como si lo fuera. Si le haces daño, me va a dar igual que seas mi primo, usaré la pistola de clavos con tus pelotas —añade Fer señalándome con el dedo.

—¿Tú cómo sabes que han pasado la noche juntos? —curioseas Aitana, salvándome de contestar.

—Lucía me avisó anoche y mentí en el grupo —contesta mi prima sin despeinarse—. Si digo que Adri está en casa de Lucía, Marcos hubiera tirado la puerta abajo.

—Y me hubiera llamado a mí para arreglarla —dice Juanma—. No tienes visión de negocio, hermanita.

—Adri, ¿estás con Lucía? —Óscar me mira esperando una respuesta, así que niego con la cabeza—. Lástima, creo que haríais muy buena pareja.

—No tienes que estar con alguien para tirártela —aporta Fer alzando las cejas.

—No me la estoy tirando. Solo somos amigos. He pasado la noche en su casa porque necesitaba cambiar de aires.

—Entonces, menos mal que estaba sola, porque si no, menudo corte de rollo —se mofa Fer y el corazón me da un pinchazo.

—Quiero pensar que si hubiera estado con alguien no le hubiera abierto la puerta —sigue con la conversación Óscar, ajeno a mi malestar—. ¿Te imaginas que te abre en picardías?

—O con las esposas colgando de una de sus muñecas. —La sonrisa ladeada de Juanma me

indica que está imaginándolo.

—Le estoy intentando montar una cita con una de las chicas que va conmigo a yoga y que es muy flexible —comenta Maite y un nudo se instala en mi estómago—. Esperemos que a la gilipollas de tu ex no le dé por volver justo ese día de nuevo.

—Bueno, son amigos, Adri lo entendería. Además, podría venir a cualquiera de nuestras casas, ¿verdad, Adri? —pregunta Aitana con un deje de recochineo en el tono—. Qué más da un amigo que otro, lo de Lucía fue porque le pillaba de paso. —Asiento, incapaz de hablar al imaginar a Lucía con otra persona. Sé que es algo que puede pasar, pero no quiero pensar en ello.

La conversación se desvía a qué hizo Aitana después de ir al pabellón y desconecto hasta que ya estamos fuera después de haber pagado. Todos tenemos ganas de ir a casa a descansar, así que nos encaminamos hacia los coches, Aitana se sube al mío y la acerco a casa con el sonido de la radio de fondo. Cuando paro para que se baje, se gira para encararme.

—Sé que te han dolido las palabras de Maite, pero tienes que plantearte que si solo sois amigos, tarde o temprano Lucía puede tener una cita o conocer a alguien y empezar algo con esa persona. Con esto no quiero decir que tengas que cambiar ni ir a por ella ni nada si no es lo que quieres, pero piensa qué vas a hacer en ese caso, porque pasará y no quiero que te hagan daño. —Me da un beso antes de bajarse del coche y dejarme con ese pensamiento en la cabeza.

Sé que es una posibilidad, siempre lo he sabido, aunque no lo haya querido pensar. Si Lucía es feliz con otra persona, no me queda otra que asumirlo, porque por encima de todo lo que quiero es que ella tenga la vida que desea, aunque eso me rompa el corazón por no poder tener la vida que yo quiero a su lado.



Lucía

Este lunes me está costando más de lo habitual. Hemos tenido follón a la hora del recreo y hemos tenido que correr para apagar varios fuegos. Además, nos han fallado dos profesoras de infantil y tres de primaria, así que todo el mundo iba como pollo sin cabeza cubriendo huecos. Incluso me han robado a Mar un par de horas. Me apoyo en la mesa de la sala de profesoras a esperar la reunión del claustro. Quien decidiera que el lunes era un buen día para hacer este tipo de reuniones era una persona muy cruel.

—Menudo día, ¿no? —dice Sabrina, dejándose caer en la silla a mi lado—. Mañana me voy a poner enferma yo también.

—Ni se te ocurra —la amenazo y la señalo con el dedo—. Tú estarás aquí conmigo hasta que se hunda el barco.

—Lucía, cariño, si el barco tan solo hiciera un aspaviento, yo saldría corriendo como las ratas. No estoy hecha para trabajar.

—Yo tampoco —interrumpe Feli, que se sienta al lado de Sabrina—. Nací para ser rica, pero me quedé pobre. A ver si me toca la lotería y me largo a recorrer el mundo.

—La lotería es el impuesto de los que no saben de estadística —suelta Mar cogiendo una silla y moviéndola para cerrar el pequeño corrillo que siempre acabamos formando, igual que el resto de maestras, para que nadie nos oiga cotillear—. Es lo que siempre dice mi padre. Es profesor de matemáticas.

—Entonces no me haré rica nunca —dramatiza Feli riendo—. ¿Qué tal el finde?

—Me llevé a los niños a Sierra Nevada —explica Sabrina—, a que corrieran y se cansaran, pero la única que acabó derrotada fui yo. No sé de dónde sacan tanta energía.

—Mi teoría es que absorben la de los padres —bromea Mar—. Además, son de carga rápida, con cinco minutos de descanso vuelven a tener los niveles máximos.

—No solo la de los padres, la de todos a su alrededor. No sé vosotras, pero yo hoy estoy muerta —comenta Feli—. Y eso que este fin de semana ha sido tranquilo: fuimos al museo arqueológico el sábado y, el resto del tiempo, libro y manta. Y hablando de planes, ¿qué tal tu cita del sábado, Mar? Tenías buenas sensaciones el viernes.

—Fatal. La peor cita de mi vida. —Una sonrisa se le escapa de la cara y la miramos extrañada—. Pero la noche acabó bien. Más que bien.

—A mí esas cosas no me pasan —se queja Sabrina—. ¿Y tú qué, Lucía? ¿Has hecho algo especial o has seguido tu rutina de viernes cena con Adri, sábado con el equipo, cena y copas, y

domingo con tus padres?

—Madre mía, ¡es verdad! Siempre haces lo mismo, corazón —comenta Feli con pena—. Eres muy joven para esa rutina, por mucho que haya un chico guapo de por medio.

—Mejoraría enormemente si te lo tirases —añade Mar con una sonrisa pícar—. Todo mejora con sexo.

—Discrepo —interrumpe Sabrina—. Una cita mediocre no mejora con el sexo; lo que obtienes es más mediocridad.

—Igual, si la cita es mala, no debería acabar en sexo. Así, como idea —se mofa Mar.

—Eso lo puedes hacer tú, porque tienes todo el tiempo del mundo. A mí se me acaba.

—Hay vida después de los cuarenta, Sabrina. —Feli la amonesta con la mirada.

—Discrepo.

—Hoy es el día de discrepar —me burlo.

—Entonces, Lucía, ¿hubo sexo o no? —pregunta Mar—. Que nos hemos desviado del tema.

—No.

—Este sábado le buscamos un chico a Lucía que le quite las telarañas —promete Sabrina—. Y si tiene un hermano o amigo, para mí.

—O una chica. —Mar me guiña el ojo y Sabrina asiente.

—Y ¿tú no quieres ninguno para ti, Mar? —pregunta Feli.

—Le pediré uno a Papá Noel o a los Reyes Magos.

—Pero ¿uno concreto o uno cualquiera? —la pico y se sonroja mientras una sonrisa aparece en su rostro.

—O puedes quedar con tu cita desastrosa que acabó «más que bien» —la incita Sabrina, ajena a la reacción de Mar, que hace una mueca—. ¿Qué pasa?

—Nada, es que no creo que lo vuelva a ver —elude la respuesta Mar.

—¿Por qué? —insiste Feli—. Acabó «más que bien», yo lo veo un motivo para repetir. No tienes que casarte con él.

—Es que no sé cómo se llama ni tengo forma de localizarlo —admite y Sabrina suelta una carcajada que llama la atención del resto de la sala.

—Me encanta, yo de mayor quiero ser como tú.

—¿Empezamos la reunión? —La jefa de estudios interrumpe todas las conversaciones y el habitual ruido de las sillas nos trae de vuelta al trabajo—. Recordad que este sábado es la cena de navidad. Cada uno paga lo suyo, así que no es obligatorio, pero a quien no venga le haremos el vacío contando mil anécdotas la semana que viene. Avisadas estáis. Siguiendo orden del día: navidad.

Seguimos la reunión un par de horas más y planificamos todo el mes de diciembre, incluida una actuación de los peques. Cuando salimos, lo único que quiero es tumbarme en mi cama hasta mañana. Mar me intercepta y andamos juntas durante una calle hasta que se decide a hablar.

—Tú conoces mucha gente aquí, ¿verdad? —Mar es de Guadix y lleva un par de años viviendo aquí. Antes de eso, estaba en Huelva.

—Supongo que sí, ¿quieres localizar al chico del sábado? —pregunto con una sonrisa ladeada y elude mi mirada, avergonzada.

—Sí, bueno, no lo sé. Puede. Es una posibilidad —admite indecisa—. Tenía un Saxo blanco un poco antiguo y he pensado que podrías conocerlo.

—¿Un Saxo blanco? Ahora mismo no me suena, pero es que nunca me he quedado con los coches de la gente. Preguntaré a Maite, entre ella y sus hermanos se conocen a toda la provincia.

—Gracias. —Me da un beso en la mejilla—. Por cierto, ¿sabes de alguien que pueda

arreglarme una puerta? No cierra bien y paso de que mi compañera de piso me vea el culo cada vez que me cambio.

—Sí, claro. La empresa de Maite y sus hermanos hacen todo tipo de reformas, incluida la carpintería. Lo que no sé es si tienen disponibilidad. Le pido el número de la oficina y te lo paso.

—Perfecto, nos vemos mañana.

Cuando llego a casa, dejo todo tirado camino a la habitación, donde me pongo el pijama y me tumbo. No tengo ni ganas de cenar de lo cansada que estoy. Le escribo a Maite para preguntarle por las dos cosas que me ha dicho Mar y aprovecho para hablar con Adri mientras espero.

Lucía

¿Puede ser viernes ya, por favor?

Adri

¿Un día duro?

Lucía

Eso es quedarse corto

Adri

Tus niños son un amor, te quejas de vicio

Lucía

Puedes venir cuando quieras a sustituirme

Adri

Me adorarían

Y lo sabes

Lucía

Lo peor es que sé que es verdad

Adri

¿Nos vemos mañana?

Lucía

Sí. Alba me dijo ayer que lleva unos días encontrándose mejor, así que al menos no me dejará sola con las fieras

Adri

Las tienes dominadas, se nota que te adoran

Lucía

Se portan bien cuando apareces porque eres guapo

Me extraña que no escuches sus chillidos de emoción cuando te ven

Adri

Tienen diez años

¿Ya están así?

Lucía

Sí. Cada día que estoy con ellas doy gracias por haber estudiado solo infantil

Adri

Exagerada

Lucía

Ven mañana a ayudarme con algo del entrenamiento y te lo demuestro

Adri

Reto aceptado

Mensaje de Maite

Maite

Holiiii, pues el único Saxo blanco que conozco es el de mi padre, así que espero que no sea él

Preguntaré por ahí, igual el chico no es de Baza

Te paso una foto de la tarjeta y que nos llame. Si es poca cosa igual puede acercarse Juanma solo y es más fácil hacerle un hueco

Pero solo por ser tu compi ;)

Foto

¿Cómo tienes el finde? ¿Nos vemos el sábado?

Lucía

Tengo cena de navidad

Maite

Oh, ¡qué pena! Pero está bien que por un día no salgas con mi primo

Igual encuentras a alguien que te dé un buen meneo

Lucía

Sabrina y Mar me han dicho que me van a buscar a alguien

No sé si me apetece

Maite

Follar es necesario, amiga

Nadie dice que tengas que casarte con esa persona

Además, si no vas a mover ficha con Adri, no puedes quedarte esperando sin hacer nada

Lucía

¿Puedes creer que me da pereza?

Maite

¡Claro! Pero solo tienes que entrar en la rueda
Llevas desde que llegaste en una rutina cómoda
Ahora toca salir de ella

Lucía

Me gustan las rutinas

Maite

Eres como tus niños
Una nueva rutina puede ser follar los sábados, piénsalo
Estoy segura de que tu humor mejorará enormemente

Lucía

¡Oye!

Maite

Te dejo, que César quiere mejorar mi humor ;)
Que descanses

Lucía

Buenas noches

Le reenvió la tarjeta a Mar, que me lo agradece al momento, y decido concluir el día de hoy. Le deseo buenas noches a Adri y dejo el móvil cargando en la mesita. Pese a lo cansada que estoy, me cuesta un rato relajarme y quedarme dormida. Cuando entro en un estado de duermevela, un sueño me invade: estoy en La Pérgola y un chico está hablando conmigo. De repente me besa y, cuando se separa, Adri, que nos observa desde el fondo, me hace un gesto de aprobación. Me despierto de golpe y miro el móvil para comprobar que solo han pasado tres horas desde que lo dejé. Yo no quiero gestos de aprobación de Adri, quiero que sea el chico que me besa. Qué pena que eso nunca vaya a suceder.



Lucía

¡Por fin se ha acabado el entrenamiento! La idea de traer a Adri era buena sobre el papel, pero ha sido un completo desastre. Nos han ignorado totalmente a Alba y a mí, solo le hacían caso a él. Me acerca una botella de agua y se queda mirando el mismo punto que yo: la puerta de los vestuarios por donde se han ido las niñas y Alba.

—¿Y bien? —pregunto mirándolo de reojo y una sonrisa aparece en su boca, pero no contesta—. Oh, no me lo puedo creer. ¡Estás encantado!

—Reconozco que sube la autoestima que un montón de féminas te hagan caso y suelten risitas cuando te giras.

—Podrías ser su padre.

—Y a la mierda la autoestima —bromea girándose para mirarme—. ¿Tomamos algo en el bar hasta tu entrenamiento?

—¡Claro! —contesto y empiezo a andar—. He quedado allí con Alba, venía mi hermano a buscarla.

—Ha salido corriendo, ¿llamo al servicio de limpieza para que pasen por el baño?

—No lo sé, espero que haya llegado a tiempo. Uno de los chavales que están entrenando ahora parece que se ha pasado con la colonia.

—¡Joder! Me sabe fatal que se encuentre tan mal, no está disfrutando nada el embarazo.

—Lo sé, se me están quitando las ganas de ser madre. Qué pena que mi instinto maternal piense otra cosa.

—¿Te lo has planteado alguna vez en serio? —pregunta cuando nos sentamos en una mesa libre después de coger un par de refrescos—. Quiero decir, no un «quiero ser madre algún día», sino un «voy a ser madre».

—No. Siempre he usado la excusa de estar lejos de casa —admito bebiendo un trago—. Pero la verdad es que nunca me lo he planteado en serio. Ninguna de mis parejas anteriores me parecía apropiada; o puede que fuera yo, que nunca las vi como personas con las que iba a durar muchos años, sino más bien personas de paso en mi vida.

—Joder, lo siento.

—No pasa nada —digo con una sonrisa para quitarle la preocupación—. He sido feliz con ellas, pero no he tenido ese sentimiento de pertenencia que veo en mi hermano y que dice «voy a luchar por estar con esta persona toda la vida». Más bien era un «eres una parada en mi camino de la vida y cuando me toque ir al siguiente punto, te recordaré con cariño, pero no lloraré tu

ausencia». —Me sorprende incluso yo misma de mis palabras—. Vaya, es la primera vez que lo digo en voz alta y creo que suena superfrío.

—Entiendo lo que dices, lo he vivido. No con Jessica, con ella sí me planteé tener hijos, aunque menos mal que solo fue un pensamiento, sino con otras parejas. Sabes que se acabará, pero vives igualmente el romance como se debe hacer, solo que conoces el final y lo asumes.

—¡Exacto! No es que las quisiera menos ni nada, es solo que...

—No eran la persona adecuada —continúa por mí y nos quedamos mirándonos. Con Adri sí me plantearía tener hijos y una vida entera a su lado.

—¡Hola! —saluda Marcos cogiendo una silla y sentándose entre nosotros, lo que nos obliga a movernos— ¿De qué habláis?

—De tener hijos —suelta Adri molesto.

—¿Entre vosotros? —pregunta Marcos visiblemente enfadado.

—Sí, claro —ironizo—. Ahora mismo nos íbamos a poner. ¿A que sí, Adri? Venga, bájate los pantalones que nos toca ya. —Niego con la cabeza—. Eres tonto, Marcos.

—Quién sabe, últimamente pasáis mucho tiempo juntos. —Se cruza de brazos y nos mira esperando una explicación. Alucino.

—También quedo con Maite y no me preguntas si me la voy a tirar. Mañana he quedado con sus hermanos, ¿también vas a venir a supervisar? Adri, cuidado cuando hables con alguna madre o socia, que mi hermano os monta la boda. ¿Quieres venir a la cena de navidad del sábado por si ligo? —Marcos niega con la cabeza, molesto con mi enfado, pero no dice nada.

—Me voy al despacho, tengo cosas que hacer —se excusa Adri poniéndose de pie y me mira—. ¿Nos vemos luego?

—No lo sé. —Me giro para mirar a mi hermano y me cruzo de brazos—. ¿Podemos vernos luego, Marcos?

Adri se va sin esperar respuesta por ninguna de las dos partes y giro la cabeza para no mirar a mi hermano, que se queda sentado y callado a mi lado. Cuando llega Alba nos encuentra así.

—¿Qué has hecho, Marcos?

—Nada, solo he hecho una pregunta y aquí la niña se ha cabreado. —Resoplo por el apodo y porque encima no ve el problema—. Estaba con Adri y he sacado el tema de que últimamente quedan mucho.

—A ver, Lucía, tienes que reconocer que tiene razón —lo respalda Alba—. Pasáis todo el fin de semana juntos, vienes a las cenas de equipo, te lleva a casa después del entrenamiento... Da que pensar.

—No sabía que me espiabais —escupo molesta—. Lo tendré en cuenta cada vez que salga de casa.

—No hace falta ser muy avisado para darse cuenta —me recrimina Alba—. Y ya me explicarás qué pintaba hoy Adri en nuestro entrenamiento cuando nunca lo ha hecho con ningún equipo.

—¿Te ha molestado que viniera? —pregunto confusa.

—No, pero hubiera estado bien que me avisaras al menos.

—Lo siento, pensé que no te importaría.

—Y no me importa, igual que a nadie le molesta que vengas a las cenas de equipo, pero es normal que tengamos preguntas.

—Pues yo tengo otra pregunta para vosotros antes de responder a la vuestra. —Marcos me mira extrañado y Alba cabecea para que la haga—. ¿Qué habéis hecho desde que volví para que fuera más fácil la adaptación a mi nueva vida? Yo os doy la respuesta: nada. Y no tiene

importancia, lo entiendo —interrumpo a Marcos, que iba a contestar—. Estáis organizando la boda y el embarazo está siendo una mierda. Además, soy adulta y me valgo por mí misma; no es la primera vez que tengo que adaptarme a un sitio nuevo. Sin embargo, Adri ha estado ahí, llevándome a los sitios a los que quería volver, sacándome de casa, llevándome a cenar con más gente y, en definitiva, ayudándome a estar a gusto de nuevo aquí sin tener que refugiarme en la familia. Así que sí, estoy pasando mucho tiempo con él y más que pienso pasar. Y si eso te enfada, Marcos, ya tienes dos trabajos.

Con el mismo ímpetu con el que he hablado, cojo mis cosas y me voy para dentro del pabellón. Aún queda un buen rato para mi entrenamiento, pero no quería seguir discutiendo con ellos. Entiendo que tienen su vida, pero igual que yo lo hago, ellos deberían saber que yo tengo la mía y que si quieren formar parte de ella están más que invitados, pero no para criticar ni cuestionar, sino para acompañar. Si no saben respetar eso, no los quiero a mi lado. Menos mal que Adri sí que ha estado ahí todo este tiempo o me hubiera asfixiado con Marcos cerca.



Lucía

No sé para qué me dicen de quedar a las siete si no están disponibles hasta las ocho. Lo peor de todo es que, como los conozco, he venido tarde y, aun así, me han hecho esperar. En cuanto salen del local que tienen para atender y donde trabaja Maite, me dan un abrazo de oso los tres a la vez y me llenan de besos.

—Qué difícil eres de ver, princesa —dice Fer, que es el primero en soltarme.

—No te veíamos desde la fiesta del Cascamorra —recuerda Juanma—. Eso no puede ser.

—Y ese día huiste nada más vernos —comenta Óscar, que sigue abrazándome.

—Y ¿quién no? Sois un peligro cuando estáis juntos.

—Y cuando están separados también —aporta Maite riendo. Fer la atrapa con su brazo por el cuello y empiezan a andar.

—Vosotros tampoco habéis dicho de quedar —me defiende y ponen cara de culpabilidad—. Ya me dijo Maite que estáis hasta arriba.

—Está siendo un buen año, sí —admite Óscar contento—. Pero echamos más horas que un reloj.

—Por cierto, Mar me llamó ayer —me informa Maite—. Mañana por la mañana pasará Juanma a valorar cuánto tiempo nos llevará. Me ha dicho que estará su compañera de piso.

—¿Te imaginas que mañana llama para decir que está enferma, pero tú sabes la verdad? —bromea Fer.

—A Mar le apasiona su trabajo —les explico mientras entramos en el bar que hay en la misma calle que su local—. Un día la tuve que mandar a casa con una contractura que le había dejado el cuello clavado y la cabezona quería esperar a la tarde. ¡No podía ni moverse! Dudo mucho que se quede en casa por una puerta que no cierra.

—Puedes presentarle a Juanma. —Óscar se ríe y le pide al camarero que se acerque—. En febrero se nos desmayó en mitad de una obra. El muy cenutrio vino con gripe y no dijo nada. Menos mal que Fer estaba cerca y lo salvó del golpe en la cabeza.

—Exagerados —se queja Juanma, pero no dice nada más. Me sorprende que esté tan callado, miro a Maite y niega con la cabeza para que no me meta, así que no digo nada.

Aprovechamos para pedir varias raciones para cenar y las conversaciones fluyen entre piques entre ellos y chistes. En cierto momento me suena el móvil, pero al ver que es Marcos lo ignoro. Cuando acaba la llamada, es Alba quien lo intenta y vuelvo a rechazarla, como llevo haciendo desde que he salido de trabajar. Al principio me he preocupado y he llamado a mi madre por si

había pasado algo, pero al decirme que no, puedo prescindir de contestar.

—¿Todo bien? —pregunta Maite preocupada.

—Es mi hermano. Estoy enfadada con él y no tengo ganas de hablar.

—¿Qué ha liado ya? —se interesa Fer.

—Estoy cansada de que no pare de controlar con quién voy o dejo de ir. Por lo visto, no puedo quedar con vuestro primo sin su permiso. —Los cuatro ruedan los ojos. Conocen perfectamente a mi hermano, ya saben de qué va.

—Igual llama para disculparse —dice Óscar en modo conciliador.

—¿Mi hermano? Seguro que sí —ironizo y Maite me reprende con la mirada—. No me mires así, me da igual si se quiere disculpar, mañana lo volverá a hacer y estoy muy cansada de su actitud. No me sirve de nada un «lo siento» si no cambia.

—Tiene razón —aporta Óscar con tristeza y lo miro sin entender nada.

—Eloy, el chico de Albox con el que estaba, lo ha dejado —me informa Fer—. Demasiado trabajo y poco tiempo juntos.

—También podría haberse venido él a vivir aquí —comenta Maite enfadada—. Que siempre le tocaba a Óscar ir allí para verse. Es muy fácil pedir, pero no tanto dar.

—Gracias. —Óscar le da un beso a su hermana, que lo mira con amor—. Así que estamos contigo, Lucía, a tu hermano ni agua. —El teléfono vuelve a sonar y Óscar me lo arranca de la mano—. ¡Hola, Marcos! ¿Es urgente? ¿No? Entonces pillla la indirecta, tu hermana no tiene ganas de hablar contigo. —Parece que Marcos está hablando, pero no se escucha—. Ya, Marcos, pero Lucía está muy enfadada, un «lo siento» no le va a servir. Piensa en lo que has hecho y prepara una disculpa en condiciones y, ya que estás, que no vuelva a pasar. —Cuelga el teléfono y me lo devuelve como si no hubiera hecho nada—. Alguien tenía que decírselo.

—No creo que sirva de nada, pero gracias.

—Quién sabe, igual esta vez es de verdad con eso de que va a ser padre —dice Maite encogiéndose de hombros y cambia de tema de forma radical—: Por cierto, no tengo información sobre el Saxo, tendrá que buscar en otro sitio.

—¿Qué Saxo? —pregunta Juanma de golpe.

—Mira, si le hablas de coches reacciona, es bueno saberlo.

—Fer... —lo reprende su hermana—. Lucía me preguntó si conocía a alguien con un Saxo blanco antiguo, pero el único que se me ocurrió fue el de papá y no creo que sea él.

—Quiero pensar que si papá volviera, no lo haría para coger el coche —bromea Óscar.

—Si papá volviera, vendría a la obra a decirnos que lo estamos haciendo mal —aporta Fer.

—Y tendría razón —lo pica Maite.

—A mamá le daría un ataque —dice Óscar riendo—. Por cierto, hablando de ataques, ¿cómo está tu casera, Fer?

—¿Qué le has hecho, Fer? —pregunto riendo, es capaz de cualquier cosa.

—La culpa es tuya por avisar de que Adri estaba con la gilipollas de su ex —me recrimina—. Salí corriendo con lo que pillé y al volver me encontré a mi vecina. La pobre mujer casi se muere del susto.

—Técnicamente yo no os avisé, fue Maite, así que las culpas a ella.

—Hubiera sido peor si no los aviso y se enteran el domingo —dice Maite y los tres asienten—. Entonces, ¿el bizcocho que le pediste a mamá sirvió de algo?

—Sí, sí —afirma Fer, bebiendo de su cerveza—. Todo bien ya.

—Otro que se calla cosas —bufa Óscar mirando a Maite—. Todo se pega, hermanita.

—Os lo conté cuando vimos que tenía sentido hacerlo —se defiende—. Además, tú nos

contaste lo de Eloy tres semanas después.

—Y porque te lo sacamos —dice Fer—. Si no, aún seguiríamos esperando a que nos lo presentases.

—Bueno, vale, todos ocultamos cosas. Cuando estéis preparados, ya nos lo contaréis —cede Óscar—. Y hablando de secretos, ¿creéis que mamá nos presentará a su novio estas navidades?

—¿Vuestra madre tiene novio? —pregunto alucinada—. ¡No me lo puedo creer!

—Está más tonta... —dice Maite negando con la cabeza y sus hermanos se tapan la cara—. Mi madre miente muy mal, ya lo sabes, pero ella cree que lo hace bien, así que ha intentado ocultárnoslo todo este tiempo.

—Pero no lo ha conseguido —añade Óscar.

—Es que lo ha hecho todo mal —comenta Fer.

—Y lo peor es que parece que tenga quince años —suelta Juanma y todos ponen una mueca de asco—. Nos alegramos de que rehaga su vida, pero verla así es...

—¿Extraño? —tanteo.

—Da vergüenza ajena —afirma Fer sin miramientos—. Le ha dado por usar tanga. Que me parece bien, ole su coño, pero no tengo la necesidad de conocer la ropa interior de mi madre.

—Y encima le preguntas y evade la respuesta —explica Óscar—. ¡Pues no me lo cuentes!

—Yo creo que está ilusionada, pero no sabe cómo reaccionaremos —la defiende Maite.

—Es adulta, papá murió hace siete años, ¿cómo vamos a reaccionar? Pues bien. Se merece ser feliz —dice Fer como si fuera obvio.

—Dice el tipo que salió de su casa en pijama y chaqueta de cuero, armado con dos martillos para defender a su primo —bromea Óscar.

—A ver, una cosa está clara —aporta Juanma, que parece que de este tema sí quiere hablar—. Si mamá es feliz, nosotros también lo vamos a ser y la apoyaremos. Pero si le hace daño, no le queda campo para correr.

—Y por eso vuestra madre no quiere decirlo —comento riendo—. Ese pobre hombre estará asustado de vosotros.

—Y bien que hace —concluye Fer y nos reímos.

Seguimos con la conversación un rato más y saltamos a otras menos intensas. Cuando salimos del bar, el coche de César aparece y Maite se va feliz. Fer y Óscar toman el camino contrario a mi casa, así que nos quedamos solos Juanma y yo.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada—. Es raro verte tan callado.

—Sí, se me pasará. No tiene importancia.

—¿Quieres hablar? Prometo no contárselo a nadie.

—Lo sé —dice con una sonrisa—. Conocí a una chica el sábado y congeniamos muy bien. Hacía mucho tiempo que no conectaba con alguien a ese nivel, pero cuando me despedí de ella, me di cuenta de que no le había pedido el número, así que no tengo forma de localizarla. Y ahora me siento como un idiota y no paro de pensar si para ella fue igual o no.

—Mi madre siempre dice que si tiene que ser, será, pero a mí siempre me ha parecido que eso no es consuelo ni es nada. Así que si necesitas algo o puedo hacer algo, me lo dices.

—Gracias. Saldré este sábado a ver si la encuentro de nuevo y si no, pues tocará pasar a otra cosa.

—Espero que tengas suerte. Yo tengo cena de navidad y mis compañeras quieren buscarme un ligue.

—A mí me parece un gran plan —dice con una sonrisa—. Si ves que te molestan mucho, me llamas y me acerco a donde estéis a fingir que ligo contigo. Como en los viejos tiempos.

—Pues estate atento al teléfono, porque no lo descarto, ¡gracias!

—¿Vas a hablar con Marcos? —pregunta poniéndose serio.

—Tendré que hacerlo algún día, sí —digo con un suspiro.

—¿Te apetece hablarlo?

—Es que estoy acostumbrada a que Marcos haga este tipo de cosas. Lo que no esperaba era que Alba lo defendiera. Me hacen sentir que estoy haciendo algo mal cuando solo paso tiempo con un amigo. No tienen derecho a pedirme explicaciones.

—No lo tienen, no. Pero Alba y Marcos siempre han sido un equipo y han ido a una. Es normal que haya pasado eso. Además, como bien has dicho, es algo habitual de tu hermano, hasta me vino a pedir explicaciones a mí cuando empezamos a coincidir. Siempre lo ha hecho y antes lo ignorabas sin más.

—Sí, lo sé, pero me cogió en un mal día, no lo sé, supongo que exploté. Lo peor es que le eché en cara que desde que volví no habían hecho nada para ayudarme a adaptarme a mi nueva vida.

—Y ahora te sientes mal por ello —asume Juanma.

—Un poco, porque es cierto que no han hecho nada, pero yo tampoco he hecho por quedar con ellos. Desde que he vuelto habré ido a su casa un par de veces y porque era su cumpleaños. Así que eso es algo que los dos hemos hecho mal.

—De todas formas, no es excusa para que tu hermano se enfade porque seas amiga de mi primo. —Se queda pensativo un momento antes de añadir—: ¿Has pensado que igual está celoso? Adri siempre ha sido su amigo y ahora te tiene a ti. Tú eres su hermana, lo normal es que te apoyes en él a la vuelta, pero lo has hecho en mi primo. Es posible que se sienta desplazado.

—Y ¿no puede decirlo? No tenemos cinco años.

—Igual ni siquiera sabe lo que le pasa, solo nota el malestar, pero no sabe por dónde le viene o por qué. Además, a todos nos cuesta abrírnos.

—Todo iría mejor si habláramos abiertamente —admito, aunque soy la primera que me callo cosas.

—O nos habríamos matado unos a otros y nos habríamos extinguido —comenta riendo—. Bueno, princesa, me desvíó aquí. ¿Quieres que te acompañe?

—No te preocupes, solo son dos calles.

—Perfecto, hablamos otro día. —Me da un beso de despedida y se pierde en la siguiente calle.

No había pensado en que Marcos se pudiera sentir desplazado, lo cierto es que como siempre está con Alba, nunca me he planteado que se sienta solo. Quizá debería hablar con él y darle la oportunidad de que se explique. O puede que si lo hago, acabemos matándonos, como dice Juanma.

Adri

¡Joder, estoy supercansado! Hoy han faltado tres para el partido, por lo que solo teníamos un cambio y nos ha tocado jugar casi todo el tiempo. Encima hemos perdido. Aunque mi mal humor se debe más bien a la conversación en la cena de ayer con Lucía, cuando empezó a explicar todos los planes de sus compañeras de trabajo para buscarle un ligue. Reconozco que no estaba preparado para tener esa charla con ella y me excusé después de cenar para no seguir hablando de eso. También me contó que había intentado hablar con Marcos, pero habían acabado discutiendo de nuevo.

—Adri, ¿viene Lucía a cenar hoy? —me pregunta Cristo cuando llegamos al vestuario.

—No, tiene cena de navidad.

—¡Genial! —exclama—. Chicos, hoy toca fiesta, que Adri está libre.

—¿Lucía ya se ha cansado de ti? Joder, tío, qué poco te ha durado —bromea Alberto—. Tenía otro concepto de ti.

—¿Por qué? —sigue la coña César riendo—. Adri siempre ha sido un picaflor. Hoy le buscamos a otra y arreglado. Seguro que Lucía ya tiene a otro mejor que él.

—U otra.

—Os recuerdo que estáis hablando de mi hermana —interviene Marcos visiblemente enfadado.

—¿Qué pasa? ¿Que tu hermana no folla o qué? —le pregunta César negando con la cabeza—. Llega un momento en que debes dejar de ser su guardaespaldas.

—No puede —murmuro a Cristo, que asiente.

—Tú eres el primero que debería callarse —grita Marcos y empiezo a desnudarme ignorándolo, que se peleen solos—. Adri, estoy hablando contigo. Te advertí que no te acercases a mi hermana.

—Venga, Marcos, solo estamos bromeando —intenta apaciguar Cristo—. Adri y Lucía solo son amigos, todos lo sabemos.

—De todas formas, si follasen tampoco creo que fuera algo en lo que Marcos debiera meterse —comenta César mirando a Marcos.

—Claro que puedo, son mi hermana y mi mejor amigo.

—¿Lo soy? —pregunto cabreado encarándolo—. Porque lo único que he escuchado de ti en las últimas semanas ha sido la distancia de seguridad que debo mantener con tu hermana. ¿Qué tal todo con ella, por cierto?

—Va, chicos, dejadlo ya —corta Cristo colocándose entre los dos—. No son las formas ni el lugar para hablar de esto.

—Con Marcos últimamente no se puede hablar, solo discutir —suelto sin pensar.

—Si me hicieras caso, no tendría que andar como un policía detrás —murmura girándose para coger cosas de su mochila.

—¿Tan malo sería que me liase con tu hermana? —escupo dolido.

—Sí —contesta contundente mirándome a los ojos. No me lo puedo creer, ¿tan bajo concepto tiene de mí?

—Marcos, creo que será mejor que hoy te duches en tu casa —sentencia César serio y visiblemente enfadado.

—Sí, será lo mejor —dice metiendo las cosas en la mochila para colgársela al hombro y salir del vestuario. Un silencio sepulcral nos envuelve hasta que Cristo lo rompe.

—Pues si Adri se liase con mi hermana, yo me alegraría. Estoy hasta la polla del capullo de mi cuñado —comenta riendo y el momento tenso se esfuma.



No sé quién ha tenido la idea de venir a este local, pero se merece un sitio privilegiado en el infierno. Entre la música de perreo, el suelo pegajoso y que está lleno de niñas de las cuales podría ser su padre, este sitio no hace más que empeorar. César me dirige una mueca de desagrado cuando se va a apoyar en la barra y casi se moja entero. Cristo y los demás se han ido a bailar, así que nos hemos quedado solos, aunque él no para de teclear en su móvil.

—Bueno, ya le he dado las buenas noches a Maite —me explica—, voy a guardar el móvil hasta que llegue a casa.

—¿Todo bien?

—Sí, pero estamos trabajando la confianza y hemos quedado en que hoy ya no le escribiré más. Cuando me vaya a dormir la avisaré.

—Me alegro por vosotros.

—Gracias —dice dándome una palmada en la espalda—. Sé que lo dices de corazón y te lo agradezco de verdad. Tus primos aún me tienen en periodo de prueba.

—Es su hermana pequeña y lo pasó muy mal, no pueden evitarlo.

—Lo sé y se están portando muy bien para cómo son. Esperaba más hostilidad, la verdad. —Suspira y bebe de su copa mientras observa la pista de baile—. ¿Esa es Lucía? —pregunta señalando un grupo de chicas. Cuando me fijo, una melena ondulada que conozco muy bien se mezcla entre ellas. No puedo evitar la sonrisa que se forma en mi cara, la noche acaba de mejorar exponencialmente.

—Sí, creo que sí. —Disimulo, porque ser capaz de distinguirla entre la multitud con exactitud no hará más que avivar los rumores, por mucho que sea César quien esté a mi lado. Observo el grupo que la acompaña, la mayoría mujeres, que no paran de arrastrarla y presentarle a cada persona con la que se cruzan—. Parece que se lo están pasando bien.

—No sé qué decirte, a mí me está dando miedo acercarme a saludar —bromea—. Puede que le quieran buscar un ligue, pero van con la red de arrastre.

—Sí, Lucía me explicó que las compañeras pensaban acabar la noche a lo grande. Mira, por ahí va mi primo al rescate.

Juanma se acerca a Lucía con una sonrisa de medio lado, con la clara intención de sacarla de ahí. No es la primera vez que mi primo la ayuda a librarse de alguna situación incómoda; desde

adolescentes han tenido un código secreto para llamar al otro y que apareciera para fingir que eran pareja. Incluso hubo rumores de que lo eran, cosa que, cómo no, alteró a Marcos. Ahora bien, cuando fue a pedirle explicaciones, Juanma le dejó claro que no pensaba dárselas. Lo admiré por ello, ojalá yo tuviera sus agallas.

Cuando mi primo está justo delante de Lucía, se queda parado mirando a la persona que está detrás de ella, una chica morena con la misma expresión de sorpresa que él. Lucía los mira extrañada e intenta hablar con ellos, pero la ignoran. Otra chica, creo que la que me comentó que era su directora, la coge del brazo y se la lleva tres pasos más atrás. Empiezan a bailar mientras se susurran cosas al oído y se ríen a carcajadas. Poco a poco van acortando la distancia hasta que sus cuerpos se encajan y el baile se vuelve más pausado, más sensual, pese a la música estridente que nos envuelve, es como si nada ni nadie existiera más que ellas dos. Ya no hay risas, solo movimientos sincronizados y caricias robadas de Lucía en la nuca de la chica. Mi corazón se acelera y pierdo la sonrisa que tenía desde que la había visto.

—Creo que me voy ya, me estoy durmiendo. —César me da una palmada en la espalda que me trae de vuelta a la realidad de dónde estoy: en un lateral de la barra, observado a Lucía sin que lo sepa. Echa un ojo a la pista y suelta una carcajada—. Juanma se va acompañado de una morenaza. Mira que es rápido el cabrón; qué pena que luego le duren tan poco. Lucía también parece que ha triunfado, ¿quieres que me quede y te ayudo a ligarte a una?

—Creo que soy capaz de ligar solo, gracias —bromeo para no decirle que la única con quien quiero hacerlo tiene otro plan—. Vete antes de que te vean Cristo y Alberto o no te dejarán irte.

—Gracias por cubrirme —dice saliendo disparado hacia la salida. Debería irme con él, pero soy incapaz de moverme.

Vuelvo la vista hacia la persona con quien realmente quiero irme y la veo susurrarle algo a la chica con la que está bailando, que asiente. La coge de la mano con una sonrisa tierna y se dirigen a la salida medio abrazadas. Lucía no para de acariciarle la cara y mirarla con cariño. Supongo que donde hubo fuego siempre quedan rescoldos. Pasa por delante de mí, pero no me ve, centrada como está en su acompañante. El corazón se me rompe en el momento en que las pierdo de vista. Sabía que esto podía pasar, pero hubiera preferido no verlo. No tendría que haber venido.

Adri

—¿Vas a contarme ya qué cojones te pasa o sigo fingiendo que todo va bien? —suelta Aitana nada más salir de casa de mis padres—. Te dije que era mala idea tener dos trabajos.

—No es eso —contesto dirigiéndome hacia la cafetería que hay dos calles más abajo. Ya tenía la intención de hablar con ella antes de su pregunta, necesito verbalizar lo que lleva rondándome la cabeza desde que llegué a casa anoche.

—Es normal que hayas petado, estás trabajando de lunes a domingo, y no intentes decirme que los lunes te los tomas libres porque sé que es mentira...

—No es eso —repito, pero no me escucha y sigue riñéndome por trabajar tanto. Realmente tiene razón, pero cada vez cojo menos encargos de programación y dedico casi todo mi tiempo al club. De todas formas, no es el tema que tenemos que tratar hoy. En cuanto nos sentamos a una mesa apartada de la terraza, suelto la bomba: anoche vi como Lucía ligaba y se iba a casa con otra persona.

—Ah. —Se calla de golpe y hace una mueca—. ¿Cómo estás?

—Mal, hubiera preferido no verlo.

—No verlo no va a hacer que no exista.

—Lo sé, pero...

—Pero nada, Adri —me interrumpe enfadada—. Te avisé que pasaría, por eso no podías ser su amigo.

—Y ¿qué querías que hiciera? —exclamo y las personas de otras mesas nos observan curiosos, así que bajo el tono—: Es lo máximo que voy a conseguir.

—No —sentencia cruzándose de brazos—. No es lo máximo que vas a conseguir, es lo máximo que te permites conseguir. Habla con propiedad.

—Tenía un plan —digo exasperado, porque todo se ha ido a la mierda—. Ser amigos y luego...

—Y luego nada, Adri. No había un luego, los dos lo sabemos. —Suspira y suaviza el tono—. No te atreves a dar un paso más. Tu plan de ser solo amigos hacía aguas por todos los lados, aunque no quisieras verlo. Y ayer viviste las consecuencias.

—¡Joder! —Me llevo las manos a la cara frustrado, porque sé que tiene razón. Llevo toda la noche echándome la bronca porque soy el único culpable de esta situación. Este momento iba a llegar, quisiera verlo o no—. Ser su amigo no es suficiente, nunca lo ha sido.

—Lo sé, pero no hay más ciego que el que no quiere ver. —Alzo la vista para mirarla y me

dedica una sonrisa triste—. Ahora te toca tomar una decisión: no hacer nada o hacerlo todo. Tú decides.

—¿Y si me rechaza?

—Haz todo lo posible para que eso no ocurra. —Su sonrisa ladeada me asusta, es capaz de cualquier cosa—. Demuéstrale que eres su mejor opción.

—¿Y si no lo soy?

—Lo eres. Nadie la va a querer como la quieres tú —sentencia cogiéndome de la barbilla—. Pero para convencerla a ella, primero tienes que convencerte tú.

—Me da miedo perderla —admito.

—Es normal, pero si no te arriesgas, ya la has perdido. Además, te arrepentirás toda tu vida. Lucha por lo que quieres y, si no sale bien, que no sea porque no lo intentaste con todas tus fuerzas.

—Quiero hacerlo.

—¿Pero?

—Sin peros. —Carraspeo y digo de forma contundente—: ¡Quiero hacerlo!

—Muy bien —celebra abrazándome—. Sobre todo, piensa que es un trabajo de fondo, no un *sprint*. Precipitarse puede desbaratar tus planes y asustarla, pero tampoco lo alargues de forma indefinida. Pon una fecha máxima.

—¿Lo tengo que decidir ahora? —bromeo ante su forma de mandarme tareas.

—No, ni siquiera tienes que decírmelo a mí. Es algo para ti, para obligarte a no procrastinar.

—Muy bien. Decidido entonces.

—¿Qué fecha te has puesto?

—¿No decías que no tenía por qué decírtelo?

—Era una forma de hablar, por supuesto que tengo que enterarme. Si no, ¿cómo sabremos que lo has cumplido?

—Está bien. El 1 de enero.

—En un mes. Optimista y decidido, así me gusta. Quiero que me mandes los progresos e iremos haciendo ajustes de las cosas que han funcionado y de las que no.

—Iremos no, esto lo tengo que hacer yo solo. Prométeme que no vas a meterte.

—Hermanito, eres un hombre de recursos, no me necesitas para nada. De todas formas, siempre está bien tener otra persona con la que hablar. Prometo solo ayudar.

—Me vale —digo abrazándola.

—Tendrás que lidiar con Marcos, prepárate.

—Que le den —escupo enfadado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta extrañada. Normal, he pasado demasiado tiempo escuchando a mi supuesto amigo.

—Que es imbécil. —Aitana asiente esperando más información—. Nos peleamos el otro día en el vestuario porque paso mucho tiempo con Lucía. Con ella tampoco se habla.

—No lo entiendo. Es decir, Marcos siempre ha sobreprotegido a Lucía, es una realidad. Sin embargo, cuando ha tenido pareja o estaba con alguien, solo hacía la advertencia de «si le haces daño, te mato». La obsesión que tiene con vuestra amistad roza lo absurdo.

—Siempre ha sido muy gallito, pero se le va la fuerza por la boca. No sé qué coño le pasa, pero no tengo por qué aguantar sus desplantes día sí y día también.

—No digo que los aguantes, faltaría más. Solo digo que normalmente solo se hace notar para que se sepa que está ahí, pero no va a más. Que se haya cabreado hasta el nivel de que no os habléis es nuevo.

—Está estresado con Alba encontrándose tan mal y la boda. De hecho, la última vez que hablamos de algo que no tenía que ver con su hermana, me dijo que se estaban planteando atrasarla.

—Quizá sea lo mejor. De todas formas, no debería pagarlo con vosotros.

—No, no debería. Juanma le dijo a Lucía que podría sentirse desplazado.

—No creo que sea eso, porque entonces os llenaría de planes. ¿O no te acuerdas de cuando se hizo el esguince, que nos hacía ir cada día a su casa?

—Lo había olvidado. —Sonrío al recordar su cara de pena para que no nos fuéramos—. Aun así, da igual cuál sea el motivo, se está portando mal y haciendo daño a personas que supuestamente quiere.

—Seguro que lo solucionaréis, pero ahora no es momento de hablar de eso, sino de dar tu primer paso con Lucía, ¿qué has pensado?

Hablamos un rato más antes de despedirnos e irnos cada uno a nuestra casa. Por suerte, esta tarde me libro de ir al pabellón, así que la paso pensando en cosas que podrían gustarle a Lucía y que me ayuden a conquistarla. En cierto momento recibo un mensaje de Marcos, pero lo ignoro. Se pueden ir a la mierda él y su advertencia, pienso ir a por Lucía, aunque me cueste mi amistad con él.



Lucía

Rocío lleva evitándome toda la semana, por lo que hacerle una encerrona no creo que sea la mejor de las ideas, pero necesito hablar con ella y que sepa que todo está bien. Mar se ha quedado custodiando la puerta del baño, así que aquí estoy, esperando a que salga del urinario, apoyada en la pila. Nada más salir, se asusta al verme, pero no tiene escapatoria.

—Tenemos que hablar —digo en voz baja.

—¿Ha pasado algo con algún padre o niño? —pregunta distraída lavándose las manos, pero la voz le tiembla.

—Sabes que no he venido a hablar de trabajo, sino de lo que pasó el sábado.

—Lo siento, no sé qué me pasó. No suelo ser así.

—Lo sé, por eso estoy aquí, para decirte que todo está bien. Puedes dejar de evitarme.

—No puedo —contesta cabizbaja—. Cada vez que te miro me muero de vergüenza.

—No eres la primera persona que se emborracha y hace algo de lo que se arrepiente al día siguiente. No pienso juzgarte por ello.

—Eres demasiado buena —dice negando con la cabeza—. Si a mí me hubieran potado todo el sofá, no estaría tan bien.

—No te equivoques, pienso pasarte la factura de la tintorería —bromeo—. Ahora en serio, todas nos hemos emborrachado alguna vez y dado la chapa a una amiga para acabar vomitando hasta la primera papilla. No hay nada de lo que avergonzarse.

—Gracias por sacarme de la discoteca antes de que nadie me viera en ese estado.

—Estaban demasiado distraídas con sus ligues como para darse cuenta. Además, estaba deseando salir de allí y mi cita de mentira me dejó tirada.

—¿Tu cita de mentira? ¡De eso no me enteré!

—Como de muchas otras cosas —me burlo—. Es un amigo con el que tengo un código secreto. Cuando vivía aquí y necesitábamos salir de una cita o una situación que no nos gustaba, nos enviábamos un mensaje e íbamos al rescate del otro. El sábado tuve que usarlo, pero no me salió bien.

—Entonces, de nada. —Hace una reverencia y nos reímos—. Siento haberte pegado la chapa con mis problemas.

—Para ser sincera, me preocupaba más que te ahogases con tu propio vomito. Si necesitas hablar, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias —dice abrazándose—. Y ahora, ¿puedo salir del baño?

—Por supuesto. —Abro la puerta y le hago un gesto a Mar para que sepa que todo está bien. Me da mi chaqueta y mi bolso y nos dirigimos a la salida.

—¿Hoy viene tu chico a buscarte? —pregunta Rocío al poco. Ni Mar ni yo contestamos—. Te lo preguntaba a ti, Lucía.

—Ah, perdona. Adri no es mi chico, solo un amigo. —Mira a Mar extrañada y esta se encoge de hombros—. ¿Qué?

—Nada, solo me parece raro que no haya algo entre vosotros. Tenéis una química brutal juntos.

—Ni lo intentes —interviene Mar—. Lleva con la cantinela de que solo son amigos todo el curso. El día que el chico se eche novia verás las risas. —Me paro en seco ante ese comentario y el corazón se me encoge. Respiro hondo antes de continuar y salir a la calle, donde me espera Adri. No quiero ni plantearme la opción, aunque sea inevitable saber que algún día pasará.

En cuanto lo veo, me quedo sin respiración. Está más guapo de lo normal, o puede que sea esa sonrisa de medio lado que me regala y que tanto me gusta. Lleva unos vaqueros desgastados, una camisa oscura y una chaqueta de cuero, va algo más arreglado de lo habitual. Y no sé si es eso o su mirada, pero me da la impresión de que algo ha cambiado en él, o puede que las palabras de Mar me hayan afectado más de lo que esperaba. Me ofrece su brazo y me engancha a él, como ya es costumbre entre nosotros, para dirigirnos a mi casa.

—Tengo una sorpresa para ti —suelta justo después de besar mi cabeza y lo miro ilusionada—. Ni lo intentes, no pienso contarte nada.

—No iba a preguntar —me quejo, aunque era justo lo que pensaba hacer.

—Mentirosa —susurra y le saco la lengua—. Un día te arrepentirás de sacarme tanto la lengua.

—O no —bromeo.

—O no —repite de forma enigmática, pero no dice nada más. Cuando llegamos al piso y dejo las cosas vuelve a hablar—: Tienes una hora de margen, aunque si acabas antes, no hay problema.

—¡Vaya! ¿Me vas a cronometrar? ¿Hay código de vestimenta? —pregunto riendo, empieza a ponerme nerviosa con tanto secretismo.

—No, puede servirte mi atuendo de referencia. Pero vamos, que si vas en chándal también estarás preciosa. —Asiento mientras me sonrojo y me dirijo a mi habitación a cambiarme y arreglarme. Estoy deseando saber qué ha preparado.

He tardado cincuenta minutos en estar lista, aunque me da la impresión de que si hubiera tardado el doble, no se hubiera quejado. Por la sonrisa que me ha regalado y la cara de aprobación que tenía, creo que he acertado al ponerme este vestido. Llevo desde que nos hemos montado en el coche intentando saber a dónde nos dirigimos, pero solo se ríe y me pide paciencia mientras conduce. Al poco, aparca y apaga el motor. Cuando miro por la ventana y veo dónde estamos, me giro para mirarlo. No entiendo nada.

—Esta es tu casa, ¿también tienes que cambiarte?

—No —dice bajándose. Viene corriendo a abrirme la puerta y ayudarme a bajar—. Es aquí donde está la sorpresa.

Me dirige hacia el interior de la vivienda, con una mano en la parte baja de mi espalda, y me doy cuenta de que es la primera vez que voy a estar dentro. Me contó que se la compró al poco de volver, pero que no se vino a vivir hasta pasado casi un año. De hecho, su madre no quería que se fuera. Una vez dentro, observo todo con curiosidad. Está decorado con muebles modernos y oscuros, con las paredes blancas, sin ningún cuadro. La entrada da paso a un gran distribuidor

con varias puertas donde se intuyen la cocina, el baño, un salón y dos habitaciones.

—Es bonita.

—Aún no te he enseñado nada. —Se ríe—. Mira, este es mi despacho. —La estancia es pequeña, con una gran ventana, un escritorio con dos pantallas y un sofá. Todo está recogido al milímetro, no como el caos que tengo yo en mi casa—. Esta es mi habitación —dice abriendo la puerta de al lado.

—¡Vaya! —exclamo al ver una cama enorme que ocupa todo el lugar. Se intuye un gran ventanal detrás de las cortinas y hay un armario en el lateral. En las mesitas no hay apenas nada fuera de sitio, solo un cargador de móvil suelto.

—Fue un capricho del que me arrepiento —me cuenta—. No suelo moverme mucho y me gusta dormir en mi lado de la cama, así que prácticamente no uso el resto.

—Siempre puedes adoptar una familia de cachorros y dormir todos juntos. Cabéis —bromeo volviendo al distribuidor. Me enseña el baño y vamos hacia la cocina—. ¿Está el horno encendido?

—Se está cocinando la cena, sí —contesta poniéndose delante—. Pero no puedes mirar lo que es. —Le saco la lengua y se ríe—. Es parte de la sorpresa.

—Que sepas cocinar es una sorpresa, sí.

—Sé cocinar y se me da bien. De hecho, me encanta hacerlo.

—Y ¿por qué hemos estado pagando tantas cenas fuera? —bromeo.

—No suelo traer a nadie aquí. De hecho, mis primos no han venido y mucho menos les he cocinado.

—Como lo hagas, no los sacas de tu casa.

—Lo sé. —Sonríe—. Aunque a ti no me importaría cocinarte todos los días —dice como si nada, como si lo que acabase de decir no hubiera llenado mi estómago de mariposas y mi corazón no hubiera dado un vuelco. Se acerca a la nevera, saca dos cervezas y me tiende una—. Vamos al salón.

No me pasa desapercibido que nuestras cervezas no son iguales, ha comprado la que más me gusta, aunque a él no le apasione. Cuando llegamos al salón y abre la puerta, suelto una carcajada al ver apilados un montón de juegos de mesa de cuando éramos adolescentes y otros más nuevos.

—Pensé que te gustaría jugar, pero te advierto que no pienso dejarte ganar.

—Te ganaré igualmente.

—No estés tan segura de eso —chulea riendo—. Venga, elige un juego para que pueda machacarte.

Me decanto por el Mastermind, que siempre me ha encantado. Jugamos varias partidas antes de cambiar al cuatro en raya, donde hace trampas y acaba ganando, así que volvemos a cambiar. Vamos cogiendo distintos juegos y descartando los que tienen partidas más largas o son más divertidos con más personas. En cierto momento mira su móvil y deja las cartas del Uno sobre la mesa.

—Hay que sacar la cena del horno, vamos.

—¿Tengo que ir? —me quejo mientras me levanto. En realidad tengo mucha curiosidad por saber qué ha preparado.

—Por supuesto. Te conozco lo suficiente como para saber que vas a mirar mis cartas en cuanto salga de aquí.

—Yo nunca haría eso —finjo indignación mientras lo acompaño a la cocina, porque realmente sí que lo haría—. ¿Puedo saber ya qué es?

—Ahora mismo lo vas a ver.

Se pone unas manoplas y saca la bandeja del horno, que deja sobre la vitrocerámica. Empieza a quitar el papel de aluminio y el olor a costillas nos envuelve justo cuando acaba.

—¡Qué buena pinta!

—Pareces sorprendida.

—Eso es bueno, ¿no? Esto era una sorpresa.

—Cierto. —Se ríe y coge un bote con una salsa marrón oscuro—. He recordado lo mucho que te gustaba la salsa barbacoa. Espero que esta también te guste, la he hecho yo.

—Seguro que está buenísima —susurro sonrojada, no solo porque haya hecho el esfuerzo de preparar él mismo la salsa, sino porque se acuerde. No la he comido en ninguna de nuestras cenas—. Gracias.

—Un placer —dice con una sonrisa mientras esparce la salsa con un pincel de silicona. Trastea en el horno y vuelve a meter la bandeja—. En diez minutos estarán listas, ¿acabamos la partida?

—Claro.

Vamos al salón y, por su sonrisa de medio lado, sé que voy a perder esta partida. Y así es, tira un +4 seguido de un +2, lo que me hace imposible remontar. Recojo todos los juegos mientras va a ver cómo va lo del horno y los dejo en la mesa auxiliar que está delante del sofá. Al ver que tarda, vuelvo a la cocina y observo desde la puerta cómo se maneja con soltura por ella. Me encantaría que todos los viernes de mi vida fueran así. La chica que acabe con Adri será muy afortunada.



Lucía

«No puedo hacerme ilusiones con Adri».
«No puedo hacerme ilusiones con Adri».
«No puedo hacerme ilusiones con Adri».

Sin embargo, por mucho que me lo repita, parece que mi cuerpo no quiere enterarse. El corazón me da un vuelco cada vez que me sonrío y las mariposas que viven en mi estómago salen a pasear cuando me llega una notificación al móvil, esperando que sea él. En la mayoría de los casos desde el viernes, lo es. El día que esta burbuja en la que vivo explote, voy a necesitar mucho tiempo para reponerme. Y, aun así, soy incapaz de alejarme. Me da la impresión de que llevo unos días viviendo lo más parecido a lo que sería tener una relación con él, o eso parece, y pienso disfrutarla hasta que se acabe. Por mucho que sepa que no habrá un final feliz, prefiero esta amistad que me confunde a no tenerlo en mi vida. Ya asumiré las consecuencias de esta decisión cuando toque.

La noche del viernes fue genial, después de la cena elegimos una película y la vimos en el sofá mientras comíamos pipas. Cuando se acabaron, pasó un brazo por mis hombros y me acurrucó sobre él después de taparme con una manta. Me hubiera quedado toda la noche ahí. Me regaló la salsa barbacoa que había sobrado, y que tanto me había gustado, y me llevó a casa. Incluso salió del coche para despedirse. Cuando llegó a la suya me mandó un mensaje de buenas noches y me dijo lo mucho que había disfrutado.

El sábado fuimos a cenar y a tomar algo con César y Maite. Pagó mi parte de la cena aprovechando que fui al baño y estuvimos discutiendo un rato sobre quién debía pagar las copas, hasta que César se cansó de escucharnos, nos recomendó que nos fuéramos a un hotel entre risas y las pagó para que pudiéramos irnos. Antes de salir a la calle, Adri cogió mi bufanda y me la colocó de forma que no pudiera tener frío en el cuello. Volvió a acompañarme hasta el portal. Incluso me dio la impresión de que se había acercado más a la comisura de mis labios al besarme para despedirse. Me dormí pensando que todo eran imaginaciones mías, aunque es difícil no dejarse llevar por la esperanza, sobre todo cuando el domingo, al bajar a la calle, me lo encontré dispuesto a llevarme a casa de mis padres para comer. Solo para eso, montamos en el coche, condujo hasta allí, se despidió y se fue. Suerte tuve de que Marcos llegase más tarde y no lo viera o hubiéramos discutido de nuevo.

No hemos llegado a hablar de nuestra discusión, creo que en el fondo ninguno de los dos

tiene ganas de seguir removiendo las cosas. No entiendo su empeño en separarnos con tanto ímpetu, pero tampoco tengo ganas de que me lo explique. Al menos la primera vez que nos vimos fue delante de nuestros padres y a ellos no les íbamos a contar nada o nos hubieran encerrado en una habitación sin comida ni agua hasta que habláramos. Odian vernos enfadados. Eso nos ayudó a comportarnos como los dos adultos que somos y a rebajar la tensión que hay. Además, ese día tenía una resaca considerable, le hubiera dado la razón en todo lo que me hubiera dicho con tal de no escucharlo. Alba sigue encontrándose mal, así que no ha aparecido en los entrenamientos de las niñas. Sé que no es un tema resuelto, solo aplazado, pero de momento me conformo con eso. Otra cosa más a la larga lista de temas de los que no me atrevo a hablar.

Ayer Adri me escribió cuando salí del trabajo y estuvimos casi toda la tarde enviándonos mensajes. Hoy ha pasado lo mismo, a excepción de cuando estaba entrenando, que ni yo he mirado el móvil ni él ha mandado nada. Al acabar, justo cuando iba a escribirle para tomarnos algo, me ha llegado un mensaje suyo diciendo que quedábamos a la salida de mi entrenamiento, que tenía cosas que hacer.

Así que aquí estoy, a punto de salir del pabellón para encontrarme con él, con un remolino de emociones internas difíciles de gestionar. Por un lado está la ilusión, que me empuja a lanzarme a la piscina con los ojos cerrados. Por otro, tengo la razón, que me dice que la piscina está vacía. Y como colofón, está la tercera en discordia, la esperanza, que me dice que igual la piscina está llena y este cambio de actitud por su parte es una señal para que me arriesgue. Aunque admito que la que más gana es el miedo, que me dice que si no hago nada, todo seguirá igual y podré disfrutarlo, pero que si doy un paso en falso, mi burbuja explotará, y estoy demasiado alta como para que no me afecte la caída. Agarro el asa de la mochila para infundirme valor y vuelvo a repetirme el dogma: «No puedo hacerme ilusiones con Adri» antes de empujar la puerta y encontrarlo sentado en el capó del coche con una sonrisa de medio lado. A la porra mis buenas intenciones, está guapo hasta con chándal. Voy directa a la puerta del copiloto, pero se adelanta. Me da un beso en la mejilla antes de abrirme la puerta y dirigirse a su asiento.

—¿Qué tal el día? —pregunta en cuanto arranca.

—Bien. Los niños están locos con la navidad. Hemos montado un calendario de adviento en la clase y cada día toca una actividad distinta. Hoy tocaba fiesta de confeti.

—Suenan divertido.

—Y lo ha sido, hasta que se han ido y nos ha tocado limpiar la clase. Mola más ser niño.

—Bueno, mañana es fiesta y tienes todo el puente, no puedes quejarte.

—¡Sí! Estoy deseando desactivar el despertador y dormir hasta tarde. —Se ríe de mi comentario, pero no dice nada más. Al poco, llegamos a mi casa y aparca, aunque no para el motor.

—Venga, a descansar, que lo estás deseando. —Me insta a salir del coche, así que abro la puerta extrañada por su cambio de actitud. Al final va a ser verdad que todo está en mi cabeza—. Por cierto, toma —dice entregándome una bolsa de plástico—. Te he comprado un bocadillo para cenar, así no tienes que prepararte nada.

—Gracias. —Le doy un beso en la mejilla, cojo mis cosas y bajo. En cuanto cierro la puerta, baja la ventanilla.

—Ah, se me olvidaba. Mañana paso a recogerte a las ocho de la mañana. Deberías hacer la maleta para tres días, no volveremos hasta el sábado. —Y con esas palabras, arranca y se va, dejándome boquiabierta en mitad de la calle. ¿Qué acaba de pasar?



No soy impuntual. Odio serlo, pero si la persona con la que quedas llega veinte minutos antes, es imposible estar lista. Y más cuando has tenido que hacer una maleta deprisa y corriendo porque te lo han dicho con menos de doce horas de antelación. Al menos no me ha pillado en pijama y me ha traído *minicroissants* de chocolate recién hechos.

—Siéntate a desayunar y luego acabas —me insta desde la mesa mientras yo doy vueltas por la casa para no dejarme nada—. Si te dejas algo, puedes comprarlo allí.

—Allí, ¿dónde?

—Donde vamos —contesta con una sonrisa de medio lado—. Y eso es todo lo que te voy a decir. Anda, ven, que necesitas fuerzas para aguantar el viaje.

—¿Tan lejos vamos?

—Puede que sí, puede que no.

—Te odio, lo sabes, ¿verdad? —bromeo mientras me siento y cojo un *croissant*.

—Si te lo cuento, no sería una sorpresa.

—Pero me ayudaría a preparar la maleta.

—Estarás preciosa con cualquier cosa que te pongas.

—Eso no funciona así. Y lo sabes.

—En mi maleta hay vaqueros, jerséis, una buena chaqueta y calzado cómodo. ¿Eso te ayuda?

—Más de lo que crees. —Sonrío y apuro el café—. Voy a acabar de preparar las cosas.

—No hay prisa. Por cierto, toma. —Me entrega un paquete envuelto en papel de seda rojo—. Te lo ha hecho Aitana.

Al desenvolverlo, me encuentro con una bufanda y unos guantes a juego con distintos tonos de verde haciendo un degradado. Son una pasada.

—Dale las gracias de mi parte, me encantan.

—Se lo diré, pero no ahora o me matará por despertarla.

—Puedo entenderla —bromeo mientras me dirijo a mi habitación. Saco las cosas que considero que no voy a necesitar y meto el neceser. Repaso que no me falte nada y cierro la maleta—. ¡Lista! —digo nada más llegar al salón, pero Adri no está y lo oigo trastear en la cocina.

—Acabo de fregar esto y nos vamos —dice en cuanto entro en su campo de visión—. ¿Lo llevas todo?

—Eso creo.

—Perfecto.

Se seca las manos, coge la chaqueta, mi maleta y espera hasta que acabe de revisar que esté todo cerrado para bajar hacia el coche. Nos montamos y arranca sin poner el GPS, por lo que sigo sin saber a dónde nos dirigimos. Tampoco es que me importe, estoy demasiado nerviosa e ilusionada por pasar tres días con él como para que el destino sea un problema.

—¿Nerviosa? —pregunta poniendo su mano en mi pierna y dejándola ahí, justo cuando salimos de Baza.

—¿Debería? —bromeo.

—Espero que no. Creo que te gustará el sitio.

—Seguro que sí. ¿Cómo sabías que tenía puente? No recuerdo habértelo dicho.

—Soy un hombre de recursos —dice alzando las cejas y se ríe—. ¿Cómo hacéis con el calendario de adviento los días que no hay cole?

—¿Estás cambiando de tema para que no pregunte por el destino?

—Puede. ¿Funciona?

—Un poco, sí.

—Entonces, contesta a mi pregunta y déjame el camino a mí.

—Está bien.

Empiezo a explicarle cómo lo hacemos y las distintas actividades que hemos preparado para los niños este diciembre. Para cuando me quiero dar cuenta, ha pasado una hora y Adri para el coche.

—Este es nuestro hotel. —El corazón me da un vuelco al pensar en dormir con Adri, estaba tan nerviosa por preparar las cosas que ni lo había pensado—. He reservado dos habitaciones —dice ajeno a mi turbación—. No podemos entrar aún, pero tengo entradas para la Alhambra, por eso quería salir tan pronto. ¿Te apetece?

—¡Claro! —exclamo saliendo del coche. Cuando lo tengo delante, lo abrazo con fuerza. Granada, vamos a pasar tres días en Granada y solos. No quiero que llegue el sábado. Y, al mismo tiempo, mis emociones no paran de darme distintas respuestas a la pregunta que no me quito de la cabeza: «¿por qué estás haciendo todo esto, Adri?».



Lucía

Menos mal que para volver al hotel es todo cuesta abajo y Adri me ha prometido que cogeremos un taxi, porque tengo los pies destrozados. Después de toda la mañana en la Alhambra, hemos ido a comer unos pinchos y a hacer el *check in* del hotel. Cuando hemos dejado las cosas en nuestras habitaciones, una al lado de la otra, nos hemos ido a la calle de las teterías y nos hemos tomado un té con pastas antes de subir al mirador para contemplar el atardecer sobre la Alhambra. Simplemente espectacular.

Adri me tiene abrazada desde atrás con la barbilla apoyada en mi cabeza y su cuerpo pegado al mío. Ahora que el sol ya se ha ido, cierro los ojos para disfrutar de la calidez que me aporta su abrazo antes de que me suelte para irnos a cenar y descansar. Y eso hago hasta que unas manos pequeñas en mi rodilla me traen de vuelta. Bajo la vista hacia una niña rubia con dos coletas que se esconde entre nuestras piernas y miro a Adri, que sonrío con cariño. Bajo para estar a su altura antes de hablarle:

—Hola, ¿buscas a alguien?

—No, me escondo. Estoy jugando al escondite. —Visualiza a la niña o niño que la busca, da un respingo seguido de una risa y se coge de los vaqueros de Adri para que no la vean. Lo observo desde abajo y se encoge de hombros mientras busca con la mirada a los otros integrantes del juego.

—Laura, dime que no estás jugando al escondite con mi hija en un lugar lleno de gente, por favor. —La voz de una mujer notablemente cansada de repetir las mismas palabras una y otra vez nos llega en ese momento y me fijo en dos mujeres que están hablando cerca de nosotros, una morena y otra rubia, esta última con un bebé en la mochila de porteo. Esperaba que la tal Laura fuera una niña más mayor, no una mujer.

—¡Venga, Row! La pobre ha aguantado todo el día visitando la ciudad, se merece jugar, joder.

—En un parque, no aquí. ¿Al menos sabes dónde está?

—Sí, entre las piernas de esa pareja —suelta riendo y nos señala con la barbilla. La otra mujer la reprende con la mirada y rueda los ojos—. ¡Ya voy!

Viene hacia nosotros, en un ángulo en que la niña no puede verla, y le da un susto por detrás, lo que provoca que la niña se ría a carcajadas. La coge en brazos y se van las dos riendo como si no hubiera pasado nada.

—Lo siento —nos dice la que parece la madre—. A veces es peor la tía que la niña.

—No pasa nada —le resto importancia y se despide con la mano para reunirse con más gente en una de las esquinas de la plaza.

—Acabo de tener una visión de cómo será el futuro con Aitana como tía de mis hijos —suelta Adri al poco, mirando como la niña corre alrededor del grupo de adultos, seguida por la misma mujer con la que jugaba—. Da miedo.

—Tu hermana adorará a sus sobrinos y lo sabes —digo empezando a andar para bajar a cenar. Me ofrece su brazo para que me coja.

—No digo que no, pero los va a consentir y dejar hacer lo que quieran.

—Para eso estamos las tías. Pienso malcriar a mi sobrina todo lo que pueda y más. ¿O tú no vas a hacer lo mismo con la hija de Marcos y Alba?

—Bueno, no sé si tu hermano me dejará acercarme —escupe enfadado—. Igual también le molesta que esté a menos de cinco metros de distancia.

—Lo siento, no quería sacar el tema.

—No, perdona —dice con una sonrisa—. Es que aún no hemos hablado y sigo enfadado. Pero no es el momento de hablar de tu hermano, he pensado un plan que te encantará para cenar.

—Y ¿me lo vas a contar?

—No, pero estoy seguro de que lo adorarás.

Y tanto que lo hago. Su plan ha sido coger un par de hamburguesas en el bar de al lado del hotel y subirlas a la habitación para comerlas viendo una película en pijama. Ha puesto *V de Vendetta* y nos las hemos comido en una mesa de escritorio que tiene en su habitación. Cuando hemos acabado, nos hemos sentado en la cama y me ha acurrucado contra su pecho lo que quedaba de peli. Justo antes de acabar, me he quedado dormida.



—Buenos días, preciosa. —Noto una caricia en la mejilla y sonrío de forma automática—. Es hora de despertarse. —Doy un salto y me incorporo cuando me percató de que es la voz de Adri y recuerdo que me dormí en su cama.

—¡Me he quedado dormida! —Suelta una carcajada y niega con la cabeza mientras se levanta de la cama, donde estaba sentado—. No te rías.

—Has dormido casi once horas. Es gracioso que te despiertes como si acabaras de cerrar los ojos.

—¡¿Cuánto he dormido?! —exclamo—. Espera, ¿hemos dormido juntos?

—Sí. No pensaba irme a tu habitación a dormir sin preguntar —se burla y lo fulmino con la mirada—. Estabas cansada y te dormiste, no pasa nada. Pensé que igual te despertarías al moverte para tumbarte en la cama, pero solo soltaste un suspiro de estar en la gloria. Me tumbé a tu lado y te imité. Lo que pasó después de eso es secreto de sumario.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapo la cara con las manos, me estoy muriendo de vergüenza. La primera vez que duermo con Adri y ni siquiera me entero—. ¿Qué he hecho?

—Nada. —Se ríe y viene a darme un beso en la frente—. Solo me has abrazado. Si lo llego a saber antes, cojo solo una habitación para dormir. Da gusto que te mimen de noche.

—No te burles.

—No lo hago. Hablo en serio. —Me coge de la barbilla y me alza la cabeza para que lo mire—. Me ha encantado dormir a tu lado, y estaré encantado de repetirlo siempre que quieras. —Me da otro beso en la frente, más largo que el anterior. Se dirige a la ventana para subir las persianas y un sol de justicia me deja ciega unos segundos. Cuando vuelvo a ver, me fijo en que está

duchado y vestido, y que hay comida en el escritorio. El estómago me ruge.

—Adri... —Empiezo la pregunta que me muero de miedo por hacer, pero creo que es necesaria después de sus palabras.

—Lo que tengas que decir, luego. He pedido que nos suban el desayuno y no quiero que se enfríe.

Sonrío, asiento y me dirijo al baño. Respiro hondo varias veces y valoro mis opciones: puedo darle vueltas al porqué está haciendo todo esto, preguntarle o simplemente disfrutarlo y ver a dónde nos lleva. Después de varios minutos mirando las baldosas del baño, tomo una decisión: voy a disfrutarlo. Quién sabe, quizá no sea tan descabellado pensar que un final feliz es posible. Al salir, lo hago con la energía renovada y le regalo una sonrisa de oreja a oreja, que me devuelve. Tiene preparada una taza de café, tal y como me gusta, y varias pastas que tienen una pinta increíble, así que me siento a su lado a desayunar. Damos buena cuenta del desayuno y quedamos una hora después en el vestíbulo. Este segundo día es más tranquilo y visitamos la ciudad sin prisas, incluso nos cruzamos de nuevo con la niña rubia que ayer se escondió en nuestras piernas. Volvemos a subir al mirador para contemplar el atardecer abrazados y bajamos para recorrer las calles de noche con la iluminación navideña.

—Tengo una sorpresa para ti —suelto llegado el momento, poniéndome delante de él—. Y no, no pienso decirte lo que es, tendrás que fiarte de mí.

—¡Vaya! Esto sí que no lo esperaba —dice con una sonrisa, colocando un mechón de mi pelo detrás de la oreja y ajustando la bufanda para que quede bien cerrada—. Tú dirás, preciosa. Yo voy donde me digas.

Le cojo de la mano para guiarlo y entrelaza sus dedos con los míos. Dos calles después, llegamos al restaurante en el que he reservado para cenar y que estaba número uno en varias webs especializadas. Doy mi nombre para confirmar la reserva y nos llevan a una mesa al lado de la cristalera desde la que se puede contemplar la plaza a la que da el local y todas las luces navideñas. Miro al interior, donde todas las mesas son de dos personas y la luz está bastante tenue.

—No esperaba que fuera tan romántico —tanteo. Sabía perfectamente cómo era por las fotos de internet, pero no sé si le habrá parecido bien o no.

—A mí me parece perfecto —contesta sonriendo. En ese momento, toda la convicción que he tenido durante el día se rompe y estoy tentada a preguntarle por qué está haciendo todo esto. Cuando voy a coger aire para hablar, llega el camarero para tomarnos nota. En el fondo lo agradezco, nos queda un día más aquí y, depende de lo que responda, no sé si seré capaz de volver a mirarlo a la cara. Recuerdo a mi abuela y sus palabras: «No hagas preguntas cuyas respuestas no estés dispuesta a asumir».

Adri

Lucía teclea como una loca en su móvil mientras volvemos de Granada, donde he pasado los mejores tres días de mi vida. Cuando planeé este viaje no esperaba que ella aceptase, y mucho menos que lo hiciera sin casi preguntas. Claro que cuando la he visto dudar, he cambiado de tema para que no lo hiciera. Aún no estoy preparado para declararme, necesito tener la certeza de que le he demostrado que estamos hechos el uno para el otro antes de abrirle mi corazón. En cuanto deja el móvil a un lado, suspira.

—¿Todo bien?

—Sí, pero había olvidado que había quedado con mis compañeras de curso para cenar esta noche y había quedado con Rocío también, así que he tenido que unir los dos planes. Menos mal que no se llevan mal con la directora o hubiera sido un corte.

—Y ¿cuál es el plan? —baluceo. La directora es la chica con la que salió de la discoteca el otro día. ¿Estará empezando una relación con ella?

—Cenar y tomar algo. Rocío necesita salir y despejarse, lo está pasando muy mal. —Me quedo callado ante esa revelación, pero no digo nada. Sigo teniendo un nudo en la garganta que me impide emitir una palabra. Lucía, ajena a ello, sigue hablando—: Su pareja la ha dejado después de diez años y no lo está llevando bien. De hecho, en la fiesta de navidad se pasó bebiendo y acabó vomitando en mi sofá.

—¿En serio? —Me atrevo a preguntar.

—Me la tuve que llevar de la discoteca para que no hiciera ninguna tontería. Juanma vino a salvarme del intento de mis compañeras para que no acabase la noche sola, pero salió mal. —Pone una sonrisa pícara, pero no me atrevo a preguntar—. El caso es que Rocío empezó a bailar conmigo y, en el momento que empezó a autoflagelarse, la saqué de allí. Al final pasé la noche acompañada, pero no creo que fuera como esperaban mis compañeras.

—Eres una gran amiga —comento con una sonrisa algo más amplia de lo que debería por la historia que me ha contado, pero con la sensación de haberme quitado un peso de encima. Cambio de tema a otro que, aunque sé la respuesta, sería la pregunta que haría si no hubiera estado allí—. ¿Por qué mi primo no te salvó? No es propio de él.

—Oh, porque se fue con mi compañera, Mar. Creo que tienen un lío.

—¿Mi primo está liado con alguien? Eso tengo que verlo.



Aguento la risa mientras veo como Aitana resiste como una campeona para no preguntarme cómo ha ido en Granada. Mi madre está especialmente habladora hoy y mi padre no para de mirarnos y reírse por lo bajo. Creo que mi hermana no había comido tan rápido en su vida.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunta mi madre y Aitana la mira extrañada—. Estás comiendo con ansiedad. ¿Te han vuelto a dejar?

—Gracias, mamá, por pensar que todo en mi vida gira en torno a una polla.

—¡Aitana! —Mi madre se escandaliza mientras mi padre y yo nos reímos a carcajadas, incapaces de aguantar más.

—Aitana ha comido tan deprisa porque tenemos que irnos, ¿verdad, hermanita?

—Exacto. Y ya sabes que no podemos dejarnos nada en el plato. Es de mala educación. —Mi hermana me guiña un ojo y nos levantamos.

—¿A dónde vais a estas horas?

—Aitana va a ayudarme a decorar mi despacho para navidad.

—¡Oh, mierda! —se queja mi hermana y me río. Consecuencias de ser una cotilla—. Tendría que preguntar antes de decir que sí.

—Esa podría ser una buena filosofía de vida, hija —se burla mi padre y mi madre asiente dándole la razón.

—Nos vamos —sentencia Aitana y me arrastra hasta la puerta—. ¡Adiós!

Cuando veo que va a entrar en mi coche y que es probable que me rompa la maneta hasta que lo abra, la freno, la abrazo por los hombros y empiezo a andar.

—¿De verdad pensabas que te iba a torturar de esa forma? Lo he dicho para poder irnos.

—Menos mal —dice dándome un beso en la mejilla—. Que te hubiera ayudado, pero, mientras, te hubiera odiado mucho.

—Lo sé. —Llegamos a la cafetería y nos sentamos en una mesa lo más apartados posible. Pedimos un par de cafés y Aitana me mira con ilusión para que empiece a hablar—. Ha ido genial.

—Mira que eres soso. —Rueda los ojos mientras niega con la cabeza—. ¿Qué habéis hecho? ¿Cómo se tomó que fuerais de viaje? ¿Os habéis besado? ¡Cuéntamelo todo! —Sonrío con malicia para torturarla un poco más y me gano una patada por debajo de la mesa.

—No le di opción a decir que no venía. El martes le solté desde la ventanilla del coche que la pasaba a recoger al día siguiente a las ocho y que hiciera la maleta para tres días.

—Seguro que murió de amor —ironiza—. ¿Desde la ventanilla del coche? ¿En serio, hermanito? Tenía mejor concepto de ti.

—Me hubiera preguntado y hubiera acabado explicándole todo. Estaba hecho un flan, fue lo único que se me ocurrió para poder salir corriendo. Al día siguiente, como no había podido dormir, aparecí antes por si tenía que convencerla, pero lo tenía todo preparado.

—Y ¿no te ha preguntado por qué haces todo esto?

—No, aunque lo intentó un par de veces, desvié el tema.

—¿Por qué? —pregunta extrañada.

—Porque no puedo decirle de golpe que quiero estar con ella. Primero tengo que enamorarla, tengo que demostrarle que lo nuestro es posible, que siempre fue ella, y entonces, soltar la bomba cuando tenga claro que no va a decirme que no.

—Vale —dice bebiendo de su café. La conozco lo suficiente como para saber que se está callando algo.

—¿Qué?

—Nada, Adri. Es solo que entiendo tu punto, pero te la has llevado de viaje. Has empezado

por todo lo alto. ¿Qué vas a hacer después? ¿Llevarla a Las Bahamas con la boda preparada?

—Cabrona. —La fulmino con la mirada por la pulla innecesaria y me hace un gesto para que siga explicando el viaje—. Fuimos a la Alhambra y visitamos la ciudad. También fuimos a ver el atardecer y dormimos juntos una noche. Todo normal.

—¿Qué?! —exclama y sonrío por mi venganza—. No me hagas sacarte la información, anda.

—¿Está bien! Estaba cansada, pero le propuse ver una película en mi habitación, a lo que accedió. Llevé preparada *V de Vendetta*, su favorita, pero se quedó dormida un poco antes de que acabase. Y como soy un egoísta, esperé a que estuviera profundamente dormida para quitarla de encima de mí y tumbarla en la cama. Me acosté a su lado y disfruté del momento. —No le explico que Lucía me buscó en la cama y me abrazó. Ni que volvió a llamarme «mi príncipe», aunque esto igual era a la persona con la que soñaba en ese momento. Ni que casi no dormí por culpa de la erección que su roce me provocaba y que me obligó a salir de la cama antes que ella para que no la viera, por mucho que esa decisión me costase más de una hora porque no quería separarme de ella.

—¿No te mató al día siguiente?

—No.

—Eres un cabrón con suerte, hermanito.

—Lo sé. La noche siguiente me invitó a cenar por sorpresa.

—¿Estás seguro de que vas a esperar? Yo creo que la tienes ya convencida, eh.

—Prefiero no arriesgarme, tengo un plan para declararme en fin de año.

—¿Cuéntame más! —pide apoyando los codos en la mesa y cogiéndose la cara.

—Me he compinchado con César para decir que vamos juntos a cenar y luego a una fiesta, pero cada uno iremos a un sitio distinto.

—Estoy muy orgullosa, te lo estás currando un montón.

—Solo espero que no me rechace. La verdad es que eso me aterra —admito.

—Es una posibilidad. Pequeña, casi inexistente por lo que me estás contando, pero puede pasar. No está mal tener miedo, lo que no puedes hacer es paralizarte por su culpa. Hazlo, con miedo, pero hazlo.

—Me acabas de recordar a la abuela.

—Es el mayor piropo que me han hecho nunca —dice con una sonrisa de oreja a oreja y con la cara iluminada por la felicidad que le han provocado mis palabras.

—¿De verdad crees que las posibilidades de que me rechace son tan bajas?

—Adri, se ha ido de viaje contigo sin ni siquiera preguntar por qué. Para mí es blanco y en botella, pero no estoy en la mente de Lucía, solo puedo hablar desde lo que yo haría en la misma situación.

—Gracias. —Aprieto su mano por encima de la mesa y me sonrío—. Por cierto, llevó la bufanda y los guantes todo el viaje.

—¿Se dio cuenta de que iba a juego con la tuya?

—Si lo hizo, no dijo nada.

—Lástima. ¿Subisteis a Sierra Nevada?

—¿Qué va! Miramos por las cámaras en directo y estaba lleno de gente. Ya iremos.

—Siempre puedes llevarla este fin de semana —dice alzando las cejas.

—No, tenemos partido. Pero en las vacaciones de navidad sí que podemos escaparnos un día.

—Total, llevarla a la nieve es más suave que un viaje —se burla.

—¡La idea del viaje fue tuya!

—¡Para que te declararas, no para enamorarla! El viaje es el último paso, no el primero. Lo has hecho al revés.

—No especificaste.

—No lo vi necesario, la verdad. Se supone que tú eres el listo.

—Fue genial estar tantos días con ella sabiendo que no tenía que irse y que solo estábamos los dos.

—Y sin Marcos —bromea, pero cambia la expresión al ver que no me río—. ¿No has hablado con él?

—Y ¿qué quieres que le diga, que voy a ir a por su hermana le guste o no?

—Por ejemplo.

—No, porque Lucía se enterará. Ya hablaré con él cuando toque, ahora mismo no es mi prioridad.

—Me sabe fatal veros así —dice con pena—. No entiendo a Marcos.

—Ni tú ni nadie. Cristo ha intentado hablar con él, pero está cerrado en banda.

—Entonces habrá que dejarlo solo dándose golpes contra la pared, pero me da mucha pena.

—Ya, bueno, es lo que hay —contesto evitando hablar más del tema, porque a mí no me da pena, me da rabia que piense que no me merezco a su hermana. Porque puede que haya otros mejores que yo, pero ninguno la va a querer como lo hago yo, de eso estoy seguro.

Adri

Una de las cosas que más me llama la atención de venir a buscar a Lucía al trabajo son las miradas que le dedican sus compañeras cuando me ven. No a mí, a ella. Incluso en alguna ocasión la han hecho sonrojarse. Hoy están especialmente emocionadas, supongo que porque es miércoles y no viernes, como es habitual. Una chica morena con el pelo rizado que suele salir con ella, Mar creo que se llama, nada más verme ha vuelto a entrar, imagino que para avisar a Lucía.

Salen las dos juntas y la chica sonrío de medio lado a Lucía mientras me señala con la cabeza. Nada más reparar en mí, se sonroja y fulmina con la mirada a la compañera, que se va riendo a carcajadas. Lucía se acerca y me da un beso en la mejilla antes de hablar:

—Sabes que hoy es miércoles, ¿verdad?

—Claro. —Le ofrezco mi brazo, del que se coge, pegando su cuerpo al mío—. Pero tengo una sorpresa para ti.

—¿Otra? —dice riendo nerviosa—. ¿Te pareció poco el viaje a Granada?

—Bueno, igual estoy creando demasiada expectativa. Te he comprado una cosa.

—Y ¿qué es? —pregunta ilusionada, pero cambia la expresión a una de resignación—. No sé por qué me esfuerzo, no me lo vas a decir.

—Vas aprendiendo, pequeña. —Beso su cabeza y me acerco al maletero de mi coche para sacar una caja rectangular—. Es esto, pero no lo puedes abrir hasta que subamos a tu casa.

—Ya estás tardando —dice yendo deprisa hacia el portal.

Subimos y deja las cosas en la entrada para ir al salón. Me observa mientras da palmadas como una niña pequeña y le doy la caja sonriendo. La abre, pero no entiende nada, así que me mira esperando una explicación.

—No puedo hacer que tengas chimenea en tu casa sin pedirte que te vengas a vivir conmigo —comento disimulando lo mucho que me gusta la idea—. Así que te he comprado una de cartón.

—¿Es una chimenea?! —exclama ilusionada y empieza a sacar piezas de cartón hasta que da con las instrucciones—. Venga, siéntate conmigo aquí y vamos a montarla. ¿Cómo empezamos?

—Tú sabrás, eres la experta en manualidades.

—Y tú el ingeniero.

—Estas cosas no se enseñan en la carrera.

—Pues muy mal —se burla—. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar montar una chimenea.

—Anda, dame las instrucciones y empezamos.



—Está al revés —dice Lucía mirando el cartón que simula la pared media hora después—. ¿Estás seguro de que me has indicado bien?

—No estoy seguro de entender las instrucciones.

—Anda, dame —me exige cogiendo el papel—. No puede ser tan difícil.



Al final nos ha costado la misma vida montar la chimenea. Hemos tenido que desmontarla tres veces porque no hemos conseguido entender las instrucciones. De hecho, la hemos acabado montando a ojo. Sin embargo, ha valido la pena solo por ver su cara de ilusión cuando la hemos alzado del suelo y puesto en la pared.

—Solo faltan los calcetines —bromea y saco un paquete que he escondido en la mochila para entregárselo—. ¡Será verdad!

Al desempaquetarlo, ve los dos calcetines que ha hecho Aitana con nuestras iniciales y se le ilumina la cara. Le doy dos enganches para ponerlos en la repisa de la chimenea y poder colgarlos.

—Has pensado en todo —comenta sonrojada mientras los engancha con cuidado para no tirar la chimenea, que se tambalea con el movimiento—. Si se desmonta, paso de volver a montarla, prefiero mudarme contigo.

—Cuando quieras —suelto y meto las manos en los bolsillos para no alzarla sobre mí y llevármela como un cavernícola o tirar la chimenea cuando ella no mire—. Allí hay dos calcetines más. Bueno, tres, Aitana se ha hecho uno para ella, a ver si cae un regalo.

—Chica lista. —Se levanta y contempla la obra de arte que hemos tardado casi tres horas en montar. Hubiera tardado menos en hacer un agujero para poner una de verdad. La abrazo desde atrás y beso su cabeza. Me da una palmada en el brazo y se separa—. Voy a preparar la cena.

—Te ayudo.

—No, mejor recoge aquí para no matarnos. Tardo poco, tampoco esperes algo muy sofisticado.

Asiento mientras veo como sale del salón y hago lo que me ha pedido. Aprovecho para despejar la mesa y voy a coger los cubiertos. Al entrar a la cocina, está llorando mientras corta una cebolla.

—No dejes que te afecte —bromeo.

—¿Qué? —pregunta sorbiendo por la nariz y con los ojos rojos. Cojo un papel de cocina, lo mojo y se lo pongo en los ojos para aliviarla—. Gracias.

—Un placer. ¿Sabes que hay gente que se pone gafas de piscina para que no le piquen los ojos?

—¿En serio? —pregunta mirándome extrañada y acaba de cortar el último trozo de cebolla—. Prefiero llorar.

—En tu casa nadie te va a ver con esas pintas.

—No, pero se ve fatal con esas gafas, seguro que me acabaría cortando. —Empieza a mezclar cosas en el bol donde ha puesto la cebolla y me asomo a mirar qué está preparando—. ¡Fuera!

—¿No me vas a dejar ver?

—Es una sorpresa —se burla sacándome la lengua.

—Un día te vas a arrepentir de...

—Bla, bla, bla —me interrumpe—. Siempre lo dices, pero nunca haces nada. Perro ladrador, poco mordedor.

Niego con la cabeza y empiezo a salir de la cocina para girarme de golpe y fingir que voy a por ella, lo que le hace dar un bote del susto. Vuelve a echarme y esta vez le hago caso. Cuando empieza a sacar cosas, la ayudo a ponerlo todo en la mesa y nos sentamos a cenar juntos. Al acabar, recogemos y me voy a mi casa. Cada vez que nos separamos me cuesta más no confesarle que estoy loco por ella.



Lucía

Me sabe mal que Alba esté pasando un embarazo tan malo, pero la verdad es que me he alegrado de que Marcos no se haya quedado a cenar después del partido. De hecho, ella ni siquiera ha venido a verlo, así que he estado de charla con Maite casi todo el rato. He aprovechado para contarle todo lo que estoy viviendo con Adri, lo ilusionada y confundida que estoy, y que voy a disfrutarlo mientras dure. Me ha dicho que estaba muy orgullosa y que cree que su primo lleva tiempo enamorado de mí. Es la primera vez que me dice algo así y no lo niego de forma rotunda.

—Recordad que del veintiséis al veintinueve son los campeonatos —dice Adri a modo de despedida al grupo que ha decidido no quedarse a cenar—. Y que todos estamos suscritos a la San Silvestre el día treinta y uno.

Se oyen varias quejas mientras nos dirigimos al restaurante y me siento, como ya es costumbre, entre Adri y Maite.

—Así que te toca currar en tus vacaciones de navidad —comenta Maite riendo—. Eres una pringada.

—Me apetece, voy a estar con mis niñas. Además, Mar también vendrá con algunos chicos de la asociación y quiero que se conozcan.

—¿Mar es la chica que trae de cabeza a Juanma? —pregunta César.

—Sí —contesta Maite—. Entre mi madre y él no sabría decir quién está más tonto de los dos.

—¿Ya sabemos con quién está saliendo tu madre?

—Es un secreto —ironiza César—. Nadie lo sabe, se ocultan superbién.

—¿Y eso? —pregunta Adri, uniéndose a la conversación—. ¿Qué ha hecho mi tía ahora?

—Tu tía es tonta —dice Maite—. Porque si no quiere que sus hijos se enteren de con quién está saliendo, debería echarlo de casa antes de que lleguemos a comer el domingo.

—O borrar las fotos del móvil antes de enseñaros otra —se burla César, y Maite se lleva una mano a la cara—. Esa fue buena.

—Y ¿por qué no le decís que lo sabéis y ya está? —pregunto.

—Fer se lo ha dicho y dice que no sabe de qué habla —comenta Maite exasperada—. Yo paso, bastante tengo con lo mío como para preocuparme también por ella.

César pone una mano en el muslo de mi amiga y le da un beso en la mejilla. Se ponen a hablar entre susurros y me giro hacia el otro lado para darles intimidad.

—Están diciendo de ir luego a La Pérgola, ¿te apetece? —me pregunta Adri al oído.

—¡Claro! ¿A ti te apetece?

—Siempre que tú vayas, sí —contesta con una sonrisa de medio lado que me hace sonrojar.

—¿Qué os habéis pedido para navidad, chicos? —Cristo parece un niño ante la pregunta y rompe el momento entre Adri y yo—. Yo he pedido un alquiler que pueda pagar.

—Papá Noel hace magia, pero no tanta —se mofa Maite.

—¿Vas a irte de casa de tus padres? —pregunta César con una sonrisa burlona—. ¿Qué ha sido de tu lema de vivir de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos?

—Se fue a la mierda cuando mi padre me dijo que ya debería estar casado y con hijos y me di cuenta que no estaba hecho para tener zagales a mi cargo.

—En mi opinión, nadie que no quiera tener hijos debería tenerlos —comento riendo—. Así que, Cristo, por favor, no los tengas.

—No, no, no tengo intención.

—No se va a perder nada importante —bromea César, y Cristo le contesta con una mueca burlona—. Yo le he pedido a Maite volver a casa. Si quieres, cuando me conteste hablo con mi casero.

—Gracias —contesta Cristo algo tenso mirando a Maite, que le esquivo la mirada—. ¿Y tú qué has pedido, Maite?

—Un día de Navidad sin sobresaltos —dice con una sonrisa preocupada—. ¿Crees que lo conseguiré, primo?

—A ver, mi madre no ha vuelto a hablar de Felipe desde que Aitana dijo lo de la anulación matrimonial, por lo que, por ese lado, parece que estamos a salvo. Pero mi padre quiere mudarse y creo que se ha compinchado con tu madre para insistir ese día. Así que no, no creo que lo consigamos.

—Entonces igual mi aparición a la hora del café no ayuda —comenta César y me atraganto con el agua que estaba bebiendo—. Lucía, no te mueras. Vente tú también.

—Ya tengo suficiente drama en mi casa, gracias —ironizo.

—¿Qué has pedido tú? —pregunta Adri.

—Un coche —digo riendo—. Mi padre ya me ha dicho que si cae, no volveré a tener regalo en años.

—Dile que de juguete no vale —bromea Cristo—. ¿Y tú, Adri?

—Yo se lo he pedido a los Reyes, pero espero que llegue antes —contesta de forma enigmática, pero no añade nada más. Cuando Cristo va a preguntar, César se adelanta cambiando totalmente de tema:

—¿Al final vamos a hacer amigo invisible para la cena del veintinueve o no?

Empiezan a discutir sobre si hacer amigo o enemigo invisible y nos olvidamos de las peticiones a Papá Noel o Reyes. La verdad, no sé cómo puede estar ganando el enemigo, ¿quién quiere hacer un regalo para molestar al otro? Seguimos hablando de planes navideños, quejas por el trabajo extra de estos días y apuestas sobre quién será el más lento en la San Silvestre. Cuando llegamos a La Pérgola hemos perdido a la mitad del grupo y quedamos muy pocos. Allí nos encontramos con Óscar y Fer, que se unen a nosotros.

—¿Y Juanma? —pregunto cuando han acabado de saludar a todos.

—Pregúntale a tu compañera de curro, últimamente no se le ve el pelo —contesta Óscar con una sonrisa.

—Al menos ya no tiene esa cara de *desaborío* de hace unas semanas —comenta Fer.

—No, tiene cara de idiota enamorado —se burla Maite riendo.

—Como tú, ¿dices? —la pica Óscar y Maite le saca el dedo del medio, aunque no me pasa desapercibida la sonrisa de César ante el comentario de su cuñado—. ¿Cómo ha ido el partido?

—Ni idea —admite Maite encogiéndose de hombros—. Me he pasado todo el rato hablando con Lucía.

—Así que no has estado atenta, muy mal —me susurra de repente Adri desde atrás, lo que me provoca un escalofrío—. Yo esforzándome para jugar bien porque vienes a verme y tú ignorándome. Está feo eso.

—He estado atenta, además de cotillear con Maite —contesto girándome para mirarlo—. Soy capaz de hacer las dos cosas a la vez.

—Tú eres capaz de muchas cosas, preciosa —susurra pegando su cuerpo al mío y rozando su nariz con mi oreja. Toda la piel de mi cuerpo se eriza y mi mano se mueve sola hasta su cintura, donde agarra el jersey con fuerza—. ¿Bailamos?

—Sí. —Mi voz apenas se oye con el sonido de los latidos de mi corazón.

Adri coge mi mano y nos dirige hacia la pista. Si alguien más nos sigue, lo desconozco, solo tengo ojos para el chico que me sonríe de medio lado justo enfrente de mí. Da un paso con el que borra la distancia que nos separa y agarra mis caderas en el momento en que los acordes de una canción que conozco muy bien empiezan a sonar.

—La he pedido yo —admite moviéndose al compás de la música mientras empieza a cantarme al oído—: «Tengo una sonrisa en la mirada. Y hace tiempo que te quiero aquí a mi lado, aquí en mi casa».

Me pierdo en sus caricias, que me llegan a través del jersey fino que llevo y el calor que emana de su cuerpo, y me dejo llevar. Mueve mi cuerpo a su antojo, sin despegarlo del suyo, cambiando de ritmo cuando lo hace la música y cantándose la canción entera. Alzo las manos para rodearle el cuello y el poco espacio que había entre nosotros desaparece. Con el siguiente cambio de ritmo, la canción se vuelve más lenta y nos mecemos al compás, pero cuando se vuelve más rápida, ninguno de los dos hace nada por cambiar nuestros movimientos y nos quedamos así hasta que un ritmo mucho más estridente nos saca de nuestra burbuja. Me da un beso en la mejilla y me coge de la mano para volver con nuestros amigos, aunque no sé si nos ven o no, porque soy incapaz de alzar la vista para que no se den cuenta de lo sonrojada que estoy. Noto el roce de alguien a mi lado y distingo la blusa de Maite.

—Si después de ese baile sigues creyendo que mi primo no siente nada por ti, no es que estés ciega, es que estás ciega, sorda y muda, cariño —susurra en mi oído antes de pasar un brazo por mi cadera y darme un beso en la cabeza para irse con César.

Es imposible pensar que no siente nada por mí cuando me ha cantado esa canción al oído, rozando su cuerpo con el mío. Ahora solo me falta pensar cuál debería ser mi siguiente paso, tal y como Adri me ha cantado hace un rato: «¿Cuál es tu plan? Estamos a un paso de llegar».



Lucía

—Maite, no pienso probarme nada más. Estoy agotada.

—Solo uno más y prometo que me decido —dice pasándome por un lateral de la cortina del probador un picardías rojo que no deja nada a la imaginación—. Este le va a encantar a mi primo.

—Me has dicho lo mismo de los otros diez, no puedo comprarlos todos.

—¿Cómo que no? Lo tienen en más colores, uno para cada día de la semana. —Niego con la cabeza y sonrío. La idea de estrenar mi coche nuevo yendo a Guadix con Maite no era más que una excusa para comprarnos ropa interior sexy y darle una sorpresa a Adri y a César el día de fin de año. Estoy hecha un manojo de nervios desde que tomé la decisión de dar el paso ese día, pero nunca he estado tan segura de algo en mi vida. La voz de Maite interrumpe mis pensamientos—: Creo que ya lo tengo todo, ¿cómo vas?

—Quiero volver a probarme los dos corsés antes de elegir.

—Venga, espabila, que tengo hambre —dice asomando la cabeza por la cortina del probador—. ¡Pareces un regalo! ¡Tienes que comprarlo!

Al final Maite me ha convencido y he comprado más de lo que tenía pensado, pero hacía tanto que no me compraba ropa interior sexy que no me ha importado. Me ha gustado mirarme al espejo y sentirme poderosa, como si estas prendas me dieran la seguridad que necesito justo en este momento.

—¿Comemos aquí mismo? —pregunta Maite señalando un restaurante y asiento. Nos sentamos en una mesa apartada y pedimos el menú del día—. ¿Cómo ha ido el campeonato?

—Bien, intenso. Tres días locos de mucho balonmano y mucha gente. Me ha encantado, pero estaba deseando que acabase.

—¿Al final fue tu hermano?

—Sí. Él y Alba pasaron a saludar. Lo vi hablando con Adri, pero no sé de qué.

—Mientras no haya sangre ni gritos, ya es una mejora —comenta riendo—. César me ha explicado que en la cena de ayer a Marcos le tocó regalarle a mi primo y parece que se lo curró mil, aunque se nota que todavía hay tensión entre ellos.

—Mi padre me preguntó el día de Navidad qué nos pasaba cuando lo llevé a estrenar el coche. Si hasta él se ha dado cuenta, es que es más evidente de lo que pensaba.

—Cuando mi primo y tú sepáis hacia dónde vais, deberíais sentaros con él y hablar. Pero hablar de verdad y dejar las cosas claras, sin reproches ni pullas —dice señalándome con el dedo

—. Una vez que todas las cartas estén encima de la mesa, será decisión suya actuar en consecuencia. César y yo podemos ir de mediadores si hiciera falta.

—Me gusta la idea, gracias. No quiero pensar mucho en ello, pero es inevitable hacerlo. Me han escrito las hermanas de Alba para la despedida de soltera, pero la verdad es que no me apetece.

—Pensaba que igual retrasaban la boda.

—Sí —admito—, pero es solo un pensamiento, van a apurar hasta el último momento. Alba dice que prefiere casarse con bombo que con un bebé.

—La culpa es de tu hermano por tardar tanto en pedírselo —bromea y mira su móvil cuando suena una notificación que, a juzgar por su cara, debe ser de César—. César ya ha entregado las llaves del piso y tiene todas las cosas en casa.

—Pensaba que habíais hecho la mudanza ayer.

—Sí, pero había un mueble que necesitábamos que Juanma desmontase y no ha podido ir hasta esta mañana.

—Vaya locura de navidades habéis tenido. Aunque es gracioso que haya habido tantas mudanzas y ninguna sea de Fer —bromeo—. Ya le vale a Mar. No me ha dicho nada estos días de que iba a vivir con Juanma.

—Se supone que van a compartir piso, pero solo se engañan a sí mismos.

—¿No me dijiste que la presentó en la comida de Navidad como su novia?

—Sí, por eso. Aunque lo que seguro que no dura es Cristo viviendo con Óscar, con lo maniático del orden que es mi hermano y lo desastroso que es el otro.

—¿Crees que tu primo y yo seremos compatibles? He visto su casa y a su lado la mía parece el caos absoluto —pregunto dudosa.

—No creo que haya dos personas más compatibles en el mundo —dice con una sonrisa—. Ahora que lo pienso, ¿crees que mi madre querrá una despedida de soltera? No creo que esté preparada para eso.

Seguimos hablando de la inminente boda de su madre con Paco, el mejor amigo de su padre. Resulta que el pobre llevaba toda la vida enamorado de ella, tanto que ni se casó, así que cuando Juani se quedó viuda dejó pasar un tiempo prudencial para declararse y llevan juntos desde entonces. El día de Navidad lo hicieron oficial y, al ver que sus hijos lo aceptaban sin más, le pidió matrimonio en ese momento y quieren casarse lo antes posible.

Cuando salimos del restaurante hacemos un par de compras más y volvemos a casa. He quedado con Adri para darle su regalo y él el mío. Estoy tentada de coger alguno de los modelos nuevos que llevo en el maletero, pero decido que prefiero esperar a fin de año. Total, no va de un día, ¿verdad?

Adri

Estoy temblando. Lucía acaba de mandarme un mensaje para decirme que viene para aquí y todos los nervios que tenía controlados han salido de golpe. Llevo días evitando estar con ella a solas, desde el baile. Tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no besarla en ese momento y mandar mi plan al traste, pero no quiero hacerlo por primera vez delante de tanta gente. Quiero que sea algo íntimo, de los dos. Algo para recordar para siempre y contar a nuestros nietos. Por eso me puse a cantarle, para no darle opción a hablar. Una palabra o sonrisa por su parte y hubiera estampado mis labios en los suyos, desatando toda la contención de estos años. Tengo que tranquilizarme o haré justo eso cuando aparezca por la puerta.

Ha sido una suerte que el final del trimestre sea una locura para ella y el campeonato para mí, de esa forma no hemos podido quedar a solas. Además, ahora que tiene coche no necesitaba que la llevara a casa, aunque lo estuviera deseando. Mañana por la noche, solo queda un día, veinticuatro horas y todo el esfuerzo será recompensado. O no. Estoy intentando controlar esa voz interior que me dice que ella me dará una hostia y saldrá corriendo en cuanto me declare, aunque a veces es difícil. Sobre todo si esa voz es de una persona que conoces bien y a quien considerabas tu mejor amigo. Puede que en el pasado haya ido de chica en chica sin pensar en las consecuencias, pero eso no le da derecho a decirme con quién puedo o no salir.

En la cena del equipo de ayer estuvimos hablando normal, pero se nota que no estamos bien. Fue el único que no hizo un regalo para putear, me regaló unos auriculares que hacía tiempo que quería y que valen diez veces más que el presupuesto de diez euros que habíamos fijado. Nadie se atrevió a comentarlo. Cristo me confesó más tarde que Marcos le había pedido cambiar de persona asignada para que le tocara yo. Reconozco que se me encogió el corazón y parte del rencor decidió abandonarme ante su esfuerzo por acercarse, ya que tampoco se lo estoy poniendo fácil. El problema es que sus desplantes no se arreglan con un regalo, por mucho que me haya encantado.

El sonido de unos golpes en la puerta me trae a la realidad y la cabeza de Lucía aparece sonriente al abrirse.

—¿Estás disponible o vuelvo más tarde?

—No, no. Te estaba esperando —digo poniéndome de pie, y entra saltando.

—Es que no estaba segura porque no me has contestado al mensaje —comenta con una mueca y me doy un golpe mental por no haberlo hecho—. Puedo volver más tarde sin problema.

—No le he dado a enviar —miento mirando el móvil y riendo—, pero no tengo nada ahora.

Bueno, sí, un regalo que dar. —Su sonrisa se ensancha y se acerca al escritorio para sentarse en él de un salto, por lo que quedamos cara a cara—. ¿Quién lo da primero?

—Tú —me pide—. Me muero de ganas de abrir un regalo este año.

—¿Un coche te parece poco? —me burlo sacando el paquete del cajón de mi escritorio y entregándoselo.

—¡No, claro que no! —Se ríe con el regalo en su regazo—. Pero no me han envuelto ni los papeles del préstamo que voy a estar pagando durante dos años. Tenía ganas de rasgar un papel de colorines.

—Entonces aprovecha antes de que lo abra por ti. —Sonríe y baja la vista para romper el papel. Suelta una exclamación ahogada y me mira llena de ilusión.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunta emocionada, abrazando al pato de peluche que es exactamente igual que Coco.

—Tengo mis recursos —contesto de forma enigmática. Es mejor eso que decirle que perdí dos días de trabajo buscando en internet hasta que di con una tienda asturiana donde lo tenían y que me cobraron el triple de su precio por pedirles que me lo enviaran. Ha valido la pena solo por ver su cara—. Me alegro de que te guste.

—No me gusta, ¡me encanta! —exclama y tira de mi mano para abrazarme con el pato entre nosotros—. Mi regalo no es tan guay.

—Seguro que también es genial —comento sin romper el contacto. Da igual lo que me dé, cualquier cosa me va a encantar porque es de ella.

—Es la bolsa que está a tus pies —dice mientras me empuja ligeramente y la señala con la cabeza—. Si no te gusta, no pasa nada. Me lo quedo yo.

—Que te lo has creído —bromeo. Ni de coña se lo va a quedar.

Rasgo el papel y descubro lo que parece ropa. Cojo la primera prenda, una sudadera verde de una talla mucho más pequeña que la mía. Miro a Lucía extrañado, se ríe cogiéndola y me señala la otra pieza de ropa que hay dentro del paquete roto. Al extenderla, una sudadera exactamente igual que la otra aparece delante de mí, pero de mi talla.

—Van a juego —me cuenta poniéndose la suya y susurra mirando el bolsillo donde ha unido sus manos—. Así cuando nos la pongamos será como si el otro le abrazase. Me he puesto la tuya unos días para que huelas a mí.

Me acerco la sudadera a la cara y el olor de Lucía me envuelve. La miro sorprendido por lo simple y bonito del regalo que acaba de hacerme, pero no me mira, aunque intuyo su sonrojo desde aquí.

—Gracias —murmuro, poniéndome la sudadera. Como sigue observando sus tenis como si fueran la cosa más interesante del mundo, miento para llamar su atención—: Me queda pequeña.

—¿Qué? —Levanta la vista de golpe—. Es imposible, me aseguré... —Mis carcajadas la interrumpen y me fulmina con la mirada—. Me has asustado.

—Solo era una broma. Me encanta, gracias.

—De nada.

Nos quedamos mirando sin decir nada más. Mis piernas rozan sus rodillas y mis manos vuelan hasta su regazo, donde descansa Coco. Es tan perfecta. Su olor me perturba y me incita a hacer cosas para las que quería esperar a mañana. Ella se merece una declaración en una cena romántica, no un beso robado en un despacho. Carraspeo y me obligo a hablar, seguro que una broma ayuda a romper este momento.

—Solo tengo una duda.

—¿Cuál? —Su voz suena ronca, como si tuviera la garganta seca. Traga fuerte, pero no

añade nada más.

—¿Te acordarás de coger la sudadera o te la dejarás en casa como siempre? —Una sonrisa ladeada acompaña a mi burla y sus ojos se agrandan con indignación, aunque se le escapa una risa.

—¡Serás malo! ¡Solo fue una vez!

—Dos —le recuerdo riendo. Entonces hace algo que no esperaba y toda mi autodeterminación se va a la mierda: me saca la lengua.

En el momento en que mi vista se fija en sus labios y en su lengua, mi cerebro no llega a mandar la orden de parar. Mi mano vuela a su nuca, a la vez que la atraigo hacia mí y estampo mi boca contra la suya. No es un beso bonito, no es el primer beso que quería con ella. Es demandante, ansioso y precipitado y, aun así, es el mejor beso de toda mi vida.

—Adri, ¿tienes un momento? ¡No! ¡Te dije que te alejaras de ella, joder!

Los gritos de Marcos nos separan de golpe y miro a Lucía, que tiene cara de no entender nada. Está confundida, como si no esperase mi beso. ¿En serio? Después de todo este esfuerzo, ¿ella no quería esto? ¿Lo he malinterpretado todo? ¿No he conseguido demostrarle que podemos ser pareja? Observo a Marcos, que nos fulmina con la mirada pasando de uno a otro y, cuando da un paso hacia nosotros, salgo corriendo sin mirar atrás.

—¡Adri!

Ignoro los gritos suplicantes de Lucía y salgo del recinto para subirme al coche y dirigirme al único sitio donde quiero estar. No puedo soportar este dolor que me quema por dentro.



Lucía

—¿Qué coño has hecho, Marcos? —grito enfadada cuando vuelvo al despacho después de seguir a Adri en vano—. ¡Eres imbécil!

—¡Te dije que te alejases de él! —Usa el mismo tono que yo, lo que provoca que me ponga aún más furiosa.

—¡No tienes ningún derecho a decirme con quién puedo o no puedo salir!

—¡Sí puedo si es Adri con quien te estás morreando! —El golpe de la palma de mi mano contra su mejilla resuena por todo el despacho y me mira estupefacto por lo que acabo de hacer. Hace meses que se lo ha ganado, no debería sorprenderle tanto.

—¿Se puede saber qué os pasa? Se oyen los gritos desde el bar —pregunta Alba, que entra jadeando como si hubiera venido corriendo.

—Pasa que te vas a casar con un gilipollas —contesto cogiendo mis cosas y saliendo del despacho para ir a buscar a Adri.

—La has tenido que liar mucho para que tu hermana esté soltando tacos como un camionero. —Oigo que bromea Alba y la rabia me consume, lo que me ayuda a acelerar—. Lucía, espera. ¡Para!

La ignoro. No tengo nada que hablar con ellos. Ni siquiera me había dado cuenta de que mi hermano había entrado en el despacho, solo podía sentir las manos de Adri en mi cuerpo y su lengua en mi boca cuando se ha separado de mí como si quemase. Reconozco que me he asustado pensando que no quería ese beso hasta que, cuando ha salido corriendo, he visto a Marcos plantado en la puerta. Subo al coche lo más rápido que puedo y acelero para salir directamente hacia casa de Adri. Necesito hablar con él. Me da igual lo que opine mi hermano, pienso estar con él si es lo que quiere. Y por el beso que me ha dado, lo quiere tanto o más que yo. Aparco de cualquier manera y salgo corriendo del coche para aporrear la puerta de su casa. Miro por las ventanas, pero todas las luces están apagadas y su coche no está fuera. No ha podido tardar tanto, ¿dónde habrá ido? Una idea se cruza por mi mente y subo al coche. Respiro un par de veces antes de arrancar para tranquilizarme y me dirijo al sitio donde iría yo si estuviera como él: el Calar Alto.

Varias horas después estoy desesperada y no tengo ni idea de dónde está Adri. Ni siquiera sé si está bien. Cuando llego a mi piso después de pasar por casa de sus padres y de Aitana, son casi las dos de la madrugada. Me tumbo en la cama y las lágrimas que he estado conteniendo desde que salí de su despacho empiezan a asomar sin control. Borro las llamadas perdidas de mi

hermano, Alba y mis padres antes de apagarlo y girarme para intentar descansar. La última opción que me queda es que haya vuelto a Sevilla con Jessica. Si tengo que ir hasta allí y traerlo a rastras, pienso hacerlo. Cueste lo que cueste.



A las ocho decido que ya es hora de salir de la cama e intentar localizar a Adri. Después de estar horas mirando el techo de mi habitación, no puedo aguantar más. Lo primero que hago es encender el móvil, varias notificaciones llegan de golpe, pero antes de que pueda mirarlas, una llamada entrante de mi padre me interrumpe.

—¿Qué? —Como sea Marcos, juro que no volveré a hablarle.

—*Buenos días a ti también, cariño* —ironiza con tono enfadado.

—Lo siento, yo...

—*No te disculpes, no lo sientes en absoluto.* —Suelta un suspiro antes de seguir hablando—: *Tu hermano está en su casa, reflexionando por todo lo que ha hecho, espero.*

—Gracias.

—*No me las des aún, no creo que me haya escuchado. ¿Cómo estás?*

—Bien.

—*Siempre has mentido fatal, cariño. Está bien, sé que no me lo vas a contar, así que voy a reformular la pregunta: ¿qué necesitas?*

—Ser hija única —bromeo y sonrío por primera vez desde anoche.

—*Poco puedo hacer ya. Es un cabezón, pero le he cogido cariño. No me preguntes el porqué.*

—No sé dónde está Adri. Necesito encontrarlo.

—*Como sé que eres lista, imagino que ya les has preguntado a sus padres y a su hermana.*

—Sí, y a Maite también.

—*¿Le has preguntado a su primo Fernando?*

—No. Anoche era tarde para llamar a nadie. Además, no creo que Fer sepa nada.

—*No, puede que no, pero si Adri huye de ti, ¿crees que Aitana te diría dónde está?*

—No, no lo haría. Ni a Maite tampoco.

—*Pero a su primo, sí.*

—Gracias, papá.

—*De nada. Y, Lucía* —me llama antes de colgar.

—¿Sí?

—*Buen derecho. Estoy totalmente seguro de que tu hermano se lo había ganado* —dice con un deje de orgullo en su voz.

—No lo sabes tú bien —contesto antes de colgar.

Empiezo a buscar el número de Fer, pero otra llamada vuelve a interrumpirme. Esta vez es Maite.

—*Ya sé dónde está mi primo* —suelta en cuanto descuelgo—. *Mueve el culo. Te espero en la puerta de la casa de Aitana.*

Nada más soltar eso, cuelga y me deja con la palabra en la boca. Miro el móvil, como esperando que vuelva a llamar, pero no lo hace. Sacudo la cabeza y miro mi ropa. Llevo la misma que ayer, incluida la sudadera que le regalé a Adri para mí y que lleva su colonia. Me calzo, cojo la chaqueta y el bolso y me subo en el coche para dirigirme a casa de Aitana.

Tardo cinco minutos en llegar, pero Maite y César ya están esperándome. Cuando llego a su

altura, me abraza y sujeta la puerta de la portería para que pase.

—Adri está arriba, me he asegurado de ello. No creo que te abra, pero las paredes son de papel de fumar, te escuchará quiera o no.

Paso por su lado y empiezo a subir los dos pisos que me separan del amor de mi vida. Ni siquiera sé qué voy a decirle. No acabo de tener claro por qué salió corriendo de esa manera ni por qué lleva ignorándome desde entonces. ¿Quizá se arrepintió después de besarme? ¿Y si se dio cuenta de que realmente no le gustaba? Toda la energía que me ha empujado hasta aquí empieza a desvanecerse y me obligo a subir el último tramo de escaleras. Llamo a la puerta, pero nadie me contesta. Esto va a ser lo más difícil que he hecho jamás. Solo espero que Adri me escuche.



Lucía

—Adri, abre. Por favor —suplico a la puerta con la esperanza de que lo que ha dicho Maite sea verdad.

—No quiere que abra. —La voz distorsionada de Aitana llega hasta mí y pienso que ayer, cuando vine a preguntar, me mintió a la cara cuando me dijo que no estaba aquí—. De todas formas, te está oyendo. Di lo que has venido a decirle.

—Adri, yo... —Respiro hondo antes de continuar y apoyo la frente en la puerta de madera —. Adri, yo te quiero. Te he querido siempre, de hecho. No tengo un solo recuerdo en el que no estés tú, ya sea protegiéndome de los idiotas, dejándome ganar o simplemente preguntándome cómo me va la vida. Siempre venías a mi habitación para charlar y mi corazón se saltaba un latido cuando escuchaba tu voz en la planta de abajo. Pensé que se me pasaría cuando fuera a la universidad, pero ¿sabes qué? Nunca he dejado de pensar en ti. Algo se rompió dentro de mí cuando supe que ibas a casarte, porque siempre fuiste tú, Adri. La persona con la que quería compartir mi vida, el único con quien quería hacerlo. Por eso ninguna de mis parejas era la acertada, porque ninguna eras tú.

Me aparto de la puerta cuando oigo el chasquido del pestillo y esta se abre poco a poco para dejarme ver a Adri, con la misma ropa que ayer. Tiene las mejillas llenas de lágrimas y me mira como si no fuera real.

—¿Me quieres? —pregunta incrédulo.

—Hasta el infinito y más allá —contesto sonriendo y me devuelve el gesto.

—¡Me quieres! —exclama levantándose para abrazarme.

Rodeo su cuello y me acerco a él. Me coge del culo justo antes de estampar sus labios en los míos. El sabor de su boca se mezcla con el de nuestras lágrimas, ahora derramadas por un motivo muy diferente al de hace cinco minutos.

—¿Es verdad eso que has dicho, Lucía? —La voz de Marcos llega hasta nosotros y nos giramos para observarlo. Está a varios metros y está apretando un pañuelo de tela entre sus manos, algo que hace cuando está nervioso. Adri me deja en el suelo, pero mi hermano solo me mira a mí—. ¿Es cierto lo que has dicho?

—Sí. —Asiente y mira a Adri, ignorándose.

—Lo siento, Adri. Nunca pensé que mi hermana tuviera esos sentimientos hacia ti. Si lo hubiera sabido jamás me hubiera entrometido. —Observo a mi hermano, su tono es de arrepentimiento total. No entiendo nada. Miro a Adri, pero está igual de contrariado que yo.

—¿Por qué? —pregunto, incluso aunque sepa que no me va a gustar la respuesta, necesito saberla. Necesito entenderlo.

—Siempre te ha gustado Adri, eso no es algo que me sorprenda. Se te iluminaba la cara cada vez que aparecía por casa. Di por hecho que en la universidad se te pasaría la tontería, pero te conozco y eres incapaz de dejar nada a medias. Adri era un reto para ti, uno que no habías conseguido y pensé que irías a por él en cuanto llegases.

—¿Por eso me pediste que no me acercara a ella? —pregunta Adri enfadado.

—Sí. Sabía que me harías caso o, al menos, pensé que lo harías. Mi hermana iba a ignorarme, pero contigo tenía esperanza. Realmente pensaba que la querías como a tu hermana pequeña. Me equivoqué.

—Nunca la he visto de esa manera —admite Adri y me regala una sonrisa de medio lado antes de volver a dirigirse a mi hermano—: Eso no explica el porqué.

—Es que..., Adri, yo...

—¡Suéltalo ya! —exclama Aitana saliendo por la puerta y yendo hacia Marcos. Había olvidado que estaba aquí—. Crees que mi hermano no es suficiente para tu hermana.

—¡No!

—¿Que no la merece?

—¡No!

—Entonces, ¿qué? —grita Aitana cuando llega a la altura de Marcos.

—¡Yo le presenté a Jessica! —suelta enfurecido mi hermano, aunque creo que con él mismo—. Y no podía permitir que otra mujer lo rompiera, aunque fuera mi hermana.

—Nunca te he culpado por lo que pasó —dice Adri acercándose a él mientras Aitana y yo seguimos alucinando por la revelación de mi hermano—. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero yo sí, joder —contesta Marcos llevándose las manos a la cara—. Y si mi hermana volvía a romperte el corazón, no me lo hubiera perdonado nunca.

—Entonces, ¿podría habérmela tirado sin más y no te hubiera importado? —bromea Adri rebajando la tensión del momento—. Tanto esfuerzo para nada.

—No te equivoques —dice mi hermano apuntándole con el dedo—. Mi hermana es la persona más alucinante que vas a conocer jamás. Si no hubieras estado enamorado de antes, hubieras caído igual.

—Lo sé —admite Adri y se gira un segundo para mirarme—. Solo tiene un defecto: un hermano idiota.

—Este idiota lo siente, solo quería protegerte.

—Deberías trabajar tu complejo de guardaespaldas antes de ser padre —suelta Aitana dándole un capón en la nuca—. Anda, entrad en casa. Creo que todos necesitamos un café. Maite y César, vosotros también.

Mi mejor amiga aparece en mi campo de visión y le da otro capón a mi hermano al pasar por su lado. Nos abraza a Adri y a mí y se adentra en casa de Aitana. César se para un momento antes de seguirla.

—Lo he dejado subir porque parecía realmente arrepentido, pero me he quedado cerca por si tenía que llevármelo —dice señalando a mi hermano—. Es un idiota, pero se le coge cariño al cabrón.

—Y que lo digas —admite Adri poniendo la mano en el hombro de Marcos y se funden en un abrazo. Aitana los mira con cariño antes de meterse en su casa. Cuando mi hermano entra en el piso, Adri me coge de la mano a la vez que con la otra agarra el picaporte—. Lucía y yo nos vamos, os lo agradecemos mucho, pero nos vemos el año que viene. Marcos, te toca encargarte

de la San Silvestre.

Se oye una queja ahogada cuando la puerta está a punto de cerrarse y Adri tira de mí escaleras abajo. Justo antes de salir por la puerta de la calle, me besa y sonrío. Es el mejor día de mi vida.

Adri

Sabía que besar a Lucía antes de fin de año era un error y, aun así, no cambiaría ni un solo segundo desde que mis labios se unieron con los suyos por primera vez. Incluidas las doce peores horas de mi vida. Cuando llegué a casa de Aitana, destrozado, pensando que no quería nada conmigo, ni siquiera pidió explicaciones. Me abrazó mientras lloraba desconsolado y mintió a Lucía cuando llegó preguntando por mí. Estuve a punto de salir en ese momento para hablar con ella, pero mi maltrecho corazón había llegado a su límite. Me sorprendió cuando al día siguiente mi hermana me obligó a escuchar a Lucía, pero me permitió hacerlo con la puerta cerrada cuando se lo pedí. Parece que Maite la llamó y le explicó lo mismo que me dijo Lucía, que llevaba años enamorada de mí. Les estaré eternamente agradecido por ello. No puedo creer mi suerte.

Aprieto su cuerpo desnudo contra el mío y beso su cabeza cuando veo que una sonrisa asoma a sus labios. Vuelvo a colocar el edredón sobre su hombro y su mano empieza a acariciarme el costado haciéndome cosquillas.

—Buenos días, dormilona.

—No necesitaría dormir tanto si no me despertases en mitad de la noche.

—¿Quieres que deje de hacerlo? —Lo admito, me encanta tenerla a mi lado durmiendo, pero no puedo evitar recorrer su cuerpo con mi boca cada vez que puedo.

—No —susurra sonrojada. Me muevo para colocarme sobre ella y me mira con deseo antes de decir—: Llegaremos tarde.

—Si yo he podido esperar tantos años para estar contigo, ellos pueden esperar media hora para comer juntos.

—Pero se lo explicas tú a mi madre —dice clavando sus uñas en mi culo y, ahora mismo, le diría que sí a cualquier cosa que me pidiera.



Al final llegamos casi una hora tarde a la comida de Reyes en casa de los padres de Lucía. Marcos sale a saludarnos y nos abraza, volviendo a susurrarnos un perdón. Lucía rueda los ojos y va hacia Alba, que tiene mejor cara que las últimas veces que nos hemos visto.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto dándole un beso en la mejilla mientras Lucía no para de tocarle la barriga.

—Hoy estoy mejor, pero no lo quiero decir muy alto para no gafarlo.

—¡Adri! —La voz alegre de la madre de Marcos y Lucía llega desde la cocina y me dirijo hacia allí—. No sabes lo feliz que estoy de que formes parte de la familia, aunque para mí siempre lo has hecho —admite instándome a agacharme para darme un beso en la mejilla. Cuando estoy a su altura me susurra—: Como a esta boda no me invites, yo me quedaré sin nietos, pero tú sin pelotas. —Asiento tragando fuerte y me dirijo al comedor donde están el resto.

—¿Con qué te ha amenazado? —pregunta Marcos riendo—. Tío, ya tienes una edad para que mi madre te siga dando miedo.

—Ya, pero ahora se acuesta con su hija —bromea Alba y el padre de Marcos carraspea—. Venga, Luis, ¿crees que llevan seis días encerrados en casa de Adri jugando a juegos de mesa?

—Bueno, salí un día a por ropa —murmura Lucía, sonrojada hasta las orejas.

—¿Sabéis que? Voy a ayudar a vuestra madre a acabar de hacer la comida —dice Luis saliendo por la puerta del salón como si le fuera la vida en ello.

—¿Y bien? —me insta Marcos.

—Me ha amenazado con cortarme las pelotas si no la invitaba a la boda. —Marcos y Alba sueltan una carcajada y Lucía niega con la cabeza.

—Menos mal que mi hermana es más de montaña que de playa y no te pedirá una boda en Las Bahamas.

—¿Me estás diciendo dónde puedo o no casarme, hermanito?

—Dios me libre —bromea Marcos alzando las manos—, pero admite que te pega más una boda en el Calar Alto que en la playa.

—Sí —admite Lucía asintiendo—. Sin embargo, no tengo porqué invitarte.

—No pasa nada. —La sonrisa de suficiencia de Marcos hace rodar los ojos a su hermana—. Estoy seguro de que Adri sí lo hará.

—Yo no pondría la mano en el fuego —me burlo y Lucía y Alba se ríen.

La comida transcurre entre risas, comida, conversaciones varias y más comida. Cuando nos trasladamos al sofá, Marcos va a ayudar a sus padres y Lucía se sienta con Alba mientras le acaricia la barriga.

—Espero que no sea niña —bromea Lucía—. Quiero a mi hermano, pero primerizo y de una niña, puede ser una hecatombe.

—No pienso dejar que se pase con ella —contesta la mujer de Marcos y Lucía alza una ceja. Alba pone una mueca de disculpa—. Ya, lo siento. No he sabido frenarlo esta vez. La verdad es que, entre la boda y lo mal que me he encontrado, me he enterado de muchas cosas después de que pasasen. Pero, aunque no lo parezca, le he parado los pies en más de una ocasión.

—No me puedo imaginar cómo hubiera sido entonces —murmuro.

—Siento no haber podido hacer más. Le dije que hablara contigo —dice señalándome—, que te contase el motivo real, pero no me hizo caso. Alegó que contestarías que eso era problema tuyo, no suyo, y que igual te lo tomabas como un reto.

—En realidad, si me hubiera preguntado de buenas alguna de las veces, se lo hubiera explicado —confieso.

—Yo también —admite Lucía y ahora es Alba la que levanta una ceja incrédula—. Bueno, a él no, pero a ti sí. Seamos sinceras, Marcos te hubiera mandado a ti a interrogarme.

—Eso es verdad. Sin embargo, el día que lo hice, te pusiste a la defensiva.

—No me preguntaste, me arrinconaste —le reprocha Lucía.

—Muy acertada no estuve, no —asume Alba negando con la cabeza—, pero aproveché la ocasión para preguntar y así sacar de dudas a Marcos. Todos queríamos saber si estabais liados o

no. Erais la comidilla de todo el equipo, solo queríamos enterarnos por vosotros. Siento mucho lo mal que os lo hemos hecho pasar.

—Bueno, al final ha salido bien —digo apretando su mano—. Por mi parte, todo olvidado.

—Ponedle a la niña mi nombre y lo olvidaré —bromea Lucía besando la barriga de Alba.

—No puedo —confiesa Alba—. Será niño.



—¿Quieres dormir en tu piso hoy? —le pregunto a Lucía en cuanto salimos de casa de sus padres. Solo hemos ido allí a buscar ropa. Y a probar la cama.

—No. Me gusta tu cama —admite sonrojada mientras entra en el coche.

—Iba a esperar unos días para decírtelo, pero... —Carraspeo antes de seguir—. ¿Qué te parece si nos vamos a vivir juntos?

—Entonces, creo que necesitaremos esto —dice sacando una caja del bolso y tendiéndomela. Cuando la abro, veo dos llaveros a juego con una casa partida por la mitad. Sonrío y la beso, me encanta que tenga tantas ganas como yo—. Hablé antes de ayer con mi casero, puedo dejar el piso ya si quiero.

—Espera unos días, se me acaba de ocurrir una idea genial —comento arrancando el coche para dirigirme a casa de mis padres, donde sé que sigue Aitana con mis primos. Voy a matar dos pájaros de un tiro.

Epílogo

Lucía

Odio las mudanzas, aunque espero que esta sea la última en mucho tiempo. Me despido de Fer, Óscar y Juanma, que no solo nos han ayudado con las cajas, sino que también han reformado la casa entera.

Han pasado cinco meses desde que Adri orquestase todo un plan junto a su padre, en los cinco minutos que se tarda en coche desde casa de mis padres aquí, para intercambiarse la casa. Nosotros nos mudaríamos a esta casa de dos plantas y ellos a la casa de Adri de una planta. El padre se apresuró a buscar aliados y Abelina tuvo que disimular como pudo el disgusto mientras el resto de la familia afirmaba que era la mejor decisión posible. En el fondo me dio pena, pero la mujer está mayor para andar subiendo y bajando escaleras todo el día.

Unos brazos me rodean desde atrás a la vez que noto un beso en mi cabeza. Estos meses han sido una locura, pero no podría ser más feliz. Adri se mudó de forma temporal a mi piso durante la obra, para dejar espacio a sus primos para adaptar su casa a las necesidades de sus padres, a la vez que ponían a nuestro gusto nuestra futura casa. Nadie lo hubiera hecho mejor, es perfecta.

Marcos y Alba, que está a punto de dar a luz, acabaron aplazando la boda, aunque no parece que les haya afectado. Maite y César aprovecharon el hueco para casarse, organizando todo en un mes. Ahora el equipo tiene tres parejas empalagosas y asquerosas, según Cristo, aunque me da que en breve él formará parte del grupo, si no, tiempo al tiempo.

—¿Estrenamos la cama? —me susurra Adri al oído mientras me muerde el lóbulo, lo que me hace estremecer.

—El colchón sigue siendo el tuyo —le recuerdo riendo y empiezo a subir las escaleras que nos llevarán a nuestro dormitorio.

—Pero ahora es nuestra cama, en nuestra casa —dice a la vez que me alza para llevarme en brazos. Ahogo un grito de sorpresa y rodeo su cuello con mis brazos.

—Eso suena bien.

—Eso suena perfecto —rectifica cuando llegamos al dormitorio y me deposita en la cama para tumbarse encima de mí.

Cojo su cara entre mis manos y lo beso como siempre he querido hacer, como llevo haciendo los últimos cinco meses. Suspiro. ¡Por fin estoy en casa!

¡Gracias por leerme! Si te ha gustado esta novela, por favor, deja una

valoración en Amazon para ayudarme a llegar a más gente.



Si es la primera vez que me lees, te dejo la sinopsis y el enlace a mis otros libros en la siguiente página.

¡Disfruta de la lectura!

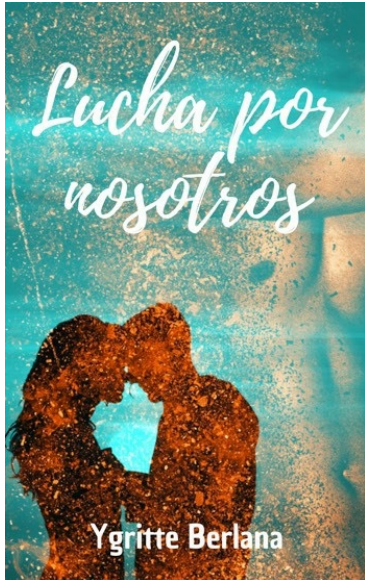
Ygritte.

Otras Obras de Ygritte Berlana

SERIE NOSOTROS

**SI TE GUSTAN LAS NOVELAS LIGERAS, LLENAS DE AMOR SANO Y CON PERSONAJES CERCANOS, ¡ESTA ES TU
SERIE!**

Lucha por nosotros



Una historia de amor repleta de música, libros y superación pero con fecha de caducidad. ¿Será este romance su capítulo final o se convertirán en un secundario más en la historia de su vida?

Un viaje por trabajo.

Un enlace muy interesante.

Una mirada inteligente.

Una petición afortunada.

Un callejón.

Una mujer.

Un hombre.

Una historia que vivir.

Una fecha de fin.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO [LUCHA POR NOSOTROS](#) O ESCANEANDO EL QR:



Nosotros sumamos

Una historia de reencuentro, amistad y segundas oportunidades, donde descubriremos que, a veces, el destino de dos personas es estar juntas.



Un traslado.

Un vecindario nuevo.

Catorce años después.

Un hombre.

Una mujer.

Dos gatos.

Una historia que recuperar.

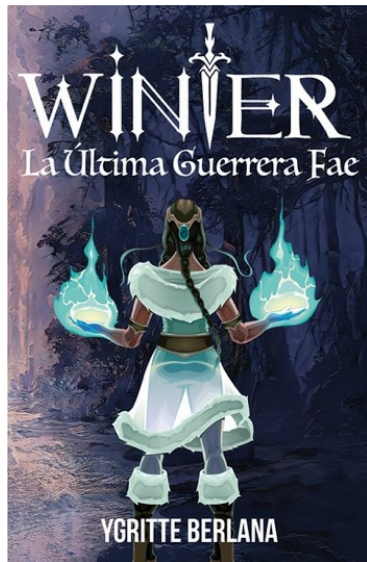
Un caso por cerrar.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO [NOSOTROS SUMAMOS](#) O ESCANEANDO EL QR:



SAGA FUEGO Y HIELO

Winter, la última guerrera fae



Adéntrate en este Retelling de Blancanieves y descubre que nadie es como parece...

Hace dieciocho años que aparecí en el mundo humano sin saber nada más que mi nombre: Winter. Ese día, los cuentos de hadas que les contaban a los niños se hicieron realidad: había una fae entre ellos. Desde entonces he crecido junto a la princesa Kassia, como un miembro más de la corte del reino Alister. Me formé como guerrera pero, cuando estaba a punto de conseguir todo cuanto había soñado, la muerte del príncipe Randall II, el heredero al trono, lo cambió todo. Ahora vivo recluida en el castillo que una vez fue mi hogar, deseando salir y luchar. Pensé que moriría en vida, hasta que el capitán Keilan decidió saltarse las normas.

¿Qué iba a hacer si me dio justo lo que tanto ansiaba?

Lo agarré con todas mis ganas y entonces... todo volvió a cambiar.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO [WINTER, LA ÚLTIMA GUERRERA FAE](#) O ESCANEANDO EL QR:



Bajo la piel cambiante

NUESTRA MEJOR CASUALIDAD

Hay casualidades que cambian el rumbo de nuestra vida. A veces nos recuerdan que no podemos luchar contra nuestro destino; otras nos enseñan un camino que ni sabíamos que existía.



Alex

¿Qué probabilidad había de que encontrase a Ryan apoyado en mi coche al salir del trabajo? Lo hubiera considerado una bonita casualidad si no llevase meses evitándole. Pensé, tonta de mí, que cuando hallase a mi pareja predestinada todo sería felicidad, flores y amor; tal y como tiene mi hermano Owen. Sin embargo, la vida ha decidido que Ryan fuera un leopardo de las nieves y yo una zorra ártica: una unión casi imposible. Y digo casi porque tendríamos una posibilidad, si no fuera porque Ryan no quiere ni contemplarla...

Tim

Era la primera vez que me adentraba en el territorio de los lobos, al menos, de forma humana. Había muchas cosas que podían ocurrir: hostilidad, reproches o, incluso, que me echasen a patadas. Lo que no esperaba era encontrar a mi pareja predestinada y, mucho menos, que me escoltara para que no me pasase nada. Una bonita casualidad si Nate no fuera un lobo y yo un leopardo de las nieves. Al fin y al cabo, siempre hemos sido los enemigos de todos los cambiantes.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO [NUESTRA MEJOR CASUALIDAD](#) O ESCANEANDO EL QR:



NUESTRA MEJOR NAVIDAD

La navidad es la época más mágica del año. Sin embargo, hay navidades que se recuerdan más que otras, como esa en la que encuentras a tu pareja predestinada...

ILAIN

Que tu mejor amiga sea tu pareja predestinada es similar a que te toque la lotería. El problema viene cuando te sientes incapaz de confesárselo. Pero encontraré el momento, lo prometo.

OWEN

Desde que besé a Martha por primera vez y supe que era ELLA, me convertí en el hombre más feliz del mundo. Solo hay un problema: Alex, mi hermana y su mejor amiga; la misma que lleva intentando separarnos desde que nos conocimos.

ETHAN

Me había resignado a no encontrar a mi pareja predestinada nunca. Somos pocos tigres y rara vez se forman parejas entre diferentes especies. Por suerte, mi padre me obligó a acompañar a la loba a un mercadillo navideño y allí estaba ELLA. Una humana a la que tendría que explicarle que era un cambiante y darle la opción de que se olvidase de mí.

STEVE

Natalie me rompió el corazón hace tres años. Sin embargo, no he conseguido olvidarla y me he propuesto conquistarla de nuevo. Una labor complicada, sobre todo teniendo en cuenta que me odia.

CONSÍGUELO PULSANDO EN EL TÍTULO [NUESTRA MEJOR NAVIDAD](#) O ESCANEANDO EL QR:



Ygritte Berlana



Escribo para dejarte el corazón calentito y una sonrisa en la boca. Novelas de romance contemporáneo y fantasía romántica llenas de amor sano, protagonistas fuertes y segundas oportunidades.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, estaré encantada de hablar contigo a través de mi cuenta de Instagram o TikTok: [@ygritte.berlana](https://www.instagram.com/ygritte.berlana), donde también encontrarás curiosidades de la historia y novedades.

Y por último, pero no por ello menos importante, si no quieres perderte ninguna de mis novedades y enterarte antes que nadie, entra en mi web y suscríbete a mi newsletter: <https://ygritteberlana.com/>



¡Gracias por leerme!

